

Manual de tolerancia

Héctor Abad Gómez



Editorial Universidad de Antioquia

Sección
de Historia

Manual de tolerancia

Héctor Abad Gómez

Compilación y selección:
Héctor Abad Faciolince

Señas de Identidad

Editorial Universidad de Antioquia

Colección: *Señas de Identidad*

Comité editorial: Luis Iván Bedoya, Carlos Arturo Fernández,
Jorge Antonio Mejía, Beatriz Patiño, María Teresa Uribe de Hincapié
y Asdrúbal Valencia

© Herederos de Héctor Abad Gómez

© Editorial Universidad de Antioquia

ISBN 958-655-193-8 (volumen)

ISBN: 958-655-189-X (obra completa)

Primera edición: Ediciones Especiales. Secretaría de Educación y
Cultura de Antioquia: julio de 1988

Segunda edición (primera en la Editorial Universidad de Antioquia):
agosto de 1990

Tercera edición: agosto de 1992

Cuarta edición (primera en la colección *Señas de Identidad*):
febrero de 1996

Diseño de cubierta: Saúl Álvarez Lara

Composición, diagramación, impresión y terminación:

Imprenta Universidad de Antioquia

Impreso y hecho en Colombia/Printed and made in Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con
cualquier propósito, sin autorización escrita de la Editorial Universidad
de Antioquia

Esta obra ha sido publicada con el apoyo del Departamento
de Antioquia.

Editorial Universidad de Antioquia

Teléfono (574) 210 50 10. Telefax (574) 263 82 82

Apartado 1226. Medellín. Colombia

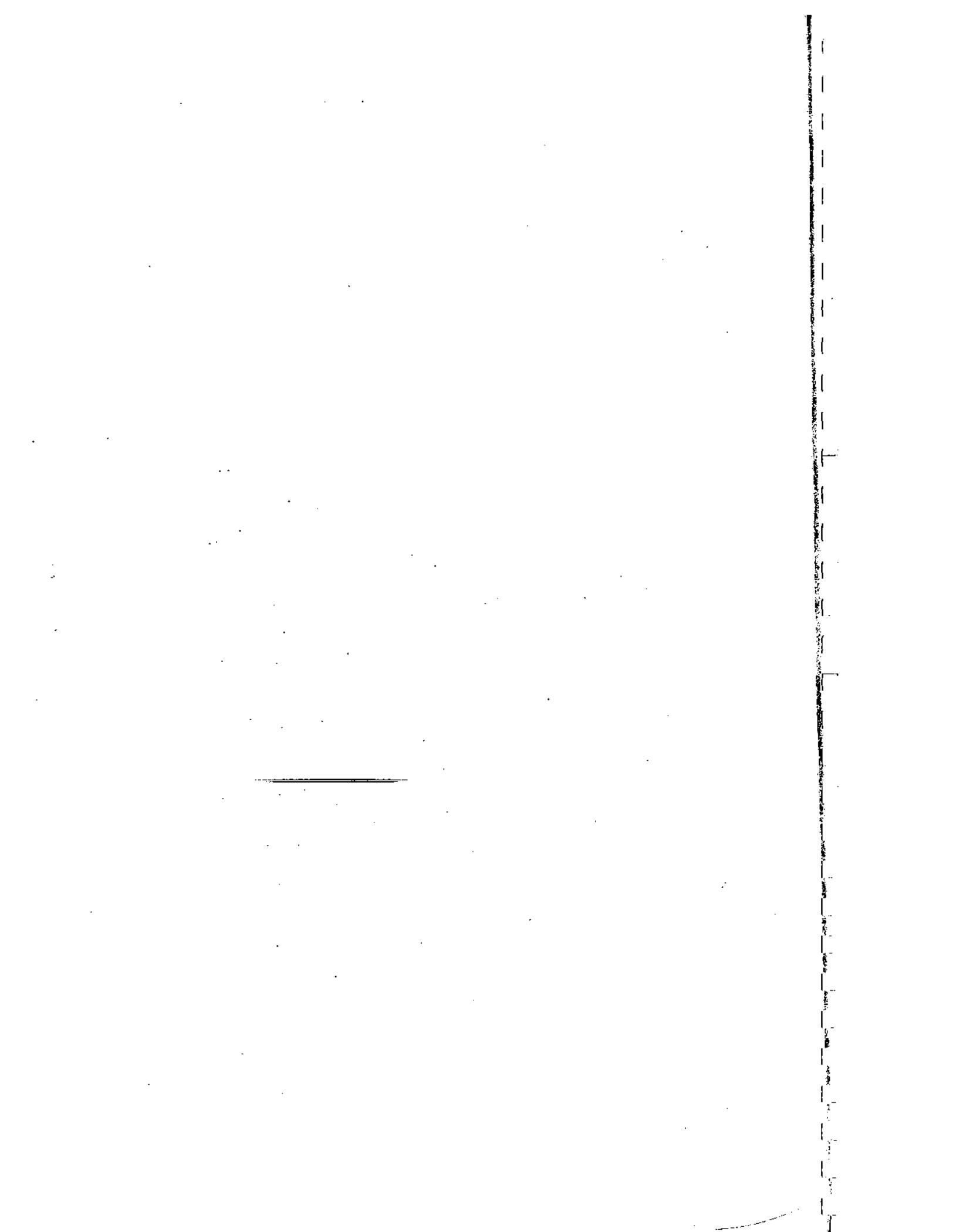
Contenido

Prólogo

I	Los que vayan a leer éste y los capítulos que siguen.....	17
II	El problema de qué hacer con los artistas.	21
III	Concedido que la firmeza ideológica	23
IV	El fascismo, por más que quisiéramos, no ha desaparecido.....	26
V	El genio es el doloroso autodescubrimiento	29
VI	La gente se convence muy fácil.....	30
VII	Son muy pocas las personas que pueden decir.....	33
VIII	Lo que pensamos hoy.....	34
IX	Uno no sabe ya qué hacer en este país	38
X	En la Escuela de Medicina aprendemos	39
XI	Si comunismo es querer acabar con las injusticias	46
XII	Hace quince años estoy tratando de enseñar	47
XIII	Muchas personas pueden haber llegado a la conclusión.....	54
XIV	Las religiones han desempeñado siempre	55
XV	El mundo de hoy se caracteriza por la intercomunicación	57
XVI	Es condición esencial de toda materia viva la autoconservación	58
XVII	Mis sentimientos están como mi corazón	62

XVIII	El deporte como espectáculo comercializado	62
XIX	¿Cómo se aprende?	64
XX	Para los viejos antioqueños	66
XXI	Un mes antes de la inauguración de la Ciudad Universitaria	68
XXII	No es cierto que la violencia	71
XXIII	En un mundo plagado de problemas ...	72
XXIV	Tu éxito en política se lo debes	74
XXV	No sabemos qué forma tomará el futuro	79
XXVI	Decía Montaigne que la filosofía	82
XXVII	Creo que nos podremos poner de acuerdo	83
XXVIII	Si quieres que tu hijo sea bueno, hazlo feliz	85
XXIX	¿Cuáles son los determinantes del progreso?	85
XXX	No creo que ni mi educación	90
XXXI	Tú has sido parte de esta inspiración y de estas ideas	94
XXXII	Todas las religiones son respuestas	
XXXIII	Ya hemos hablado de muchas de las cosas	97
XXXIV	Colombianos y extranjeros estamos de acuerdo	101
XXXV	No estoy de acuerdo con la canción de Mocedades	104
XXXVI	Solo los necios tienen respuestas exactas para todo	105
XXXVII	Mientras más tratamos de explicarnos..	107
XXXVIII	Si el derecho al bienestar físico	110
XXXIX	Los grandes científicos, políticos, artistas y santos	114
XL	Tengo el privilegio de haber vivido	117
XLI	La educación puede ser la gran fecundadora	119
XLII	Yo creo en el hombre	126
XLIII	Ser honrado en un país	127

XLIV	El subdesarrollo mental.....	128
XLV	Cualquier creación presupone.....	130
XLVI	En vísperas del tercer milenio.....	132
XLVII	Febrero 13, 1984.....	135
XLVIII	La infamia se inició en la Alemania nazi.....	140
XLIX	Debemos conservar la calma.....	142



Prólogo

Héctor Abad Gómez, sectario de la tolerancia

No sé qué mano amorosa, atareada en ordenar los libros y papeles del médico recién asesinado, encontró un legajo de folios manuscritos, cronológicamente dispuestos en una suerte de diario, que reiteraban las obsesiones del autor, tan conocidas por quienes lo conocimos: el corazón humano, la iniquidad, la miseria, el país degradado y (¡desde luego!) La esperanza. Héctor Abad Faciolince, entrañablemente afín al diarista, condensó la intención y la doctrina en un título feliz: Manual de tolerancia.

Si esa virtud llegó a ser el eje de sus reflexiones, no fue por mero azar. Tengo la convicción de que ella resume de manera exacta todo lo que Abad Gómez era y deseaba. Más aún: pienso que la tolerancia sintetiza un impulso vital y un sentimiento pasibles de contradecirse, pero que en el médico humanista ni siquiera virtualmente se podían escindir: la libertad y el altruismo. Por eso, más fiado de sus certezas vivenciales que de los sutiles discernimientos de los teorizadores, se proclamaba liberal, socialista y cristiano, convencido de que la vida funde lo que la lógica se empeña en abstraer.

Quien abrigue dudas acerca de la conexión armoniosa de la tolerancia con la libertad, que torne a Locke¹ y a Voltaire², donde la estirpe liberal de la virtud es desvela-

1 A letter concerning toleration.

da de modo concluyente, pues uno y otro demuestran, hasta la evidencia, que es ella la que nos permite entender y conllevar la libertad del otro, aun cuando se ejercita en exceso. Nada distinto de lo que Héctor Abad enseñaba y buscaba: no únicamente la afirmación de la libertad propia (actitud más hedonista que ascética) sino el respeto y el reconocimiento del otro como ser libre, principio y praxis de inconfundible sello altruista.

Prohijada por las mentes más lúcidas del siglo XVII y por los espíritus ilustrados del XVIII como antítesis del fanatismo religioso, superado éste —al menos parcialmente—, la tolerancia ha renovado su actualidad histórica, como principio contrastante de todas las manifestaciones oscurantistas que permean el extenso ámbito de lo opinable; porque si en éste la diversidad es ineludible, solo ella ofrece posibilidades sólidas de humana convivencia. Desechada la mutua tolerancia, como término extremo de la alternativa subsiste únicamente la insensata persecución de todos contra todos, y de ello —me parece— puede dar testimonio nuestro desgarrado país.

No era, pues, anacrónico el clamor reiterativo de Héctor Abad Gómez por la tolerancia, en una sociedad donde los más obcecados fanatismos emulan en la invención de nuevas formas de irracionalidad, a cuál más sobresaliente por su desmesura. Ni contravenía, ese empeño vital, la coherencia con sus postulados ideológicos pues, rescatada la tolerancia como virtud liberal por excelencia, era apenas natural que Abad Gómez la abrazara sin reservas, él, que era un liberal íntegro (en el sentido prístino de la expresión), tan bueno, y tan crédulo en la veracidad ajena, que no acababa de entender por qué dentro de la colectividad política en la que militaba —tozudez muy suya— se le trataba como a un heterodoxo.

Cuando se demanda de quien ejerce el poder, tolerancia con los opositores y lealtad con los principios racionales a cuyo amparo se dice gobernar, se plantea entonces

2 *Traité sur la tolerance.*

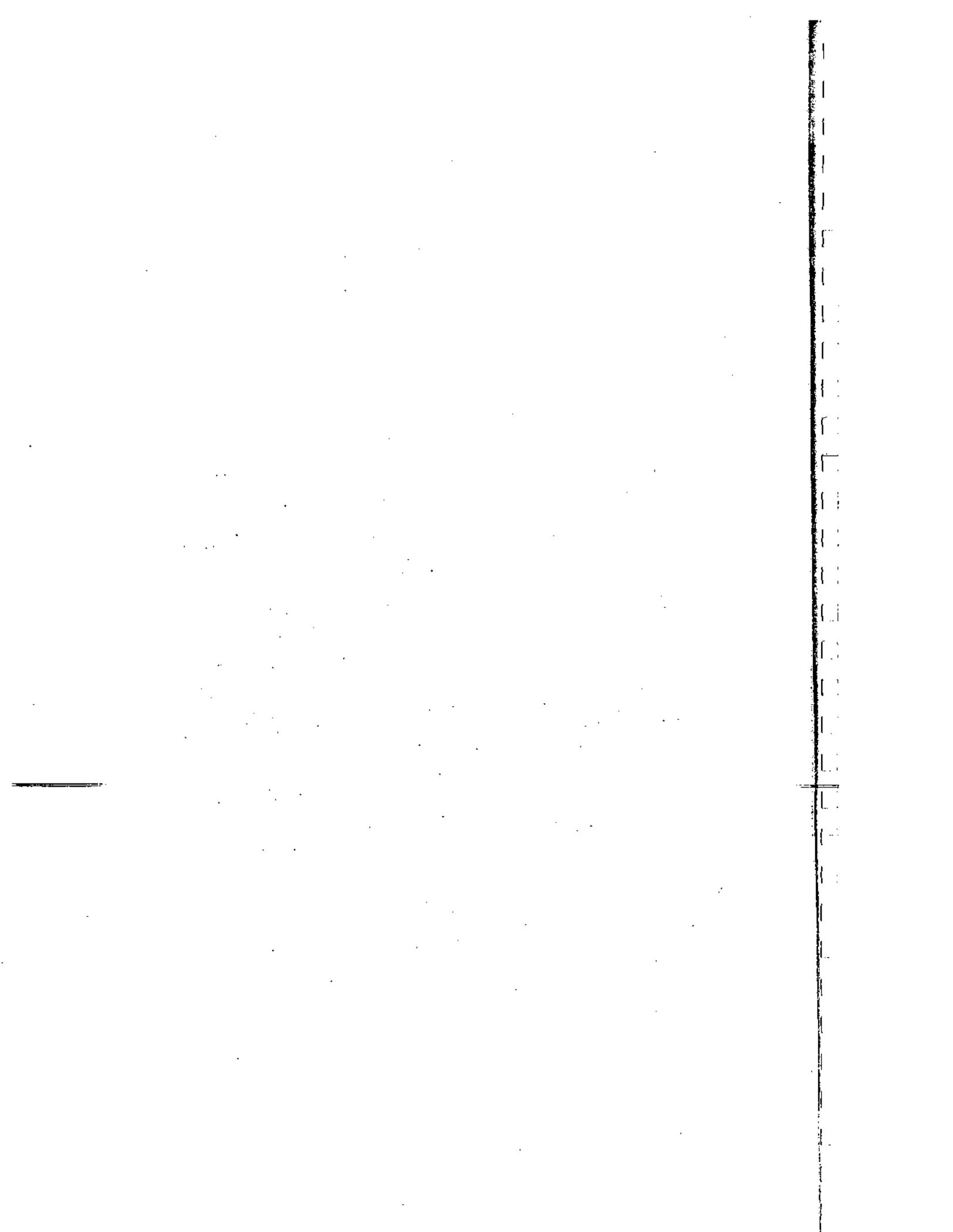
la lucha por los derechos humanos y en ella —desde luego— Abad Gómez fue combatiente ejemplar, ante la actitud significativamente desdeñosa —cuando no reluctante— de aquellos a quienes hacía la deferencia de reconocer como sus jefes políticos. Porque, doctrinario como era, no suponía que lo que él veneraba como ideal rector, fuese en otras manos artilugio mezquino, encubridor de intereses protervos. Es que tenía ese hermoso candor de los hombres honestos, que toman en serio las ideas que profesan.

Es explicable que en una sociedad moralmente alterada y progresivamente degradada, como ésta en la que le tocó vivir, fuera la Universidad, ese mundo singular donde todavía (!) otra legalidad prevalece, el hábitat menos incompatible con sus necesidades más hondas y con su vocación.

Al fijar Locke los que él considera límites necesarios al ejercicio de la tolerancia, enuncia sin vacilación una categoría de hombres —los intolerantes— frente a los cuales tal virtud no puede practicarse. Héctor Abad, en cambio, dudaba aun de que tal restricción fuese legítima, con el argumento (tan genuinamente liberal) de que nada podía garantizarnos que en algún momento la razón no estuviese de su parte. Es decir, pensaba (¡a veces!) en contra de Locke y de su propia tendencia a la mesura, que aun a los intolerantes hay que tolerar, para ser coherente con el principio hasta en sus últimas consecuencias. Ese curioso sectarismo —que de puro permisivo y benévolo se autodestruye— era el único que podía tener sitio en su corazón tan grande y generoso.

De algún modo su vida —testimonio constante de paz y tolerancia— y su destino final, reproducen la paradoja teórica que tanto lo inquietaba.

Carlos Gaviria Díaz



Todo hombre es bueno y malo como la naturaleza.

Goethe

El hombre sabio está lleno de rectitud, pero no desmenuza ni talla a los demás. Es justo, pero no amonesta a los demás. Es recto, pero no endereza a los demás. Es esclarecido, pero no ofende con su brillo.

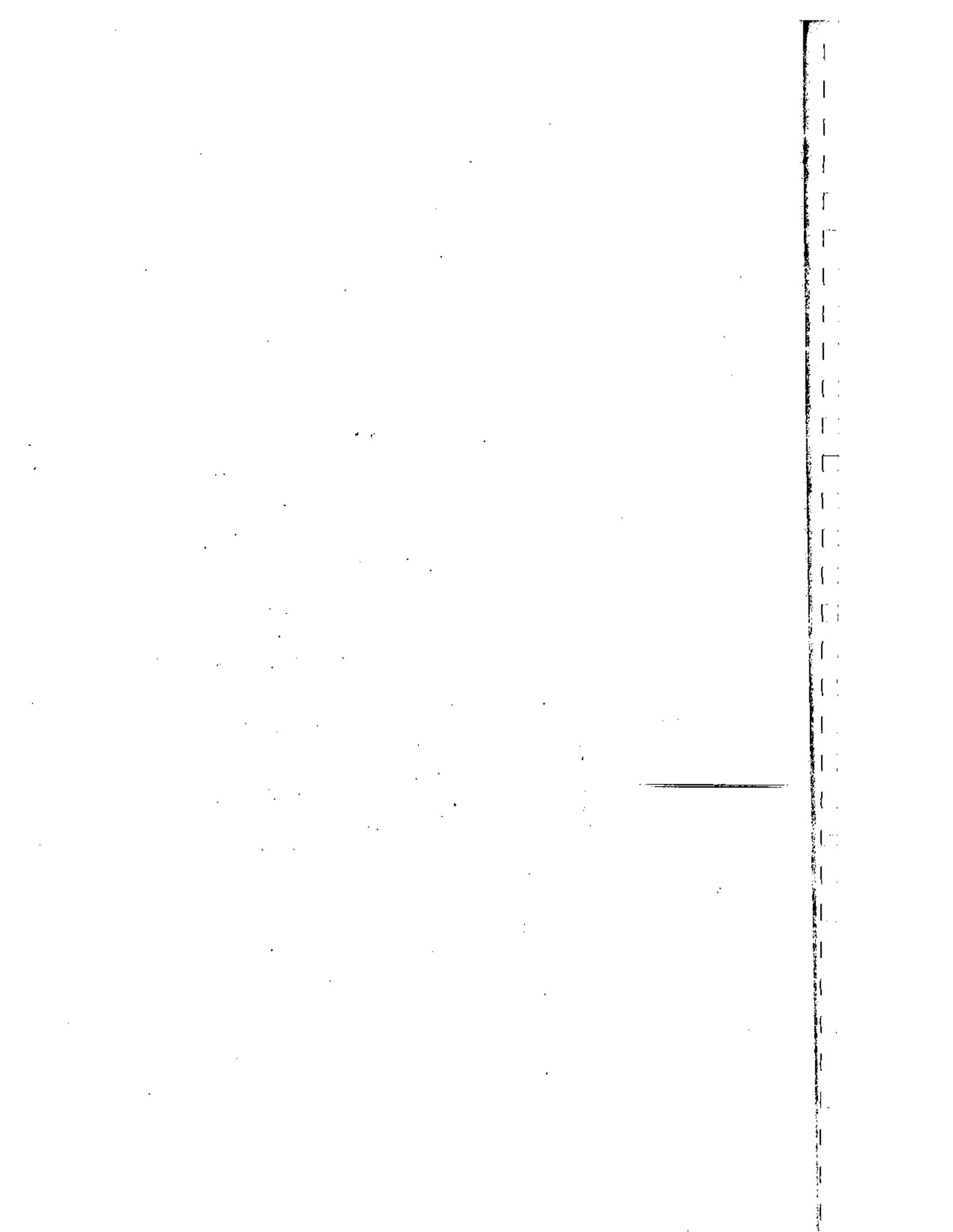
Lao-Tzé

Se me debe exigir que busque la verdad, pero no que la encuentre.

Diderot

[*La discordia es la gran peste del género humano,
y la tolerancia es su único remedio.*

Voltaire



I

Los que vayan a leer este y los capítulos que siguen serán probablemente hombres y mujeres de buena voluntad que quieren conocer las ideas de otro ser humano como ellos, sobre el hombre y el mundo, y que encontrarán, seguramente, algunos puntos en los que estaremos de acuerdo y algunos otros en los cuales nuestras opiniones divergirán fundamentalmente. Reconozco, desde ahora, que concedo a todos aquellos que estén en desacuerdo básico con las ideas que voy a exponer, las mejores intenciones.

Siempre he creído en la bondad innata de la mayoría de los seres humanos.

En mi contacto con hombres y mujeres de todas las razas, de todas las religiones, de todas las creencias y de todos los partidos políticos, he encontrado siempre en la mayoría de ellos un convencimiento profundo de que lo que creen o lo que profesan es lo mejor para ellos y para todos los demás y que si defienden apasionadamente a su nación, a su partido o a su religión, es porque están convencidos de la bondad de éstos y porque creen honradamente que la aplicación de sus propias ideas traerá más bienestar y mejorará las condiciones de todos los seres humanos.

Algunos de éstos están tan fanáticamente convencidos que creen que cualquiera otra idea u opinión, o cualquier divergencia con lo que ellos piensan, pone en peligro a la humanidad misma, su propia felicidad o la felicidad de los demás. Para estos últimos no escribo. Sé que considerarán peligroso todo lo que no concuerde con su credo establecido. Escribo para los hombres y mujeres desprevenidos, con una mente abierta; para aquellos que no han tomado fanáticamente partido; para aquellos que

en la jerga del momento hemos convenido en llamar "no comprometidos"; para hombres y mujeres comunes, como yo, que profesan lo que profesan y creen lo que creen con un espíritu abierto, siempre dispuestos a admitir que pueden estar equivocados, siempre atentos a oír con respeto otras opiniones, a modificar sus ideas si se les presentan hechos o argumentos lógicos que los convenzan, a compartir con otros el placer de cambiar de opinión, de adquirir nuevas perspectivas, de mirar los hechos desde distintos ángulos que antes no habían considerado, de poder admitir honestamente que estaban equivocados.

Para estos hombres y mujeres no fanáticos, que no han jurado defender un partido o una ideología aunque les cueste la vida, que no le tienen terror al cambio de sus propias convicciones u opiniones, que ven con agrado las perspectivas de discutir con gente que no piense como ellos y están dispuestos a admitir la posibilidad de cambiar sus propias opiniones; para esta gente, sana mentalmente, quiero escribir.

Para los otros, para los que por su posición o su jerarquía o sus votos, ya están comprometidos y no quieren cambiar, para éstos es inútil escribir. Ellos no leerán sino lo que afirme las posiciones que ya han adoptado, o si leen o escuchan ideas diferentes, lo harán teñidos con tales prejuicios que no podrán ver, porque no lo quieren, lo que haga peligrar las posiciones que ya han jurado sostener. Hay personas emocionalmente incapaces de admitir que pueden estar equivocadas. Son de la madera de aquellos que una vez adquieren poder, se convierten en pequeños o grandes dictadores. Son de la madera de aquellos que cuestan a sus familias, a sus organizaciones, a sus partidos, o a sus naciones, según el ámbito en que les toque actuar, los sufrimientos y los conflictos de que la historia de la humanidad está, desgraciadamente, llena.

Con las mejores intenciones, creyendo fanáticamente hacer el bien, se han arrogado para sí mismos la verdad y el derecho a imponerla y han causado perjuicios sin cuenta. El mundo sufre todavía y tendrá que seguir sufriendo las consecuencias de los que creen siempre que tienen la razón. Ellos han conducido al mundo a las grandes guerras y a los grandes sacrificios. Luchas religiosas, luchas ideológicas, luchas políticas, luchas raciales, todas nacen en la mente de los hombres que no pueden admitir que pueden estar equivocados. En la mente de los hombres que creen tener la verdad revelada.

El origen de estas mentalidades fanáticas, fuera de su propia constitución, es la educación que en un momento dado les da su propia sociedad. Al niño que le hacen creer que no hay más verdad que la de sus padres o la de sus maestros, o la de su raza o la de su partido o la de su religión, le están deformando la mente de una manera que si no fuera por la ignorancia y por las buenas intenciones que conlleva, sería de calificarse como criminal.

Con los medios de comunicación modernos, esta educación deformadora va siendo cada vez, afortunadamente, más difícil en el mundo. Pero quedan algunas organizaciones, sectas, comunidades, religiones y algunos partidos políticos, y aun naciones enteras, que se encierran en su propia "verdad" y no admiten nada que venga de fuera. Una de estas naciones es Colombia, uno de estos partidos es el comunista, una de estas religiones es la católica. Con pequeñas grietas, llamadas a desmontar inexorablemente estas posiciones totalitarias, estamos asistiendo a la lucha de instituciones que no quieren cambiar, que se resisten al cambio, que llevan en su mismo seno las contradicciones que harán o que se modifiquen o que perezcan.

La institución más antigua, la Iglesia Católica, con la gran sabiduría que ha acumulado en veinte

siglos de agitada y exitosa existencia, atraviesa por un periodo de intenso autoanálisis que es probable que la lleve, una vez más, intacta y transformada, a través de otro agitado periodo histórico. Se ha cuidado muy bien, por ejemplo, de no condenar definitivamente al comunismo.

Condena, eso sí, al "comunismo ateo".

Su grande enemigo actual en el campo económico, puede muy bien convertirse en el futuro en su gran aliado, así como pudo pasar del feudalismo a la monarquía y de ésta a la república, conservándose poderosa. De la misma manera, el comunismo, si prueba que su organización económica de planeación estatal es la más conveniente para el progreso de los pueblos, no tendrá inconveniente en dejar su ateísmo y en convenir que Dios existe como concepto humano de "supremo bien, suprema verdad, suprema belleza". La ciencia no es incompatible con las ideas abstractas de los seres humanos.

En esta lucha entre estos dos grandes colosos contemporáneos, el comunismo y el catolicismo, ¿dónde está Colombia? Unos quieren colocarla en un campo, otros en el otro. Hay fanáticos de ambos extremos que no les importaría ver su destrucción, con tal de no ceder en sus ideas, convicciones o sentimientos. Hoy mismo, a los colombianos nos exigen que nos coloquemos en uno u otro campo. Sin que nos presenten ninguna alternativa. Pero hay una alternativa: la eterna alternativa de una mente libre. La alternativa de creer que en uno y otro campo puede haber errores y puede haber aciertos. La alternativa de buscar, por nosotros mismos, la solución a nuestros propios problemas.

Para los hombres y mujeres colombianos que no estén aún fanatizados escribo este libro. A los otros, sin dejar de reconocerles sus buenas intenciones, les recuerdo la historia, les pido perdones y excusas

y les ruego que no sean demasiado crueles con un pobre ser humano, también bien intencionado como ellos, que se atreve a decir que por fuera de esos dos extremos, puede estar la verdad. Una verdad con minúscula, contemporánea, práctica, que aspira a servir para esta época y en estas circunstancias a los colombianos de hoy, y que no aspira a ser, de ninguna manera, ni otro dogma ni siquiera otra doctrina.

II

El problema de qué hacer con los artistas, intelectuales, pintores, escritores, filósofos, científicos, catedráticos, literatos y pensadores que se oponen a las medidas de fuerza que buscan conservar o implantar determinadas ideologías o sistemas religiosos, económicos o políticos, ha sido un viejo dilema que se ha presentado desde tiempos antiguos a los detentadores del poder.

¿Qué hacer con estos seres indefensos, débiles, algunos demasiado jóvenes, otros demasiado viejos, generalmente extraños, que no se visten ni actúan como la gente decente, como las buenas y sensatas gentes que aceptan lo establecido, sino que se les ocurre pintar, escribir, hablar y comportarse en una forma en que a los dirigentes naturales les parece tan salida de tono, tan incompatible con el sistema, tan irritante y hasta tan “subversiva”?

Es probable que tan grande perplejidad pudiera atenuarse si se investigara qué hicieron con el loco que salió desnudo gritando *eureka*, cuando encontró con su propio cuerpo cómo podría medirse la densidad de los cuerpos en relación con el agua. O lo que hicieron con Sócrates cuando se le ocurrió que las cosas no iban tan bien en Atenas como la gran

mayoría de los atenienses parecían creer. O qué, a quien se le ocurrió hacer una casa en las afueras de las cavernas, cuando todos los cavernícolas estaban tan contentos en sus confortables cuevas.

Podría preguntarse también a Savonarola qué aconsejó hacer con los disidentes religiosos en el renacimiento. O averiguar qué hizo Hitler con Einstein y los demás sabios alemanes que no se acomodaban a pensar exactamente como los dirigentes del nazismo. O qué hizo Stalin con los que no compartían sus tesis. O qué hacía Somoza con los que se oponían a lo que él pensaba. O qué está haciendo Pinochet con los que se oponen a sus nuevos modelos económicos y políticos, impuestos a la fuerza.

Así se saldría de la enorme perplejidad acerca de qué hacer en Colombia con los que disintimos con el Estatuto de Seguridad; con las torturas, con los allanamientos, con las arbitrariedades, con la implantación a la fuerza de un injusto orden económico internacional dictado por los poderosos, por las metrópolis, por el Chase Manhattan Bank, por los hermanos Rockefeller, por los Kissinger, por el Sha vagando por el mundo con sus todavía repletos bolsillos de decenas de millones de dólares.

Este dilema ha sido el dilema de todos los fanatismos, de todos los poderes absolutos, de todos los totalitarismos y de todos los poderes establecidos de muy diverso carácter que en el mundo han sido.

¿Qué hacer con esta gente? ¿Tolerarla, desterrarla, encarcelarla, quemarla o destruirla?

Cada quien puede escoger cualquiera de los modelos que acabo de relatar y aconsejarle el que más le plazca a sus amigos, que pudieran tomar la decisión. Dos cosas me gustaría recordar. La una es un pensamiento de Erich Fromm. Decía ese disidente e inquieto psiquiatra: "Si no fuera por aquellos que en un momento dado de la historia fueron

capaces de pensar distinto a lo que piensa el rebaño, la humanidad estaría todavía en la edad de las cavernas”.

Y este otro de Benjamín Franklin a una señora que le preguntaba si la Constitución Federal de los Estados Unidos de Norteamérica, que él había ayudado a redactar en 1787, no sería demasiado liberal. Franklin le contestó a tan dignísima dama: “Quienes son capaces de renunciar a la libertad esencial a cambio de una pequeña seguridad transitoria no son merecedores ni de la libertad ni de la seguridad”.

Tal vez con estos ejemplos de esos subversivos de distintos siglos, se pudiera resolver, así fuera parcialmente, esta enorme, difícil, interesante, oportuna, y, sobre todo, tan rápidamente citada y acogida perplejidad.

III

Concedido que la firmeza ideológica es una de las fuerzas que mueven la historia y que tanto las ideologías conservadoras como las ideologías transformadoras tienen un papel importante en el sostenimiento de una sociedad viva y actuante, debemos referirnos al fanatismo como una actitud de la mente humana que ha sido perjudicial para la vida del hombre y que ha traído sufrimientos, muertes y guerras que pudieran evitarse en el futuro si se analizara y comprendiera bien la naturaleza del fanatismo.

El fanatismo es una manera de ser y de reaccionar ante las propias convicciones y ante las convicciones de los demás. Es el estar convencido de que uno solo tiene la razón y de que los demás están equivocados. Es el no admitir la posibilidad de

cambio en sus propias convicciones. Es el estar dispuesto a defender éstas, sin que importen las consecuencias para sí o para los demás. Es, en resumen, una actitud irracional de la mente humana, formada por la educación que se ha recibido en la infancia y en la juventud.

Los hombres se vuelven fanáticos porque han sido educados para el fanatismo. Esta educación para el fanatismo es la educación que ha prevalecido a través de la historia de las sociedades humanas. Así se han sostenido coherentes y unidos los grupos humanos de las más diferentes categorías y así se han creado y han progresado las naciones, las religiones y las asociaciones de las más diversas ídolos.

No podemos decir, entonces, que el fanatismo sea una fuerza totalmente negativa. Ha servido propósitos útiles en determinados momentos históricos. Pero en general el fanatismo y los fanáticos han sido el instrumento de los más grandes desastres humanos. No sabemos si la humanidad hubiera progresado sin fanáticos, pero sabemos con seguridad que los fanáticos han sido factor decisivo para una serie de sufrimientos y de catástrofes que han afectado desfavorablemente a millones de seres humanos.

Siendo una fuerza irracional y descontrolada, el fanatismo ha causado males mayores que cualquiera de los progresos en que pudo haber intervenido. Por lo tanto, sería conveniente para el mundo actual y futuro, que se evitara la formación y la actuación de los fanáticos en todos los campos, el nacional, el político, el religioso, el racial.

No se nace fanático ni se nace tolerante. Estas dos actitudes mentales opuestas se van formando a través de la educación y de los ejemplos que se reciben de la familia y de la sociedad. Son los padres y los educadores, es el ambiente mental del niño y

del joven lo que produce mentes fanáticas o mentes tolerantes.

Es evidente que, como en todo, ambos extremos pueden ser perjudiciales para el individuo y para la sociedad. Si toleramos todo, no podemos ser consistentes en nada y no habría forma de conservar una personalidad o una sociedad sin tener convicciones firmes sobre algunas cosas. Pero una cosa es firmeza racional y consistencia ideológica y otra cosa es fanatismo. Así como una cosa es tolerancia y otra amorfismo ideológico desintegrador de individuos y de sociedades. Deberíamos evitar la formación de fanáticos, sin caer en el otro extremo de formar seres humanos que aceptaran cualquier cosa nueva o que signifique cambio sin ningún análisis racional o sin ninguna resistencia que exija que se demuestre que lo nuevo es mejor que lo viejo.

Un espíritu racionalmente firme y dispuesto a defender, también de una manera racional, las ideas y los modos de ser ya probados como buenos por la experiencia, no es un espíritu fanático. Así como el aceptar todo lo nuevo y todo cambio sin ningún raciocinio no es tolerancia sino que puede llegar a ser estupidez. Algunas ideas y convicciones podemos y debemos defender cuando estamos convencidos de ellas y no se nos demuestre que estamos equivocados.

El fanático es el que no admite explicaciones, ni oye razones de los demás. Es el que se cierra mentalmente al diálogo y no admite emocionalmente la posibilidad de estar equivocado. Esta actitud, aunque aparentemente firme, revela más bien una íntima inseguridad y un escondido temor de no tener la razón. Los que afirman que hay verdades inmutables y dogmas eternos y no admiten siquiera que nadie pueda discutir con ellos la posibilidad de que esto no sea así, son fanáticos. Reconoceremos un fanático en el hombre que no admite la posibilidad

de estar equivocado en alguna de sus afirmaciones. Puede estar convencido y tener una convicción firme de que tiene la razón, pero debe admitir la posibilidad de estar equivocado para que podamos clasificarlo entre los no fanáticos. Ningún fanático deberá intervenir en la educación de la niñez o de la juventud de un país. Los padres deberían tener clases en las que se les explicara la naturaleza del fanatismo para que pudieran evitar, si reconocen la naturaleza perjudicial de esta actitud y sentimiento, el que se transmitiera a sus hijos. En esta forma podríamos evitar el fanatismo en los individuos y en las sociedades futuras. De que podamos hacer esto depende en mucha parte el bienestar de la humanidad.

IV

El fascismo, por más que quisiéramos, no ha desaparecido de la faz de la tierra. Reaparece en los países subdesarrollados y se insinúa peligrosamente en los Estados Unidos con gobiernos dictatoriales que toman el anticomunismo como bandera, que se apoyan en las formas más explotadoras del capitalismo y que no admiten disensión alguna para la forma en que conducen sus asuntos internos o externos. El maccarthismo, muchas de las actitudes de Truman y la política inflexible de Johnson en Vietnam, el secretario MacNamara, el apoyo a los golpes de Estado derechistas y militaristas como el del Brasil y la intervención en Santo Domingo, son todos signos de que el gobierno de los Estados Unidos pareciera abandonar, por épocas, sus pretensiones de defensa de la democracia y de la libertad para adoptar la política que combatió en la Segunda Guerra Mundial. Esto es trágico para el

mundo. Los intereses económicos y comerciales de las grandes potencias se imponen, a la larga, sobre sus proclamados ideales.

Por otro lado, el comunismo nos propone un avance en la organización administrativa y en la efectividad económica del Estado, con ventajas innegables para el hombre común, pero con una inflexibilidad doctrinaria y una organización policia- ca, que tampoco admite disensión y que pone a toda una nación al servicio de un solo y dogmático sistema.

¿Qué posición, entre estos dos extremos, pueden adoptar los países subdesarrollados?

Los intereses que se juegan las grandes potencias son intereses comerciales, más que ideológicos. Van a la guerra y dejan que mueran sus soldados para defender el nivel de vida que han alcanzado sus pueblos con el ventajoso intercambio de comprar materias primas y agrícolas baratas y vender productos elaborados e industriales caros. Esta ventajosa posición la defienden con las armas y la disfrazan con mentirosas declaraciones en pretendida defensa de la libertad y de la autodeterminación. Pero es cada vez más evidente, aun para el más desprevenido y poco informado hombre común, que éstas son declaraciones vacías de verdad, y que cubren apenas intereses económicos.

¿Por qué hemos de entrar en esta lucha, engañados por la falsa defensa de la libertad? Está bien que las pequeñas capas dominantes económicamente de los países subdesarrollados defiendan, con las mismas mentiras, sus propios intereses vinculados a los internacionales. Pero, ¿por qué nuestros pueblos han de dejarse engañar en esta lucha? ¿Qué ofrece para ellos la organización comercial del mundo actual? Solo la continuación de la misma dependencia y de la misma miseria para la mayoría. Es cierto que va a ser difícil y probablemente muy traumáti-

co al comienzo cortar los lazos de dependencia económica que atan a los países de determinada órbita imperialista con su metrópoli. Pero mientras no se dé este decisivo paso no vamos a poder salir del subdesarrollo.

Estamos en el gran cinturón tropical y va a ser difícil establecer relaciones de intercambio con productos similares. Pero si establecemos un gran mercado común en el cual los pequeños avances tecnológicos que algunos de nosotros hemos hecho puedan encontrar un campo de desarrollo con la demanda de una gran zona común, pronto encontraremos las conexiones y las interdependencias favorables para todos, con un gran espíritu de solidaridad humana, nuevo en las relaciones internacionales. Las experiencias que han acumulado las agencias internacionales técnicas de las Naciones Unidas, con el intercambio de expertos de países subdesarrollados con otros aún menos desarrollados, según los campos, nos pueden servir para formar una gran concentración de experiencias exitosas en algunos campos que podamos compartir con nuestros hermanos de subdesarrollo, sin tener que afiliarnos a la vieja escuela del imperialismo. Esta es una contribución que la zona tropical del mundo puede hacer a la historia de la humanidad. Los pueblos subdesarrollados no pueden admitir el fascismo nacional o internacional, que con su pretendido anticomunismo quiere conservar la dominación de unos pocos sobre grandes masas humanas necesitadas.

No nos animamos tampoco a copiar servilmente los sistemas socialistas, con supresión de toda libertad y con su indefinida etapa de dictadura del proletariado. Es probable que el sistema de gran alianza del mundo subdesarrollado tenga su mayor enemigo en los intereses imperialistas de los países altamente industrializados. Pero nuestro papel en

el mundo futuro y en la conquista del bienestar para nuestros pueblos nos impone la política de no seguir siendo satélites incondicionales de las grandes potencias o de las grandes ideologías, y de adoptar una filosofía propia que no tenga que apelar al fascismo para sostener los intereses económicos de las minorías ni tenga necesariamente que adoptar un sistema socialista totalitario. El hombre del trópico, el hombre de los países subdesarrollados, con los avances educativos y el confort que la vida moderna ha dado a algunos de sus elementos representativos, está en mora de presentar una alternativa ante los extremos ideológicos que se le muestran como único camino por las partes interesadas. Si nos resolvemos a unirnos y a pensar independientemente, tendremos el futuro a nuestro servicio. Si no, pereceremos consumidos, como insectos que circulan alrededor de dos grandes luces que van a explotar.

V

El genio es el doloroso autodescubrimiento de que se es distinto a los demás. Y de que esto se paga. Muchas veces con la fama. Es descubrir —como dice el genial maestro Rodrigo Arenas Betancur— “que a uno le digan hijo de puta sin que lo conozcan”. Es también sufrir la envidia de los mediocres, que somos la gran mayoría. Sobre todo de los mediocres a quienes una estúpida educación —familiar, escolar— ha convencido de que cualquiera puede ser un genio; que para ser genio lo único necesario es esforzarse; que cualquiera puede ser el primero. Y cuando se descubre que el otro es el mejor, se sufre, con el estéril sufrimiento del mediocre que envidia la fecundidad el genio.

Esta, que es una ley estadística elemental y universal, la de que la gran mayoría es el medio, y de que apenas existen dos extremos —mientras más extremos más minoritarios— no parecen saberla y si la saben no la practican, los educadores del mundo. Todos ellos quieren —vanidosamente— que entre sus discípulos aparezca un genio. Y escogen a alguno o a algunos para este sacrificio, olvidando la extraordinaria escasez de este raro producto natural.

He aquí el origen de tanto inútil sufrimiento. Si a todos nos hubieran enseñado que la gran mayoría somos inevitablemente mediocres —y que debemos contentarnos con nuestra mediocridad— la vida de los seres humanos sería más apacible y más feliz. El querer ser héroe, protagonista, conductor, líder, artista, sin tener la innata cualidad para ello, es causa de gran cúmulo de sufrimientos, no solo para el *afectado* sino para los demás. Todos hemos tenido que sufrir al que se autoconsidera genio sin serlo.

VI

La gente se convence muy fácil de que las condiciones que la favorecen deben permanecer inmutables. Así se van creando ideologías inflexibles sostenidas por los grupos privilegiados que conservan el poder y el “orden constituido”, que no admiten la posibilidad de que existan otras formas sociales mejores. Como reacción contra esta tendencia conservadurista surgen los sostenedores de un cambio radical y absoluto, los forjadores de sociedades utópicas, los inflamados por un deseo de justicia, que predicán la sustitución de cierto estado de cosas por otro totalmente diferente. Así va avanzando la historia.

Es probable que ninguno de los dos grupos opuestos tenga razón. Pero los dos contribuyen a que las sociedades continúen y evolucionen en forma que puedan seguirse sosteniendo vivas, pero cambiantes, al mismo tiempo conservando ciertas características que las hacen permanentes. Si el primer grupo predomina sobre el otro, la sociedad se fosiliza y muere. Si el otro predomina totalmente, la sociedad puede desintegrarse. Lo que conserva viva a una sociedad es el juego de estas dos tendencias opuestas y contradictorias. Como en el universo físico y en el universo biológico, también en el universo social son las fuerzas positivas y negativas lo que hacen que éste exista. Es la coexistencia de la permanencia y del cambio lo que les da realidad a las sociedades.

Si este concepto simple predominara, ¿se suspendería la lucha dinámica que hace progresar a la historia? No necesariamente. Es probable que la lucha se hiciera más civilizada, más consciente y más racional. Si admitimos la necesidad de las dos fuerzas, la conservadora y la transformadora, todos los que emocional o cronológicamente estuviéramos por una o por otra, lucharíamos con menos ferocidad y con menos fanatismo, probablemente con resultados menos catastróficos para la historia humana. La inflexibilidad ideológica contribuye al fanatismo, que es al mismo tiempo, motor y freno de la historia.

La actitud de los que quieren conservar lo que hay y la actitud de los que quieren cambiarlo todo constituyen las fuerzas dinámicas que hacen el progreso. La inflexibilidad ideológica es un tremendo obstáculo al progreso humano dentro de las fuerzas conservadoras, pero puede ser al mismo tiempo una tremenda fuerza de progreso en el lado de las fuerzas transformadoras. El predominio de cualquiera de las dos significaría fosilización o desinte-

gración. Solo el equilibrio de ambas puede sostener viva a una sociedad. Ambas fuerzas son, pues, importantes y necesarias. Pero el factor principal para la supervivencia de cualquier sociedad, institución, partido, religión o aun de cualquier nación, es la libertad que debe existir para el juego de ambas. Este factor de libertad es el factor esencial, es el factor vital.

Si se reconociera este hecho, las luchas no tendrían que ser tan destructoras como a veces se presentan. La libertad de acción para los extremos es lo que conserva el universo, siempre igual y siempre cambiante; es lo que conserva la vida de las distintas especies y lo que hace que cuando algunas se fosilizan aparezcan otras, pero con caracteres que han "aprendido" de las anteriores; es lo que ha permitido que algunas instituciones se hayan conservado por tan largo tiempo; es lo que permitiría que algunas sociedades se hicieran prácticamente eternas. Aunque sabemos que nada es eterno en el universo, ni el universo mismo, sabemos también que hay cosas que viven más y otras que viven menos.

Las lecciones de la astronomía, de la física, de la química, de la biología, nos serán útiles también en las ciencias sociales.

La conducta de ciertas instituciones, religiones y sociedades que admiten libertad dentro de su seno para el juego de fuerzas aparentemente contradictorias, nos debe enseñar a los que nos interesamos por la vida de las sociedades, que el factor principal es la aceptación de que hay fuerzas aparente o realmente disímiles, las cuales al dejarlas trabajar libremente son las que hacen que las cosas permanezcan cambiando y cambien permaneciendo.

El cerrarse en actitudes inflexibles o en ideologías inmutables es signo premonitorio de muerte, por fosilización o por desintegración. Nada puede subsistir en el universo con un solo lado. No se

puede aplaudir con una sola mano. El ser está siempre constituido por dos fuerzas opuestas. Los seres que no son dinámicos no sobreviven. La ley es la de la continua permanencia y la del continuo cambio. Solo con cambio hay permanencia y la permanencia es necesaria para que el cambio pueda establecerse sin que sea desintegrador.

Para la comprensión de la naturaleza del universo, con todas sus fuerzas físicas, biológicas y sociales, es necesario el reconocimiento de que hay dos fuerzas opuestas que actúan y que su libertad de acción es lo esencial para que las cosas al mismo tiempo progresen y se conserven. Esta lucha permanente entre opuestos es la esencia de la existencia. De la existencia física, de la existencia biológica y de la existencia social.

VII

Son muy pocas las personas que pueden decir, honestamente, que no les interesa su propia vida. Y éstas, o tienen un desengaño profundo y, por lo tanto, no tienen una buena salud mental, o, por el contrario, tienen tan alto ideal y tal paz y felicidad interior, que no les importa sacrificar su propia vida, salud y comodidades para alcanzar dicho ideal. Estos cruzados son enteramente felices y han encontrado un objetivo a su existencia. En las catacumbas, a los antiguos cristianos, por ejemplo, no les importaba ser devorados después por los leones, en el circo romano. Y en todas las religiones, y aun en los credos políticos y filosóficos, encontraremos gentes de esta categoría, o patriotas convencidos, que sacrifican todo a un ideal superior. Es interesante la anotación de que en Holanda se redujeron significativamente las enfermedades

mentales durante la guerra, porque el pueblo había encontrado un ideal por el cual luchar.

¿Nuestra actual civilización "cristiana" de Occidente qué le ofrece al hombre? El afanarse cada día que pasa, más y más, por obtener más bienes materiales. Las drogas tranquilizadoras apenas sí han podido reducir un poco las enfermedades mentales en la llamada civilización occidental. Es verdad que se necesita un mínimo de bienes materiales para que el común de la gente encuentre satisfacción. Con hambre, con enfermedades y sin en qué dormir o abrigarse, son muy pocos los que pueden permanecer felices.

Pero las comodidades materiales, que deberían ser apenas un medio, se están convirtiendo, aquí y en todo el mundo, en un fin por sí mismas. Y éste ha sido nuestro gran error. El hombre necesita también un ideal. Pero el ideal no debe ser solamente la vida porque sí, o el progreso material porque sí. La vida, por sí misma, es un valor; es cierto. El progreso también. Pero considerados solos y como únicos objetivos, tal vez nos están llevando a olvidar otros valores superiores que han hecho más felices al género humano: la caridad, la confraternidad, el amor, el deseo desinteresado de servir. El bien, en fin, por sí mismo, y no como un medio para ganar posiciones o prestigio en esta vida o en la otra. La vida, entonces, y en esto parece que se van poniendo de acuerdo la religión y la ciencia, vale la pena, solamente, cuando es un medio de hacer el bien por el bien mismo.

VIII

Lo que pensamos hoy es el resultado de muchos siglos de evolución histórica, que ha traí-

do cambios a nuestras instituciones, a nuestros modos de vida y, por lo tanto, a nuestro modo de pensar. Se ha dicho que no vivimos como pensamos sino que pensamos como vivimos.

El pensamiento va evolucionando de acuerdo con la manera como viven los hombres, y en cierto sentido también, los hombres van cambiando su modo de vida, de acuerdo con lo que van creyendo. En la disputa filosófica de si el hombre es un producto de su sociedad o la sociedad es un producto del hombre, es evidente que los dos extremos aportan parte de la verdad, como siempre. Las grandes ideas y las grandes verdades siempre son el resultado del aporte común de dos grandes ideas o dos aparentemente grandes verdades, contradictorias entre sí. La humanidad se ha debatido siempre, en una continua lucha entre extremos, encontrando para su avance las síntesis fecundas.

Así, los extremistas, que han reaccionado contra verdades que parecían netamente establecidas, han contribuido al progreso del pensamiento humano, desbaratando las síntesis aparentemente más permanentes. Al "todo permanece" se ha opuesto el "todo cambia", avanzándose siempre como resultado de la lucha entre contrarios. Todo esto refleja la constitución misma del universo, dividido entre protones de carga positiva y electrones de carga negativa. La verdad en cada momento del Universo es la síntesis, el punto medio entre los dos extremos. Hay materia y hay vacío. Hay principio y no hay principio. Hay fin y no hay fin. Hay límite y no hay límite. Hay cambio y hay permanencia. No hay cambio y no hay permanencia.

Tengo temor del estagnamiento que producirá el que nos demos cuenta de esto y le temo a una sociedad o a una institución en la cual no haya contradicciones. Sin contradicciones y sin luchas, no habrá avance. Pero el avance, ¿para qué? ¿Y a costa

de qué? Cuando la mente humana está demasiado segura de una cosa, ¿qué más puede aprender? ¿Y para qué necesitamos aprender? ¿Necesita el hombre la seguridad o necesita la incertidumbre? Probablemente necesita ambas cosas. ¿Cuáles son las síntesis a las que hemos llegado en nuestra sociedad actual? Hemos llegado a considerar el bienestar humano, sobre la tierra en que vivimos, como algo ambicionable y por lo cual es legítimo que todos luchemos. Hemos llegado a considerar a la ciencia y a la técnica como legítimos aliados del hombre en su lucha por el bienestar, aunque también han sido instrumentos de unos hombres contra los otros. Hemos llegado a considerar al ser humano, en todas sus razas, sus categorías, sus nacionalidades, sus religiones, como sujeto legítimo de la lucha del hombre, de todos los hombres, por el bienestar de todos. Hemos llegado a la conclusión de que hay verdades eternas y de que no hay verdades eternas, dependiendo de la manera como se miren. Hemos inventado la palabra eterna, para expresar algo que necesariamente tendrá límite. Hemos inventado la palabra límite para poder comprender lo que no tiene limitaciones. Hemos inventado la palabra tiempo que limita la eternidad, para tratar de entenderla. Hemos llegado a la conclusión de que nuestra mente tiene limitaciones. Sabemos que nunca podremos entenderlo todo. Sabemos que aunque cada vez entenderemos más, cada vez nos iremos dando cuenta de que tenemos más cosas por entender, las cuales si las entendemos en el futuro será solo para darnos cuenta, cada vez más claramente, de que nunca alcanzaremos a entenderlo todo. El darnos cuenta de que nunca llegaremos a saberlo todo pero al mismo tiempo de que siempre llegaremos a saber más nos estimula a investigar y al mismo tiempo nos tranquiliza y nos hace modestos.

Pero de todas maneras, lo más importante no son los conocimientos en abstracto, sino lo que el hombre puede hacer en concreto, con estos conocimientos. La humanidad está empezando a usar en su beneficio, y en grande escala, los conocimientos, las técnicas y las maneras de pensar que ha venido acumulando en el transcurso de su historia. Nos hemos dado cuenta de que muchas de nuestras actuaciones se basan en conocimientos errados o en prejuicios acumulados por la ignorancia de generaciones anteriores, que se reflejan inconscientemente en nuestra manera de actuar, de ser y de pensar.

Naturalmente, estos sentimientos no los comparte todavía la mayoría de los seres humanos. Pero en todas las nacionalidades, en todos los grupos y aun en todas las religiones hay hombres y mujeres que están influyendo o influirán para que estos conceptos se vayan extendiendo y se vayan haciendo parte de la cultura humana única que existirá en el futuro. Una cultura en que las nociones de convivencia, de igualdad, de fraternidad entre toda la especie humana, sean aceptadas como cosas naturales y corrientes.

Una cultura en la cual el pensamiento racional y la aceptación del método científico no sean la excepción sino la regla. Una cultura en la cual se acepte que si a veces actuamos emocionalmente, esto se debe a los traumas, a los prejuicios y a la ignorancia acumulada no solo en la niñez de cada individuo sino en la niñez de la raza humana. La intercomunicación, el intercambio de ideas, la rapidez del transporte, los cada vez mejores medios de comunicación, irán formando una cultura universal única que hará que nos comprendamos todos más fácilmente y que vayamos llegando a síntesis aceptables para toda la humanidad. Esta es una predicción apenas lógica si las cosas siguen

desarrollándose como hasta ahora, a menos que una absurda tragedia atómica detenga, quién sabe por cuántos miles de años, la actual evolución de la humanidad.

IX

Uno no sabe ya qué hacer en este país. Cuando pensábamos que los violentos y los enemigos de la paz nos iban a conceder alguna tregua, los asesinatos selectivos y los incendios provocados intencionalmente estremecen las más dormidas y apáticas conciencias. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo esta violencia que nos va asfixiando, que nos va dejando sin más caminos de salida que el desespero inútil o el grito impotente? ¿Qué se necesita para despertar, de veras, la conciencia ciudadana? ¿Qué tenemos que hacer los ciudadanos desprotegidos e inermes, para que no nos maten o incendien nuestras casas?

Un distinguido inspector de policía, joven abogado en ejercicio de su judicatura rural en un "idílico" poblado del Oriente antioqueño, ejerce sus funciones. Simplemente ejerce sus funciones, valiente y honradamente, durante el año que le es asignado. Meses después, su casa es incendiada por una banda de criminales tiznados. ¿Quiénes son? ¿En dónde se esconden? ¿Quién los descubre y los castiga? Solo ominoso silencio.

Un parlamentario de la Unión Patriótica, líder cívico de su región, acatado, querido y respetado por su comunidad, es asesinado. Al día siguiente, un senador liberal del Meta, que había hecho coalición con fuerzas de izquierda para su elección pacífica, por medio de los votos democráticos del pueblo, también es abatido a balazos. ¿Qué está

sucediendo? ¿De dónde parte ese sabotaje a un gobierno que se inicia con las más claras y limpias intenciones de cambio social, de paz y de tranquilidad ciudadanas, de espíritu de trabajo y acciones reales en beneficio de los más pobres y los más necesitados? ¿Un gobierno que ha dicho que respetará los derechos humanos, que asumirá la dirección plena de la autoridad civil sobre todos los estamentos del Estado? ¿Es para cobrarle esas intenciones, para evitar que todas estas cosas se hagan, para lo que se está aumentando la violencia?

Porque éstos no pueden ser "incidentes" aislados, no relacionados, sin fin ni propósito general, individuales. No. Lo que está pasando revela una política general orquestada por fuerzas oscuras que no quieren la paz sino la guerra, que no quieren la justicia sino los privilegios, que no quieren la autoridad sino la anarquía.

Contra todas estas fuerzas tiene que levantarse el pueblo colombiano a rodear a un presidente bien intencionado, discreto, sereno, más amigo de los hechos que de las palabras. No podrán acallarnos a todos; no podrán silenciarnos a todos. El valor y la honradez que pretenden destruir, a sangre y fuego, se impondrán finalmente en este país y en el mundo entero, a pesar de la violencia y el crimen.

X

En la Escuela de Medicina aprendemos mucho sobre las vidas de los parásitos, de las bacterias y de los hongos y muy poco sobre la vida de los hombres, sujetos a quienes nos hemos dedicado a salvar sin preguntarnos por qué ni para qué. Asumimos que toda vida humana es valiosa y creemos

contribuir al bienestar humano general, salvando la mayor cantidad de vidas que podamos y previniendo toda muerte prevenible. ¿Qué hemos conseguido con esto? Aumentar la cantidad de vidas humanas, sin preguntarnos por su calidad. Ya es tiempo de que los médicos dejemos la vieja dicotomía que consiste en creer que siempre la vida es buena y la muerte es mala y la reemplacemos por un análisis más científico y a fondo del problema vida-muerte humanas, para que tengamos más clara nuestra tarea. No debemos seguir creyendo que nuestra misión es salvar vidas, sino que debemos integrarnos dentro de una concepción más amplia de nuestro mundo y mirar el problema desde un punto de vista más general y social.

¿Cuál es el significado de la vida humana sobre la tierra? ¿Para qué vivimos? He aquí dos preguntas básicas, que debemos saber contestarnos antes de seguir viviendo y actuando, inconsciente o ciegamente, como agentes de la vida humana porque sí, como defensores de la vida por sí misma.

¿Tiene la vida un valor en sí misma o depende dicho valor de la clase de vida que logremos vivir? ¿Deberemos ser agentes de la vida de cualquier clase de vida, o solamente de un tipo de vida que consideremos ideal? ¿Cuál sería este tipo de vida? He aquí otra pregunta fundamental.

Digamos, de una vez por todas, que consideramos a todo ser humano vivo, como el máximo valor sobre la faz de la tierra. La conservación de su vida, pero no de una vida cualquiera, sino de la mejor vida posible para él, es la empresa más importante a que una sociedad debe dedicarse. Esto significa que toda sociedad debe asegurarles a todos sus individuos salud, alimentación, dignidad, decoro, en una palabra, bienestar físico, mental y social. Todo ser humano, desde el momento de su concepción, debe ser sagrado para el médico. Esta noción tra-

dicional debemos conservarla, si no queremos perdernos por los peligrosos vericuetos del crimen. Lo que debemos reconsiderar es si toda clase de vida vale la pena vivirla o no. Esta es una decisión, obviamente, que cada ser humano debe tomar. Y aunque de hecho se hacen discriminaciones esto se debe más al tipo de sociedad en donde vive el médico, que a su propia voluntad. En una sociedad capitalista, por ejemplo, la salud es una mercancía que se compra por dinero y quienes no lo poseen, se tienen que contentar con atención de segundo orden o con ninguna atención a su salud. En una sociedad de tipo socialista la salud, como todos los demás bienes, se reparte más igualitariamente.

El costo de los elementos materiales de que está compuesto un ser humano se ha valorado en unos 14 dólares. Sin embargo, cuando un ser humano muere, la pérdida es mucho mayor. El valor espiritual de su pérdida casi que se diría que no puede medirse. ¿Qué potencialidades se pierden en la muerte de un niño o de una persona joven? ¿O de una persona madura en su plena actividad física y mental? ¿Valen lo mismo todas las personas?

Teóricamente, todos los seres humanos son iguales, pero en la práctica esto no es verdad. El punto importante aquí es cómo tratar de reducir lo más posible estas desigualdades biológicas, sociales y naturales, que si es verdad que de hecho se presentan, muchas son el resultado de condiciones sociales que pueden cambiarse. Cuando la educación y la salud, por ejemplo, se prestan en igual medida, cantidad, calidad e intensidad, a todas las personas, sin ningún distingo, lo que se está haciendo es tratando de superar las diferencias naturales biológicas, que muchas veces se reflejan en el campo social, dando origen a extremas desigualdades humanas —entre el genio y el idiota, por ejemplo— las cuales pueden atenuarse y disminuirse,

proporcionando a todas las mismas circunstancias básicas ambientales, culturales y sociales. Esto haría menos duro y lograría reducir, por lo menos en parte, este estado de desigualdad social que hoy se presenta y sigue produciéndose en la gran mayoría de sociedades humanas.

¿Hay algún remedio para esto? Es evidente que sí. Ya lo hemos dicho. Una sociedad humana que aspira a ser justa tiene que suministrar las mismas oportunidades de ambiente físico, cultural y social a todos y cada uno de sus componentes. Si no lo hace, estará creando desigualdades artificiales. Son muy distintos los ambientes físicos, culturales y sociales en que nacen, por ejemplo, los niños de los ricos y los niños de los pobres, en Colombia.

Los primeros nacen en casas limpias, con buenos servicios, con biblioteca, recreación y música. Los segundos nacen en tugurios, o en casas sin servicios higiénicos, en barrios sin juegos ni escuelas, ni servicios médicos. Los unos van a lujosos consultorios particulares, los otros a hacinados centros de salud. Los primeros a escuelas excelentes. Los segundos a escuelas miserables. ¿Se les está dando así, entonces, las mismas oportunidades? Todo lo contrario. Desde el momento de nacer se los está colocando en condiciones desiguales e injustas.

Aun desde antes de nacer, con relación a la comida que consumen sus madres, ya empiezan su vida intrauterina en condiciones de inferioridad. En el Hospital de San Vicente hemos pesado y medido grupos de niños que nacen en el pabellón de Pensionados (familias que pueden pagar sus servicios) y en el llamado pabellón de Caridad (familias que pueden pagar muy poco o nada por estos servicios) y hemos encontrado que el promedio de peso y talla al nacer es mucho mayor (estadísticamente significativa) entre los niños de Pensionado que entre los niños de Caridad. Lo que significa

que desde el nacimiento nacen desiguales. Y no por factores biológicos, sino por factores sociales (condiciones de vida: hambre, desempleo) en las familias de los pobres, distintas a las condiciones en que viven las familias de los ricos. Estos son hechos irrefutables que nadie puede negar.

¿Por qué nos empeñamos entonces —negando estas realidades— en conservar tal situación? Porque el egoísmo y la indiferencia son características de los ciegos ante la evidencia y de los satisfechos con sus condiciones buenas y que niegan las condiciones malas de los demás. No quieren ver lo que está a la vista, para así mantener su situación de privilegio en todos los campos. Esta es la situación colombiana en el momento actual —enero de 1973— y todas las cifras e índices de medición social —los llamados indicadores sociales— así lo revelan claramente. ¿Qué hacer ante esta situación? ¿A quiénes les corresponde actuar? Es obvio que los que deberían actuar son los afectados perjudicialmente por ella. Pero casi siempre ellos, en medio de sus necesidades, angustias y tragedias, no son conscientes de esta situación objetiva, no la internalizan, no la hacen subjetiva.

Aunque parezca paradójico —pero esto ha sido históricamente así— son algunos de los que la vida ha colocado en condiciones aceptables, los que han tenido que despertar a los oprimidos y explotados para que reaccionen y trabajen por cambiar las condiciones de injusticia que los afectan desfavorablemente. Así se han producido cambios de importancia en las condiciones de vida de los habitantes de muchos países y estamos ciertamente viviendo una etapa histórica en la cual en todos ellos hay grupos de personas —éticamente superiores— que no aceptan como una cosa natural que estas situaciones de desigualdad y de injusticia perduren.

Su lucha contra "lo establecido" es una lucha dura y peligrosa. Tiene que afrontar la rabia y la desazón de los grupos más poderosos política y económicamente. Tiene que afrontar consecuencias, aun en contra de su tranquilidad y de sus mismas posibilidades; en contra de alcanzar el llamado éxito en la sociedad establecida. Pero hay una fuerza interior que los impele a trabajar en favor de los que necesitan su ayuda. Para muchos, esa fuerza se constituye en la razón de su vida.

Esa lucha le da significado a su vida. Se justifica vivir si el mundo es un poco mejor, cuando uno muera, como resultado de su trabajo y de su esfuerzo. Vivir simplemente para gozar, es una legítima ambición animal. Pero para el ser humano, para el Homo Sapiens, es contentarse con muy poco. Para distinguirnos de los demás animales, para justificar nuestro paso por la tierra, hay que ambicionar metas superiores al solo goce de la vida. La fijación de metas distingue y caracteriza a unos hombres de otros. Y aquí lo más importante no es alcanzar dichas metas, sino luchar por ellas. Todos no podemos ser protagonistas de la historia. La humanidad, como un todo, es la verdadera protagonista y hacedora de la historia. Como células que somos de este gran cuerpo universal humano, somos sin embargo conscientes de que cada uno de nosotros puede hacer algo para mejorar el mundo en que vivimos y en el que vivirán los que nos sigan. Debemos trabajar para el presente y para el futuro, y esto nos traerá mayor gozo que el simple disfrute de los bienes materiales. Saber que estamos contribuyendo a hacer un mundo mejor, debe ser la máxima de las aspiraciones humanas.

En un "proceso al Homo Sapiens" que se siguió recientemente en una ciudad estadounidense, éste fue condenado por las estupideces que ha hecho hasta ahora —aun a veces con las mejores intencio-

nes—: la polución ambiental, la explosión demográfica, las guerras, el fanatismo y el odio, todo dentro de una civilización individualista y materialista, han sido el resultado hasta hoy de las actividades del hombre sobre la faz del mundo. Pero estamos reconociendo que nos hemos equivocado y que andamos por un camino que nos conducirá al desastre, es decir, hacia el deterioro de la calidad de la vida humana, hacia mayores sufrimientos y desesperanzas. La lucha por una vida mejor para todo el mundo apenas empieza en la todavía corta historia de la humanidad. Antes las preocupaciones eran otras. Se reducían a preocupaciones egoístas, de familia, de clan o de parroquia. Si mucho, a preocupaciones nacionales. En este momento, en la era de las comunicaciones y del intercambio mundial, las preocupaciones de los mejores hombres en todo el mundo se hacen cada vez más universales. Se ecumenizan y catolizan.

Esta es la gran esperanza para la humanidad del presente y del futuro. Grupos de hombres, cada vez crecientes, en las universidades y escuelas de la tierra, en las organizaciones técnicas y humanitarias de las Naciones Unidas y de diversas organizaciones filantrópicas, personas dedicadas al cultivo del intelecto y de las ideas de paz y de justicia, en los talleres y en los campos, en asociaciones y en sindicatos, van sintiendo que pueden ayudar al bienestar de todos los seres humanos, sin distinciones de raza, religión o nacionalidad. Estas personas sienten que tienen una misión que deben cumplir. Saben que el mundo nunca llegará a la utopía. Saben que nunca se podrá dejar de trabajar para siquiera acercarse, un poco más que ahora, al cumplimiento de ideales superiores. Pero van pasando la antorcha y la bandera a las generaciones sucesivas, con la esperanza de que cada vez sean mayores la igualdad,

la justicia, la libertad, el amor entre los hombres. Eso, repito, les da significado a sus vidas.

XI

Si comunismo es querer acabar con las injusticias y los privilegios, con el cañón de cerdo para unos pocos y el hambre para la gran mayoría. Si es ser anticatólico afirmar que Cristo era amigo de los pobres y de los desvalidos y que es falso cristianismo el que protege a los ricos y a los poderosos.

Si comunismo es propiciar una reforma agraria que acabe con los latifundios. Si para ser católico tengo que defender a los propietarios extranjeros de las minas de Segovia y no a sus obreros. Si es ser comunista afirmar que aquí se mueren anualmente millares de niños sin protección y sin comida. Si es ser anticatólico propiciar que la CARE traiga leche en polvo, en las mayores cantidades que pueda. Si es peligroso socialmente propiciar que jóvenes médicos tengan sentido de justicia social y no se limiten a recetar a los ricos y solo a los que puedan pagar en sus consultorios. Si es comunismo decirles que sirvan a su comunidad y a su gente.

Si no es ser católico afirmar que es un error que se hagan grandes catedrales y cementerios, mientras no haya hospitales ni centros de salud. Si no es ser católico afirmar que no hay que tenerle miedo a la ciencia, a la razón y a la verdad, si creemos tener la verdad. Si es ser comunista odiar las tiranías de Trujillo, de Somoza y de Franco. Si es no ser cristiano querer acabar con tantas injusticias como hay actualmente en el mundo, entonces no soy católico; entonces sí soy comunista.

Pero aun después de que así me hayan definido, creo y espero y batallo porque no se siga deformando el cristianismo, haciéndolo aparecer como materialista y apegado no más que a las pompas y vanidades de este mundo, amigo no más que de los ricos, defensor de los privilegios, de la violencia y del odio entre hermanos, de la calumnia, de la injuria, de la falsedad y de la ruindad, y afirmo como afirmo que ese no es el verdadero cristianismo, sino uno falso y mentiroso. Así puedo, serenamente, decirle a nuestro pueblo que no necesita abjurar de sus tradiciones y religión, para poder reclamar con vigor y energía la justicia que por tanto tiempo le ha sido negada, que no tenemos que estar siempre del lado de los dueños y nunca del lado de los desposeídos y que vamos a exigir juntos justicia social para todos sin que nos insulten ni calumnien por decir la verdad; aunque les duela, a los amigos del general Franco.

XII

* Hace quince años estoy tratando de enseñar. Creo que he enseñado muy poco, aunque creo que una cosa sí he logrado: hacer pensar libremente. ¿Es esto bueno o malo? Yo creo que bueno. El pensamiento libre —fuera de ser una gran satisfacción personal— es lo que ha permitido que la humanidad haya adelantado. El pensamiento libre nos permite crear mejores esquemas y aspirar a cosas mejores.

¡Es difícil enseñar cuando no se quiere imponer un pensamiento, sino estimular el pensamiento ajeno, libremente! La gente se siente insegura cuando no le dicen lo que debe creer. Y ese sentimiento de

inseguridad lo refleja a veces en contra del maestro que no le da una directiva clara. Debe ser esa una de las causas —por lo menos así me gustaría a mí considerarla— por la que tantos “discípulos” se han vuelto en contra mía. Los más caracterizados de mis “discípulos” han sido más bien mis enemigos que mis amigos.

Alguna vez dije que yo no había creado una escuela sino una “antiescuela”. Y esa es una situación peculiar que no he visto descrita en ninguna parte. Los maestros que perduran, por supuesto, son los que crean su escuela, su capilla, su círculo, su imperio, su iglesia. Pero muchas veces me he puesto a pensar que no envidio a esos maestros; ni aun a los grandes Maestros de la historia de la humanidad. Es verdad que han creado seguidores por millares, por millones. ¿Pero qué han hecho sus seguidores con sus ideas? Creo que, en general, las han desvirtuado. Han creado capillas, círculos, iglesias, religiones, aun naciones, que en nombre de los más altos ideales, se han dedicado a matar, a conquistar, a perseguir, a adquirir prestigio personal, gloria y poder para ellos y sus seguidores, siempre en nombre del maestro, o de la religión o del movimiento nacional o político que dicen seguir.

¿Qué han hecho el Cristianismo y el Islam? ¿Qué está haciendo ahora el comunismo? ¿Qué han hecho, aun los que hablan de la libertad y de la propia determinación de las naciones? Han hecho guerras, dizque para defender esos principios de paz y de tolerancia. Tal vez Confucio y Buda, en el Oriente, han sido más afortunados. Sé muy poco de estos dos maestros. Pero me parece que Confucio creó una sociedad muy pasiva. Demasiado aceptadora de la ley y del orden, y demasiado resignada.

De Buda, sé mucho más poco todavía. Pero por lo que he oído, parece que sus enseñanzas fueron más bien de tipo ético, de una maravillosa ética

universal que ha perdurado, a través del tiempo y de los conflictos, en muchas partes del Asia. Sus enseñanzas, según entiendo, se refieren sobre todo al equilibrio. A hallar el equilibrio en todo. Es una enseñanza de flexibilidad, de acoplamiento, de tolerancia. Y este tipo de enseñanza parece ser eficaz, por lo menos para la felicidad de las personas. Me contaban que los monjes budistas, por ejemplo, en Camboya y Laos, hacen de su función el mejor servicio a la comunidad, y aceptan nuevas cosas, como por ejemplo las prácticas modernas de la salud, con gran alegría, porque benefician a sus comunidades. Los budistas —que yo sepa— nunca han salido a hacer la guerra para imponer sus ideas. Se han dedicado a enseñar con el ejemplo, de manera que su vida ejemplar sirva de modelo a los demás. En esa forma su influencia ha sido permanente y estable en muchas sociedades.

Pero no estamos hablando de maestros de religión, sino de cosas más terrenas, como la salud pública. Es increíble lo que he cambiado, en estos veinte años en que he estado practicando esta nueva profesión, acerca del concepto mismo de salud pública. Al principio era un fanático de la salud pública. Me había propuesto difundirla e imponerla a donde quiera que fuera. Para mí era como un nuevo evangelio, como una nueva forma de vida, como una misión que me había impuesto y que debería cumplir, pasara lo que pasara.

A través del tiempo y de las experiencias fui cambiando de idea. En un momento llegué a creer que la salud pública no servía para nada, o peor aún, que era perjudicial para la humanidad. Pensé que la economía, la sociología o la política, eran los verdaderos instrumentos para hacer felices a los hombres. Me desengañé de la salud pública, como me había desengañado antes de la medicina, cuando a ésta la dejé por la salud pública. Pero última-

mente estoy llegando —creo— al punto de equilibrio, aquél que los budistas reclaman para todo. En esta materia —mi profesión— también se necesita buscar el equilibrio.

Es evidente que la salud —la mera ausencia de enfermedad— es un gran bien en sí mismo para cualquier individuo. Todo lo que hagamos para que una persona tenga salud, es bueno para esa persona. Pero cuando consideramos las cosas colectivamente, ¿en qué medida se debe buscar la salud de todos, y a qué costo? ¿Hay otras cosas más importantes que la ausencia de enfermedades? Evidentemente sí. El “completo bienestar físico, mental y social” de que habla la Constitución de la Organización Mundial de la Salud, como la definición de salud, es el ideal al cual queremos que lleguen todos los seres humanos. Pero a ese bienestar se llega por muchos otros caminos, y por muchas otras vías, fuera de la salud pública. Muchas otras condiciones, fuera de la mera ausencia de enfermedad, son necesarias, también, para adquirir el bienestar. En todas las culturas, el trabajo adecuado a las circunstancias y a la personalidad de cada cual; los sentimientos de los demás hacia uno mismo; la vida familiar, el amor, la religión, la seguridad económica y social, son tan importantes como la salud.

Por eso el celo desmedido por hacer sanos a todos, o por erradicar una enfermedad de determinado lugar, no ha hecho, necesariamente, más felices a las personas en ese lugar. A veces esas acciones unilaterales han traído problemas peores. Como todas las acciones unilaterales en cualquier sentido. Los fanáticos de la alimentación también creen que con darles comida a todos estarán así más felices. Y los fanáticos de la religión, lo mismo. Y los fanáticos de la educación, de la misma manera. Y así los fanáticos de la vivienda, del vestido, de la recreación, del deporte, de la salud mental, de la econo-

mía. Muchos creen que el dinero es la respuesta a todos los problemas. Pero estos "fanatismos" unilaterales —aun por cosas en sí mismo buenas— no han traído sino más dolores y más problemas a la humanidad.

Alcanzar la sabiduría es llegar a encontrar el equilibrio entre tantos llamados o vocaciones. El ser humano es un ser muy complejo. No lo podemos mirar desde un solo ángulo. Debemos tratar de comprenderlo, íntegramente, y así deberíamos mirar a la sociedad y a las culturas. De allí la sabiduría de los antropólogos, los científicos sociales modernos que más promesas pudieran hacer concebir a la humanidad. Ellos toman el punto de vista de la integridad de las culturas y la línea ética del gran respeto por todas ellas. Porque todos los elementos de la cultura de un pueblo son muy imbricados entre sí, y tratar de modificar uno, sin modificar los demás, es imposible, y muchas veces —aunque parezca conveniente— puede ser perjudicial.

¡Con qué gran respeto se debe mirar a cada persona, a cada comunidad, a cada sociedad, a cada nación! ¡Con qué gran cuidado nos deberíamos abstener de dar consejos para cambios que creemos buenos, en sentimientos, acciones-y-conceptos! ¡Con qué humildad deberíamos exponer lo que consideramos nuestros valores! Poniendo siempre de presente, desde el principio, que podemos estar equivocados, y que la libertad de escoger debe quedar en manos de cada individuo y de cada sociedad. Qué tremendos errores cometidos por quienes hemos tratado de enseñar y de convencer de que hay cosas buenas en sí mismas, que deben seguirse. Con razón dice la religión católica que de buenas intenciones está lleno el infierno.

Mis discípulos de hace quince años es posible que no me reconozcan hoy. Pues aunque siempre

traté de enseñar en forma indirecta, era obvio que había cosas en las que creía con firmeza profunda, como la primacía de la salud pública en toda sociedad, por ejemplo, lo cual creo que infundí en muchos de ellos. ¡En qué diferente forma enseñaría hoy en día! Debería haber una ley que prohibiera enseñar antes de que se adquiriera la sabiduría.

Los maestros, los "gur" de la India, deben ser o precozmente maduros o ya viejos sabios. Porque la vida enseña a quien quiera aprender de ella, a quien se deje guiar por ella. Los jóvenes maestros y profesores que quisimos imponer nuestras ideas demasiado prematuramente, cometimos demasiados errores. Por eso veo con horror que mis discípulos están cometiendo los mismos errores que cometí en mi juventud. Están predicando e imponiendo, a otros más jóvenes y más inmaduros que ellos, que la salud pública debe ser su única preocupación, haciéndolos olvidar de todo lo demás. Solo cuando se puedan abarcar todas las cosas, se debería permitir que se enseñara una. Solo a los humildes de corazón se les debería permitir enseñar. Solo a los que sepan que nada saben.

Cuando a Sócrates se le dio a beber la cicuta, probablemente los atenienses tenían razón. No por lo que enseñó en su ancianidad, o por lo que creía cuando ya había alcanzado la sabiduría, sino por lo que enseñó antes, en sus años mozos. Qué gran cantidad de equivocaciones las que cometemos los que hemos pretendido enseñar, sin haber alcanzado todavía la madurez de espíritu y la tranquilidad de juicio que las experiencias y los mayores conocimientos van dando al final de la vida. Cuando la profesión del maestro, que debería incluir solamente a antropólogos, científicos, sabios y hombres buenos, sea la más alta, más respetada y mejor escudriñada profesión de la tierra, esta civilización y estas sociedades occidentales habrán alcanzado la sabidu-

ría y la maduración, que algunas sociedades orientales alcanzaron.

Los movimientos estudiantiles de los países occidentales, que pretenden aprender más del oriente, creo que van en dirección correcta. No es que tengamos que volver al fatalismo, al atraso, a la miseria, a la superstición y a la magia. Por el contrario, debemos buscar por modernos caminos la sabiduría y la bondad. Podemos y debemos utilizar las nuevas herramientas de la humanidad, la técnica y la ciencia, pero debemos utilizarlas con cuidado, con humildad, con responsabilidad y con un gran conocimiento del inmenso peligro que representa usarlas indiscriminadamente y a toda costa, aun con las mejores intenciones.

La ciencia y la técnica son caminos, seguramente, más adecuados para alcanzar la felicidad terrena que la misma religión. Las religiones —las grandes religiones— llegaron a la conclusión de que la felicidad terrena era imposible, y que, por tanto, había que alcanzar la felicidad en “la otra vida”. Las ciencias físicas, psicológicas y sociales, la antropología, por encima de todas, parecen llegar a la conclusión de que la felicidad es posible, dentro de ciertos límites. Yo lo creo así. No estoy predicando el regreso indiscriminado hacia lo antiguo. Por el contrario, estoy tratando de aprender lo que lo moderno nos ha enseñado. Pero los técnicos y científicos son a veces también fanáticos —como los antiguos y aun actuales fanáticos religiosos y políticos— que tampoco han alcanzado la sabiduría.

El mero conocimiento no es sabiduría. La sabiduría sola tampoco basta. Son necesarias la sabiduría y la bondad para enseñar y gobernar a los hombres. Aunque podríamos decir que todo hombre sabio, si verdaderamente lo es, tiene también que ser bueno. Porque la sabiduría y la bondad son dos cosas íntimamente entremezcladas. Lo que debería-

mos hacer los que fuimos alguna vez maestros sin antes ser sabios, es pedirles humildemente perdón a nuestros discípulos por el mal que les hicimos.

XIII

Muchas personas pueden haber llegado a la conclusión de que su vida sobre esta tierra no tiene ningún objetivo. Estas personas no están necesariamente equivocadas. Si están equivocadas debe buscárseles un servicio de consejos, asesoramientos, tratamientos o ayuda que las haga salir de su condición desesperada. Así se evitarían muchos suicidios. Pero puede haber casos en que la persona tenga razón, y no haya manera de solucionar su situación. Dolores incurables, senectud irreversible, defectos irreparables. En tales casos, esas personas, si voluntariamente quieren dejar de vivir, tienen derecho a buscarse un medio adecuado y honorable, aceptado por la sociedad, para consumir su deseo.

Aun en el caso de defectos congénitos irreparables, un niño tiene derecho a no vivir una vida de miseria y sufrimiento. La sociedad no tiene derecho, por razones teóricas, a imponer una vida de sufrimientos concretos. Claro que ésta es una materia muy delicada sobre la cual seguramente no habrá acuerdo inmediato. Mi único propósito al enunciar este posible derecho en una ética del futuro es el que empecémos a pensar racionalmente, sin fanatismos, sin actitudes emocionales, en este problema de muchos seres humanos, a los cuales ciertas nociones de la sociedad actual, les han impuesto innecesarios sufrimientos por muchos, muchísimos años.

XIV

Las religiones han desempeñado siempre un importante papel en la vida del hombre. Pero paulatinamente, con los adelantos científicos y tecnológicos modernos, han venido perdiendo su influencia. Sin embargo, la mente humana —sobre todo en momentos de ansiedad, de desesperación o de incertidumbre— apela a recursos o sentimientos sobrenaturales que le traen tranquilidad o consuelo.

Por otro lado, el aparato institucional de algunas grandes religiones, constituidas en fuertes organizaciones temporales, las ha vinculado a los intereses económicos de los grupos predominantes y del Estado, lo que las hace jugar un papel político de mucha importancia. En los países subdesarrollados, en donde la educación, la ciencia y la técnica no han influido decisivamente en la vida de las grandes mayorías, la religión sigue siendo una poderosa resistencia a cualquier tipo de cambios en las estructuras culturales, políticas y económicas de una sociedad.

En lo concerniente a la religión católica —tal vez la mejor organizada y la más poderosa en el mundo actual— el papa Juan XXIII hizo un decisivo esfuerzo por modernizarla y adaptarla a la época contemporánea, esfuerzo que no tuvo su cabal cumplimiento debido a su muerte, antes de completar sus trabajos el Concilio Vaticano II que había sido convocado por él. Sin embargo, las transformaciones efectuadas en su seno han sido del mayor interés. El mahometanismo y el hinduismo siguen influyendo también en los pueblos de los países subdesarrollados del 'Africa y del Asia.

Pero dudo que las religiones susciten en el futuro las luchas, las emociones y los conflictos a que han dado origen en el pasado. Es cierto que todavía si-

guen siendo una fuerza de resistencia al cambio y que algunas minorías quieren conservar su poder en provecho propio. Pero las comunicaciones y los cambios que éstas traen en la mentalidad humana, hacen que cada vez sean menos los individuos fanáticos en este campo, o que éstos sean menos influyentes en los pueblos.

Preveo en las religiones un papel estabilizador y contribuyente a la salud mental de los pueblos, siempre que se transformen lo suficientemente como para no ser obstáculos impasables en la necesaria implantación de ciertas transformaciones. El sentimiento religioso de admiración o terror ante los espectáculos de la naturaleza seguirá siendo una constante en la mente del hombre. El apelar a dichos sentimientos ante fenómenos naturales inevitables, como la muerte, seguirá probablemente siendo también común. Pero cada vez habrá más personas que apelen a su propia conciencia y a sus propios sentimientos para formarse su propia y personal religión, sin tener que apelar a los dogmas establecidos por otras gentes en otras épocas y en otras circunstancias.

Preveo que la religión como sentimiento íntimo y apelación a poderes sobrenaturales incomprensibles seguirá jugando un papel en la vida de los hombres. Pero no creo que su influencia siga siendo tan decisiva en la historia de las sociedades como hasta ahora lo ha sido. Su papel tradicional separador de grupos y de naciones tendrá que ir cediendo ante el empuje inevitable del sentimiento de solidaridad humana total que irá paulatinamente imponiéndose. Este sentimiento de hermandad y de solidaridad entre todos los hombres será tan poderoso como el sentimiento de solidaridad religiosa que se ha impuesto entre ciertos grupos o aun entre ciertas nacionalidades en otras épocas de la historia.

Si la religión ha servido para ligar a grupos humanos, pero poniéndolos a luchar en contra de otros grupos humanos, el sentimiento de que hablo servirá en el futuro para unirnos a todos en realizaciones comunes a la humanidad entera. Esto podría constituir una nueva religión, pero probablemente no la constituirá como tal, sino que será como un gran sentimiento que una a todos los hombres de todas las nacionalidades y de todas las razas en una gran solidaridad humana, cuando la ciencia y la técnica no sean suficientes para explicarlo todo, como probablemente no lo serán nunca.

Un sentimiento de humildad, de aceptación tranquila de hechos inevitables, de aceptación de que hay cosas que no sabemos y que probablemente no sabremos nunca, de reconocer que hay muchísimas más que aunque queramos no podremos hacer, irá formando un sentimiento religioso humano, común a todos los hombres de buena voluntad, los que cada vez irán siendo más, hasta formar la mayoría de la población del mundo. Así la religión no perecerá. Se transformará simplemente en lo que sus grandes iniciadores quisieron que fuera: un vínculo entre los seres humanos, una aspiración, un sentimiento de humildad, una fuente de fortaleza y de bienestar. Una religión humana, pura y "católica", en el sentido de universal, reemplazará a todas las sectas actuales.

XV

El mundo de hoy se caracteriza por la intercomunicación. Casi no hay cultura, por aislada que parezca, que no sea influida por la gran cultura occidental que predomina. La ciencia y la técnica se enseñorean paulatinamente del mundo, en su pro-

ceso inevitable de unificación, que traerá una cultura universal, distinta de todas las que hasta ahora hayamos conocido.

Habrà, seguramente, características nacionales más o menos definidas, más bien de tipo folclórico, pero la manera de producción industrializada y eficiente que ha inventado la tecnología moderna, se impondrá en toda la faz de la tierra. Se conservarán algunas costumbres alimenticias y algunas ideas religiosas, adecuadas a las circunstancias peculiares de cada región, pero es inevitable que desaparezcan las vacas sagradas de la India y los velos de las mujeres de Afganistán, las supersticiones de Nepal y el miedo al infierno de los habitantes de Colombia.

Todo el mundo será conquistado por la tecnología agrícola e industrial moderna, y habrá una sociedad igualitaria, y una sola ética y una sola religión, si es que alguna se conserva. ¿Cien, doscientos, trescientos años? Nadie lo sabe. La alternativa es la destrucción de todo este proceso de progreso por la bomba atómica. También esto es posible.

XVI

Es condición esencial de toda materia viva la autoconservación. A esta ley biológica general no escapa el hombre. Tendemos, por naturaleza, a conservarnos y a reproducirnos. La gran mayoría de los seres humanos, aun en las condiciones más precarias, quieren seguir viviendo. Es la vida, pues, un bien en sí misma, para la conciencia humana.

Esto sentado, veamos cuáles son nuestras obligaciones, como seres conscientes, con relación a la conservación de la vida humana. La especie huma-

na no es la única en luchar por su conservación. Todas las especies luchan por lo mismo. Pero nuestra lucha se hace cada vez más consciente, más ordenada y más lógica. A través del pensamiento objetivo y científico que cada vez se va extendiendo más, el hombre ha venido tomando conciencia de que está en sus manos, en gran parte, su propio destino. Se ha venido imponiendo una actitud objetiva y realista, intermedia entre la sujeción absoluta a fuerzas superiores e inescrutables, y el optimismo de algunas épocas en las que se creyó en el pleno dominio humano sobre la naturaleza. Hoy pensamos que somos parte de la naturaleza, sometidos a sus mismas leyes, pero capaces de conocer esas leyes, y de emplearlas dentro de ciertos límites—conociéndolas y siguiéndolas— en nuestro propio beneficio.

Hemos asumido, pues, una actitud objetiva, tan alejada del pesimismo ciego del medievo como del optimismo emocional e ingenuo del siglo pasado.

Los mediados del siglo XIX vieron el nacimiento de la salud pública y la medicina social, con Virchow y Schumann en Alemania y Chadwich en Inglaterra. No es que antes no hubiera habido salud pública, pues las excelentes viviendas de Creta, 1.500 años antes de Cristo, y los grandes acueductos romanos, son testimonios de la consciente preocupación de los humanos y de sus éxitos en la conservación de la vida y en su capacidad para alcanzar una existencia más agradable y humana.

En este momento el mundo está en capacidad técnica y científica de alimentar bien y alojar bien a sus habitantes actuales y aun al doble o al triple de ellos. Sabemos cómo defendernos de las principales enfermedades que nos azotan, sean ellas físicas, mentales o sociales. El que no se apliquen estos conocimientos a escala mundial es debido al afán de unos pocos de conservar indebidos privilegios

económicos y nacionales a costa de los demás seres humanos. Todavía hay razas que se consideran superiores a otras, y pueblos que se consideran superiores a otros, y naciones que se consideran superiores a otras, y creen que esta superioridad es una cosa innata, inmutable y eterna. No parece que estos grupos hayan leído historia para ver cómo los predomios van pasando de lugares y naciones a otros sitios y razas, y cómo la evolución y el cambio parecen ser las únicas cosas inmutables.

Afortunadamente, con las comunicaciones y con la educación creciente, se puede vislumbrar una era en que el mundo sea uno, y en que la noción tan conocida de la ciencia antropológica de que somos una misma especie, el homo sapiens, se traduzca a la realidad mundial. Movimientos como el de las Naciones Unidas y sus agencias especializadas como la Organización Mundial de la Salud, cuya filosofía es la de ayudar a todos los hombres y naciones, en donde quiera que estén, sean de la raza que sean, piensen como piensen o crean como crean, están abriendo un nuevo camino a la raza humana y haciendo vislumbrar un porvenir más venturoso para todos. Somos los hombres los que hemos creado organizaciones sociales injustas para ciertos sectores de la población, aun dentro de un mismo país, y para ciertas regiones de la tierra, a las que ahora llaman subdesarrolladas y antes llamaban atrasadas, no dándose cuenta de que su atraso era consecuencia, precisamente, de la explotación y la colonización de unas naciones más poderosas sobre otras en un periodo distinto de desarrollo. Los colonialismos económicos, políticos y culturales siguen pesando sobre gran parte de la población mundial. Pero se está creando un movimiento de resistencia a ellos y de emancipación humana. Cuando todos reconozcamos la igualdad intrínseca y potencial de todos los seres humanos habremos dado un gran paso ha-

cia el mejoramiento de las condiciones de vida de todos.

Las grandes revoluciones se hacen primero en la conciencia de los hombres. Y ésta, de que todo ser humano, en donde quiera que esté, quien quiera que sea, por el solo hecho de ser un ser humano, tiene derecho a la vida sana, a una alimentación suficiente y equilibrada, a una educación hasta donde lleguen sus capacidades intelectuales, y a disfrutar de los bienes de esta tierra, en igualdad de circunstancias con los demás, es verdaderamente, una gran revolución.

Hay muchos seres humanos que no se han dado cuenta todavía de que tienen pleno derecho a disfrutar de la tierra. De un modo u otro les han inculcado, les han enseñado, los han maleducado de que siempre habrá unos cuantos privilegiados con derecho a todo y una gran cantidad de resignados parias, sin derecho a nada. Y de que ésta es una ley inmutable y eterna, contra la cual nada puede hacerse. Antes se creía también que las enfermedades eran castigos divinos y que nada podríamos hacer contra ellas. Cuando se corrigió este error, se aumentó el promedio de vida y se liberó la humanidad de sus más terribles pestes. La peste del hambre y la peste de la miseria, la peste de la infelicidad y la peste de la tristeza, tampoco son inmutables y eternas. El destino del hombre no es sufrir, sino disfrutar de los bienes que la naturaleza nos depara, no para unos cuantos, sino para todos.

El bien de la salud es uno de los más preciados, y —dentro de ciertos límites— es posible hacer que lo disfrute la gran mayoría. Habrá siempre, es verdad, enfermedades y muerte. Pero la gran mayoría de las enfermedades son prevenibles con simples métodos y la gran mayoría de las muertes prematuras pueden también evitarse haciendo que el pro-

medio de vida crezca para todos los grupos, y no solo para los privilegiados. Este es el gran papel de la salud pública: educar a todas las gentes en estas sencillas verdades, verdades que, conocidas, harán que esas mismas gentes busquen, reclamen, exijan y obtengan los derechos inalienables a que son acreedores como seres humanos. Mientras gran parte de la población viva a oscuras y resignada a su suerte, no habrá avance posible hacia el natural destino del hombre, que no puede ser otro que el de disfrutar a plenitud de su propia naturaleza de ser vivo, disfrutarla física, mental y socialmente, como parte integrante —la más evolucionada y potencialmente perfecta— del Cosmos conocido.

XVII

Mis sentimientos están como mi corazón, a la izquierda; mi razón, como mi cerebro, al centro; mis odios y resentimientos en mi pequeña vesícula biliar, a la derecha.

XVIII

El deporte como espectáculo comercializado se ha venido convirtiendo en el nuevo opio de los pueblos.

¿Cuáles son los problemas —fuera del simplemente electoral— que más preocupan al pueblo colombiano? Ni la violencia, ni el desempleo, ni el hambre, ni la insalubridad. Estos logran mucho menos espacio en los medios de comunicación social que el deporte.

La gente olvida sus problemas esenciales por hablar de los ciclistas, los futbolistas, los campeonatos, el Giro de Italia, el Tour de Francia, la vuelta a España, el Dauphiné Liberé, el Clásico RCN y, por supuesto, el Mundial de Fútbol.

Salimos de unos para entrar a otros. El Mundial, la Copa América, el cuadrangular, la venida del Papa, qué sé yo. Espectáculos, espectáculos, espectáculos.

Y no es siquiera el "panem et circem", pan y circo, de la antigua Roma. Ahora es circo sin pan. Porque el hambre no se acaba, los precios de los artículos alimenticios son cada día más altos, el conseguir un trabajo es cada vez más duro, la vivienda más escasa, los servicios médicos cada día más insuficientes. Pero el pueblo sigue entreteniéndose con Maradona, con Hinault, con Flórez, con Platini, con Lucho Herrera, con éstos y con los otros. Cuántos goles hizo, cuántos premios de montaña, cuánto valió el traspaso de un equipo a otro. Estos son los temas de conversación y las principales preocupaciones de muchos de nuestros jóvenes, tal vez la mayoría de los jóvenes colombianos.

¿Lo demás? ¡Es lo de menos! Eso se lo dejan al gobierno, a los políticos, a los otros. Como si no fueran problemas de todos nosotros, y lo que es peor, si alguna vez piensan en nuestros problemas reales, los remedios son simplistas. ¿El remedio contra la inseguridad? La pena de muerte. ¿El remedio contra atracadores y ladrones? Los escuadrones de la muerte. ¿El remedio contra la guerrilla? EL MAS.

Y así sucesivamente: simplismo. Ignorancia. Alienación.

Sostenidos por las cadenas radiales, por la televisión, por la prensa, por todos los medios pomposamente llamados de "comunicación social". Sosteni-

dos por las agencias de publicidad por los comerciantes, por los jabones, por los dentífricos, por los creadores... de la moda.

¿Nuestra economía, nuestra salud, nuestra seguridad, nuestra educación, nuestra cultura? Tratadas superficialmente, casi que casualmente. Lo que se trata a fondo, con todo detalle, con discusiones, con espacios triple A, con horas y horas de radio, con diarios suplementos y páginas de los periódicos: el deporte. El señor deporte. El nuevo rey. El que concita el interés de todos. El nuevo opio de los pueblos.

Mientras en Barranquilla, por ejemplo, se mueren cuarenta niños en lo que va de este año de gastroenteritis, por deficiencias en los acueductos y alcantarillados de esa ciudad y falta de buenos servicios médicos preventivos-asistenciales, se construye un gran estadio de fútbol de miles de millones de pesos.

Sin embargo, ya los pueblos están empezando a reaccionar. Ya en la ciudad de México los pobres están gritando, como gritarán aquí algún día: "No queremos goles, queremos frijoles".

XIX

• Cómo se aprende? De múltiples maneras, pero, sobre todo, como resultado de una motivación, es decir, un deseo de aprender, o una necesidad de aprender. ¿Para qué? Para suplir esa necesidad o satisfacer aquel deseo. He aquí, en una cápsula, todo el proceso de la educación, desde que se nace hasta que se muere. El niño nace con la aptitud de mamar y la madre le ayuda a ejercerla. Es su primera maestra. Adquiere al año la aptitud de mantenerse erecto, de ser bípedo, y el o los adultos que estén a su lado, le ayudan a ejercerla.

También le enseñan a aprender su lengua. Le enseñan a aprender a escribir. Le enseñan a aprender a estudiar. Le enseñan a aprender a vivir. Y así, paulatinamente, lo van acostumbrando a aprender por sí mismo, a ser autodidacta, a comportarse en la vida, tal como fue habituado a comportarse.

Si estas primeras etapas (en la casa, en la guardería, en el kinder) son satisfactorias, es decir, le hacen adquirir el deseo de aprender, el hábito de la responsabilidad y del autocontrol, la satisfacción de hacer por sí mismo lo que puede hacer, estaremos ayudando a crear personalidades que hagan posible una sociedad mejor.

La nación entera debería ser una escuela de aprendizaje continuo, permanente, indefinido, inacabable. Quien ha adquirido el hábito de aprender, nunca deja de aprender: en primaria, en secundaria, en universitaria, en el curso (su principal curso) de la vida entera.

Recientemente, en una reunión profesoral para la reestructuración de la Universidad, se habló de "una escuela de autodidactas", como una gran paradoja. Yo creo, por el contrario, que éste sería el ideal de toda educación —repito— desde el nacimiento hasta la muerte: la formación de cada individuo como un grande y excelente autodidacta.

Por ejemplo, no deberíamos dar el título de médico, sino de autodidacta en medicina. Solo cuando estemos seguros de que ese aspirante a profesional haya adquirido el hábito de estudiar toda la vida, podremos asegurarle a la sociedad que es apto para su servicio. Y así en todas las demás actividades y profesiones.

En una época en la cual la imprenta, las duplicadoras, la radio, la televisión, las computadoras, las bibliotecas, pueden expandirse *ad infinitum* como ayudas múltiples del autoaprendizaje, lo que hay que enseñar es a aprender y soltar a cada

quien a que aprenda lo que quiera, siempre que sea en beneficio social.

Porque puede enseñarse también a aprender una alta ética social, tal vez la prioridad esencial de todo sistema educativo, no solo a nivel nacional sino mundial, en esta época de tan alta tecnología al servicio de la destrucción humana.

XX

Para los viejos antioqueños —y creo que, por fortuna, para muchos nuevos también— la palabra empeñada es una cosa de honor, de honbría, de compromiso consigo mismo y con los demás. No puede romperse so pena de quedar humillado ante amigos y familiares y —lo que es peor— ante sí mismo.

Me parece que esto ocurre también con esos otros colombianos, tan parecidos a nosotros en muchas cosas, como son los santandereanos. Originarios de breñas y montañas en donde hay que decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, so pena de perecer.

Por eso me entusiasma el discurso de posesión del nuevo presidente Virgilio Barco Vargas. Quisiera destacar el párrafo esencial, en lo que se refiere a los derechos humanos, que con razón relievó *El Mundo* como uno de los veinte puntos nodales de su gobierno:

“Al Presidente y a las Fuerzas Armadas, la sociedad les atribuye el encargo de velar por la paz pública. Es un deber ineludible.”

Ese es el fundamento mismo del origen y razón de ser del Estado. Si ellos no lo cumplen, quienes se sienten agraviados, o quienes ven en peligro sus intereses y derechos, tienden a arrebatar por su

propia mano lo que creen que les es debido. Esa pretendida justicia privada es intolerable.

“Dentro de ese marco, el Estado y su brazo armado deben proceder, estrictamente ceñidos a la Constitución, sometidos rígidamente a la ley, respetando los derechos que corresponden a toda persona como ser humano”. Aparentemente el Estado, el Gobierno y las Fuerzas Armadas están en desventaja. Quienes optan por la rebelión y quienes escogen la vía siniestra del terrorismo, violan derechos esenciales, el derecho a la vida, a la propiedad y a la seguridad. El Estado no puede utilizar métodos semejantes. Si lo hace, pierde su legitimidad, su presencia moral y el acatamiento de las gentes, que son precisamente, en la paz y en la guerra, los fundamentos esenciales para el ejercicio permanente y sereno de su autoridad.

“Dentro de estos preceptos, las Fuerzas Armadas y el Presidente de la República, a quien la Constitución autoriza disponer de ellas para conservar en todo el territorio el orden público, preservarán la vigencia de las normas que protegen por igual a todos los colombianos, sin exclusión alguna”.

“La misión de la autoridad civil, apoyada cuando sea del caso en el poder reglamentado del estamento militar, consiste esencialmente en la defensa de los derechos y en la exigencia del cumplimiento de los deberes constitucionales de todos. Es la utilización legítima de la fuerza la que genera su aceptación por parte de la ciudadanía. Su uso arbitrario, en cambio, provoca rechazo y lleva a la violencia.”

Los que hemos seguido con cuidado la trayectoria del doctor Barco, especialmente en esta crucial época de candidato y presidente electo, sabemos que lo que dijo el Presidente en ocasión tan solemne, lo va a hacer cumplir, va a ser capaz de hacerlo cumplir. No va a dejar que la fuerza se use arbitrariamente. Va a hacer respetar “las normas que pro-

tegen por igual a todos los colombianos, sin exclusión alguna”.

No va a ser fácil, después de 30 años de Estado de sitio y de irrespeto, por la fuerza pública, a los más elementales derechos de los ciudadanos colombianos. Pero va a ser posible, con la ayuda de todos nosotros, con la ayuda de una ciudadanía cansada de que se abusé de ella por la fuerza bruta, hasta límites intolerables.

No es que creamos que mágicamente se acabará todo aquello con la sola palabra del Presidente. Pero sí sabemos que cuando estas cosas vuelvan a suceder, tendremos los oídos abiertos de un Presidente que va a hacer cumplir la palabra empeñada.

XXI

Un mes antes de la inauguración de la Ciudad Universitaria que dará albergue físico a la Universidad de Antioquia, es relevado por sus compañeros, los ex rectores, el doctor Ignacio Vélez Escobar, del Consejo Superior Universitario.

Tal es el destino de los precursores y de los realizadores. Tal es el destino de los fundadores y de los constructores. Así ha sido siempre la historia humana. Bolívar fue arrojado del palacio presidencial antes de constituirse plenamente Colombia, para ir a morir, solo y abandonado, en San Pedro Alejandrino. Moisés no vio la tierra prometida. Roosevelt murió antes de ver terminada victoriosamente la guerra europea. Winston Churchill fue vencido en las elecciones, después de ganada la guerra. De Gaulle fue relevado de la presidencia de Francia, antes de que ésta consolidara su perdida grandeza. Alfonso López Pumarejo tuvo que renunciar unos años antes de terminar su se-

gunda presidencia, acosado por la calumnia y la insidia. Bertrand Russell no logró ser elegido al Congreso de la Gran Bretaña. Paracelso fue arrojado de la Universidad, siete meses después de iniciada su cátedra.

La mediocridad no perdona la grandeza. Parece ser ésta una ley física universal, que se prolonga en todas las leyes biológicas, y se extiende, naturalmente, al ser humano. La herencia lo hace también. No hay una línea ascendente ni una línea descendente. Todas las leyes hereditarias tratan de volver a los seres vivos al justo medio, a la medianía, al promedio, a la línea mesoica. Y lo mismo sucede con las estrellas y los astros. Los que perduran son los que están en el tamaño promedio. Si el sol fuera una estrella demasiado pequeña o demasiado grande, ya se hubiera extinguido o ya hubiera explotado. Solo perdura por ser una estrella mediana. Esta es una ley universal, física, biológica y espiritual. El universo tiende al promedio, a la línea media, a la mediocridad. "The golden mean", dicen los ingleses. El promedio dorado. El mesoísmo.

El único consuelo de los grandes hombres es la historia. Los que verdaderamente perduran, los que verdaderamente han influido sobre el destino de las generaciones futuras, son los que no han tenido éxito total como contemporáneos. Napoleón murió prisionero en Santa Helena. A Sócrates le dieron a beber la cicuta.

Y en nuestro medio también ha sido así. Doña Luz Castro de Gutiérrez fue arrojada de la clínica que fundó. Hoy nadie se acuerda de don Germán Medina en la Universidad de Medellín, pero no va a ser así en el futuro. A Santander han querido reemplazarlo por un fraile en la fundación de la Universidad de Antioquia. Pero no podrán. Estas son las lecciones de la Historia.

Habr  siempre grandes precursores y grandes fundadores. Decía Erich Fromm que solo aquellos que son capaces de separarse del rebaño y de no estar de acuerdo con las que hoy, el mediocre Nixon, ha llamado "las mayorías silenciosas", son los que han hecho posible que el hombre avance de la edad de las cavernas a la civilización actual. Sus compañeros, tal vez sin pretenderlo, le han hecho al doctor Ignacio Vélez Escobar, el más grande homenaje, al sustituirlo como su representante en el Consejo Superior Universitario, en momentos en que su obra, su gran obra, la Ciudad Universitaria, iba a ser inaugurada.

A Lincoln y a Kennedy los asesinaron. Pero perdurarán mucho más en la historia que muchos de los presidentes de los Estados Unidos que murieron plácidamente en sus lechos domésticos. Camilo Torres y el Che Guevara nunca serán olvidados en la historia latinoamericana.

Este es el destino de los grandes hombres. Sus contemporáneos, tratando de opacarlos o aun de destruirlos, los han hecho más grandes. Es el homenaje de los mediocres a los que se salen del común. Nariño acusado y preso es más grande que triunfador y victorioso. Hoy nadie se acuerda de los nombres de los poderosos obispos que condenaron a Rousseau. Pero hay nombres que persisten. Como perdurará el nombre de Ignacio Vélez Escobar muchísimo tiempo después de que hayan muerto sus compañeros de ex rectoría que lo sustituyeron, precisamente en este momento. La grandeza se paga. No hay nada en el universo que sea gratuito. Y las leyes del universo son ineluctables.

No es cierto que la violencia haya existido desde que el mundo es mundo. Por más de 70 mil años, antes de la revolución agrícola, los hombres (*homo sapiens*) vivieron cazando y pescando; matando animales, es cierto, pero no matándose entre sí. Fue solo cuando algunos delimitaron un territorio "propio" y se asentaron en él, cuando surgió lo que todavía llamamos "civilización" y algunos grupos humanos empezaron a organizar ejércitos, para conquistar más territorio, "territorio de otros". Así comenzó la violencia organizada.

"Enseñar a hombres que maten a otros hombres"—lo dijo Jorge Luis Borges—"es el mayor crimen que hasta hoy ha producido la humanidad". Tal crimen se ha venido cometiendo durante los últimos diez mil años de la historia humana, una "historia" que empezó hace 2 mil 500 milenios, con el *homo erectus*, en el África Oriental.

No es cierto tampoco que durante toda la era posterior a la Revolución Agrícola nos hayamos estado matando todo el tiempo. En distintas épocas y en distintos lugares, los hombres son o no violentos, no por naturaleza, sino de acuerdo con las circunstancias en las cuales les toca vivir. Aquí mismo en Colombia ha habido épocas durante las cuales nuestros índices de homicidios, por cien mil habitantes y por año, han sido más bajos, por ejemplo, que los actuales de los Estados Unidos de América.

La violencia es solo un síntoma de males sociales profundos, tales como la injusticia, la pobreza, la mala distribución de las riquezas, la ignorancia o el fanatismo.

Tratar de acabar la violencia con "otra violencia", es como pretender curar una enfermedad con otra enfermedad. Eso es lo que hemos venido ha-

ciendo —sin éxito, por supuesto— durante casi doscientos años de historia colombiana.

Por fortuna, el gobierno actual (1987) parece que está tratando de emprender otro camino, más lógico, más racional: atacar con vigor y eficiencia las causas profundas de estos males: el desempleo, la pobreza absoluta, la miseria, el hambre.

Si los principales recursos del país: humanos, materiales, financieros, económicos, espirituales, se vuelcan todos a favorecer a esos seis millones de colombianos, a ese 25% de compatriotas, que según nuestro actual Presidente viven en la “pobreza absoluta”, si empezamos siquiera a tener algún éxito en esa dura lucha, mejores días estarán por venir.

Si todas las llamadas “fuerzas vivas de la nación”: el gobierno, la industria, los gremios, la iglesia, los sindicatos, las universidades, los intelectuales, los periodistas, contribuimos en todas las formas que nos sea posible para ese gran propósito nacional, no habrá duda de que alcanzaremos éxito. Y ésta será la única forma, de que no tengamos que seguir lamentando la violencia que nos abrumba, que nos angustia, que nos hace a veces desesperar de lo que puede hacerse aquí y ahora.

Porque no es matando guerrilleros, o policías, o soldados, como parecen creer algunos, como vamos a salvar a Colombia. Es matando el hambre, la pobreza, la ignorancia, el fanatismo político o ideológico, como se puede mejorar este país.

XXIII

En un mundo plagado de problemas, al borde de la destrucción nuclear o ecológica, con sufrimientos de toda índole para hombres, mujeres y niños en circunstancias de desempleo, hambre, ig-

norancia y miseria, es a veces difícil conservar la esperanza.

Pero si analizamos la historia humana, a pesar de sus guerras, sus matanzas, su violencia y sus desastres, nos encontramos que la especie ha sobrevivido y ha producido también belleza, poesía, instituciones, derechos, organizaciones para el servicio del bien común, ciencia, arte, literatura.

No todo está perdido, mientras existan hombres y mujeres que sigan trabajando por la humanidad entera y no solo por su país, su secta, su religión o su partido.

En la Organización de las Naciones Unidas y en sus agencias especializadas como la Organización Mundial de la Salud, la Unesco, la Unicef, así como en la Cruz Roja, Amnistía Internacional y tantas otras organizaciones universales, existen miles de personas que están trabajando dura y activamente por un mundo mejor. Personas que han dejado el egoísmo personal, familiar y aun nacional, para trabajar por el bienestar de todos los niños, adultos y ancianos que poblamos el planeta entero.

Por primera vez en la historia de la humanidad se produce este hecho admirable. Médicos de los Estados Unidos, de la Unión Soviética, del Japón, de todos los demás países del mundo, luchan en conjunto por evitar el holocausto atómico. Ingenieros de todos los continentes se unen para que haya agua potable para todos los humanos.

Abogados blancos, negros, amarillos y mestizos se unen para luchar por los derechos individuales y sociales de todos los habitantes de la tierra, sin ninguna excepción. Enfermeras, científicos, poetas, artistas, periodistas, obreros, trabajan por que el mundo sea más unido, más justo, más armónico, menos duro. Sin pensar que por ello vayan a ser recompensados ni con premios, ni con fama, ni con gloria, y ni siquiera con la vida eterna. Trabajan

simplemente porque piensan y sienten que sirviendo a los demás obtienen sus más grandes satisfacciones y recompensa.

Es cierto que existen crímenes, ambiciones, injusticias, rivalidades, odios, fanatismos y violencia. Los terrorismos individual y de Estado nunca se habían manifestado con más horror y fuerza que en nuestra época. De acuerdo.

Pero el afán de servicio, las organizaciones humanitarias, la solidaridad internacional, el repudio generalizado a estos hechos, tampoco han sido nunca tan sentidos y fuertes por tantos seres humanos, a lo largo y ancho de la tierra.

Gorbachov y Reagan no llegan a un acuerdo. El Ayatolah Khomeini sigue enviando jóvenes iraníes al sacrificio. Las naciones siguen gastando proporciones exageradas de su presupuesto en armarse para la guerra y el exterminio. Pero cada vez mayor número de gente común, en todo el mundo, está en contra de tanta estupidez.

Una cierta conciencia universal se está generando.

Por eso sigue habiendo razones de esperanza, a pesar de que estemos viviendo en este mundo, de más oscuridad que luz.

Perder la esperanza sería declararnos ~~de una vez~~ en el infierno. Pero no. Estamos en el mundo, y mientras haya vida, habrá esperanza.

XXIV

Tu éxito en política se lo debes a dos cualidades muy importantes: la malicia indígena y el silencio. Cuando hablas bajo la influencia del alcohol cometes errores, pero nunca he podido saber, ni creo que nadie a tu alrededor sepa, para dónde

vas o qué es lo que verdaderamente piensas. Fuera de buscar el poder, el poder porque sí.

No sé si estas cualidades te llevarán muy lejos. Creo que no. Me parece que has llegado hasta donde podrías llegar. Te hacen falta otras cualidades que creo más importantes para el triunfo final: honestidad mental, estudio, amor al país.

He meditado bastante sobre la política y los políticos. Y hasta ahora he llegado a las siguientes conclusiones:

La política es la actividad más importante y, potencialmente, la más buena o más mala que pueda emprender un hombre.

La política, así como aquellas otras actividades con las cuales se obtiene un éxito personal —el arte o la ciencia, por ejemplo— es emprendida por personas que no están totalmente satisfechas consigo mismas. La política atrae a los mejores y a los peores hombres y mujeres de cada comunidad.

La política tiene que ser una actividad de tiempo completo. Los políticos como grupo, tienen, en general, más defectos que cualidades, comparados con otros grupos humanos.

La amistad no existe entre los políticos. La lucha por el poder es la más despiadada de todas las actividades.

Parecería curioso que una persona que se considera a sí misma como un educador, como yo, se haya internado en los terrenos de la política. Las potencialidades de hacer el bien a un mayor número de gentes es lo que me ha impulsado a ello. Pero encuentro, entre las actividades políticas y las educativas, las más grandes diferencias.

El educador tiene que estar buscando las cualidades de sus alumnos y olvidando sus defectos para tratar de ayudarlos. El político está, por el contrario, en constante búsqueda de los defectos de sus rivales, para poder vencerlos. El educador tiene

que entregarse totalmente a los demás; el político se cuida de los demás.

El educador vive y termina su vida, generalmente, en paz y en tranquilidad consigo mismo; el político vive y termina su vida en agitación, y dentro de los mayores contrastes de éxito y fracaso. En general, derrotado y vencido, más odiado que admirado.

La vida del educador es tranquila y llena de satisfacciones; la vida del político es agitada y llena de contrariedades.

¿Cómo se puede cambiar, entonces, la una por la otra? No hay explicación distinta a la de un básico masoquismo psicológico. Al deseo de castigarse a uno mismo.

Supongo que todo político cree que, mandando él, las cosas serán mejores para sí y para los demás. La sensación de poder, de poder decidir, es una sensación muy agradable. El político goza con ser respetado, y aun con ser odiado. Hace los más grandes sacrificios y llega hasta las mayores bajezas, para alcanzar su meta, que es el poder.

Pero la política no es solo la actividad de los políticos. Hay "política" en todas las actividades humanas. Los hermanos pelean en su casa para ver cuál es el que más influye en sus padres. Los esposos pelean para ver cuál es el que más influye en sus hijos. En una escuela, los profesores son rivales, para ver cuál es el que más influye en sus alumnos. En todas las empresas públicas o privadas, hay siempre una lucha por el poder, por el que pueda llegar más arriba, a las posiciones del más alto nivel. Los curas pelean entre sí para ver cuál puede llegar a ser obispo. Los obispos para ver quién puede llegar a ser cardenal. Los cardenales rivalizan a ver cuál puede llegar a ser Papa.

En todas las actividades humanas —en una u otra forma— hay lucha política, es decir, lucha por

el poder. Y parece que esto se deriva de una característica animal constante: la lucha por la jerarquía; la lucha por colocarse en el lugar de mayor importancia o poder que se observa en algunos grupos animales. El "picking order" que llaman los investigadores de la conducta animal, es decir, la lucha para alcanzar el lugar del pollo que pica a todos los demás y no es picado por ningún otro; el segundo, es decir, el que apenas es picado por el primero, pero que puede picar a los otros y así sucesivamente, hasta el último, que es picado por todos y no tiene a nadie a quién picar. La política es, pues, una lucha completamente animal. Mientras más cercano se esté al animal, más éxito se tendrá en política. De allí que se hable con toda propiedad del "animal político".

Una vez que se entra en la lucha política, ninguna otra cosa importa, fuera de llegar al tope, a ser el más alto, a ser al que nadie pica. La lucha política es comparable a la lucha de la selva. Allí se encuentran toda clase de fieras y de animales salvajes. Desde los reptiles venenosos hasta los más nobles leones. Pero todos con una sola obsesión, el ocupar el primer puesto entre ellos. En esta última categoría, la de los reptiles, creo que estás tú.

Eres de los que la gente llama "un político frío". Frío como los reptiles. Es explicable que los hombres que venimos evolucionariamente de todas las especies anteriores, a veces tengamos las características de cualquiera de ellas. Unos son blandos, sinuosos y amorfos, como la amiba. Otros son arrastrados, peligrosos y venenosos, como los reptiles; otros son cálidos y valientes como los gallos de pelea, o se levantan a grandes alturas, como las águilas; otros son astutos y traicioneros, como los felinos; otros son poderosos e inteligentes, como el león.

Los que tratamos de ser simplemente humanos, perdemos en esta lucha de animales. Por eso, repi-

to, la política no parece tener ética. El que la toma como actividad de servicio, como actividad de una persona decente, está perdido en ella. Esta parece ser la verdad, en todas las ocasiones, en todas las épocas y en todos los lugares.

La gente, a veces, envidia a los políticos. Creo que, por el contrario, debería compadecerlos. La ambición de poder y de gloria es la más corruptora de todas. Los políticos no son hombres felices. Son hombres amargados y frustrados, la gran mayoría. Porque muy pocos son los que pueden llegar al tope. Y mientras más arriba llegan, más grandes son las luchas y más duras las amarguras. Cuando el poder se toma como una ocasión de servicio, el poder es amable. El que ha gustado algún poder, alguna vez, nunca pierde ocasión de buscarlo de nuevo. Esta parece ser la parte de la naturaleza humano-animal que todos compartimos.

Hay satisfacciones más grandes en la vida que la satisfacción del poder. La satisfacción de servir, por ejemplo. Aunque no se pueda servir a muchos sino a unos pocos seres humanos. Y la mayor satisfacción se obtiene cuando uno puede concentrarse a servir apenas a otro ser humano. Es decir, cuando se logra el amor. Los políticos no han sido nunca seres amorosos.

Pueden haber sido grandes amantes, en el sentido de haber tenido grandes pasiones sexuales, pero nunca han podido querer, amar en el sentido humano de la palabra; ni querer con constancia, con permanencia, a un solo ser humano. El político es despiadado porque le falta amor. Y a quien le falta amor es el ser más desgraciado de la tierra. La única cura para el político, como para todos los demás males humanos, es el amor. Pero ese ya será otro capítulo. Por ahora bástenos decir que la política, como aspiración al poder, es apenas un espejismo,

un engaño, para aquellos que no han podido sentir el amor.

XXV

No sabemos qué forma tomará el futuro. De lo único que estamos seguros es de nuestra eventual y completa terminación como especie y de nuestra eventual y completa terminación como tierra. Sea que nuestro sol explote, como algunas estrellas similares de distintas galaxias —observadas por el hombre— lo han hecho, o sea que se extinga pacíficamente cuando su gran capacidad energética se consuma en los calculados cuatro mil setecientos millones de años que le quedan para consumir toda su energía, la forma actual de la tierra desaparecerá inevitablemente del actual universo. Podremos continuar siendo satélites de una estrella apagada o nos podemos desintegrar en el inmenso espacio, con la explosión solar, pero las formas actuales de la tierra no son permanentes ni estables. La tierra está condenada irremediablemente a desaparecer.

El que sepamos esta verdad inevitable debería hacernos humildes. Todas las grandes hazañas, todas las épicas, gestas, todas las grandes glorias de este mundo, inevitablemente desaparecerán. No habrá ninguna posibilidad de eterna memoria por lo menos en esta tierra.

Esta especie hombre y todas las demás especies que ha habido, que hay y que habrá sobre la tierra, desaparecerán irremediablemente con la natural evolución del universo.

Solo somos inmortales físicamente. Espiritualmente nuestra memoria tendrá apenas corta o larga permanencia, dependiendo de por cuánto tiempo permanecerán hombres u otras especies más

complicadas después de nosotros, y por cuánto tiempo permanecerá todavía nuestra huella sobre la tierra o en el universo. Es posible que haya habido muchos otros universos antes del nuestro y es posible que se organicen muchos otros después del nuestro. En esto se funda nuestra esperanza de inmortalidad eterna; en la mente de otros hombres que vengan después de que esta tierra se acabe y que lleguen a la conclusión a que hemos llegado nosotros, de que ha habido otros seres similares a nosotros, hace centenares de miles de millones de años atrás y que habrá otros, también similares a nosotros, y con nuestra misma capacidad de pensamiento y de proyección retrospectiva y prospectiva, para imaginar formas similares antes y después de las actuales.

En este sentido, nuestra única esperanza de inmortalidad está en otras evoluciones similares a las del actual universo, que produzcan, estén produciendo y hayan producido, una y otra vez, seres similares a nosotros. Esta hipótesis es científicamente posible: hubo antes mundos similares al nuestro y habrá otros después. Todos han tenido una evolución similar. Todos habrán empezado y terminarán similarmente, siguiendo las leyes naturales que son permanentes e inmodificables, en el gran universo. La teoría actual del universo en expansión hace presuponer que hubo un momento en que la materia que hoy conocemos e intuimos estaba concentrada en una masa inmensamente densa, que en un momento de gran densidad explotó, comenzándose a formar la parte del universo actual que hoy conocemos. Pero esta explosión inicial, naturalmente, tendrá un fin y se iniciará de nuevo el proceso de concentración de toda esta inmensa masa dispersa, para volver a explotar y seguir ese ciclo indefinido.

¿Cuántas veces? Interminablemente: millones de millones de veces, en un proceso cuyo principio ni

siquiera podemos imaginar, pero que fácilmente imaginamos que no tendrá fin. Y, ¿en cuántos lugares? Probablemente en lugares infinitos. La inmortalidad del hombre, de todos los hombres que han sido y que somos, depende de que este proceso de comienzo y evolución del universo continúe indefinidamente, produciéndose cada vez otros hombres que piensen como nosotros.

Nosotros pudimos haber sido "imaginados" por hombres anteriores, en nuestro mismo estado de evolución, o aún más avanzados, en universos anteriores. Y nosotros tenemos la capacidad de imaginarnos otros seres similares a nosotros en el presente, el pasado y el futuro. ¿Seremos nosotros los primeros? No lo sabemos. Tal vez nadie lo sabrá nunca. Lo que sabemos con seguridad es que en nuestro sistema solar somos los únicos capaces de reflexionar, los únicos capaces de hacernos estas preguntas. Es posible que en otros sistemas solares, en nuestra misma galaxia o en otras galaxias, haya seres similares a nosotros que hayan desarrollado la capacidad de pensar como nosotros, o aún más claramente. Los científicos tratan de comunicarse con ellos. ¿Lo lograrán? Tal vez. Con las comunicaciones radiales existe esta posibilidad.

Será un gran día cuando el hombre terráqueo pueda comunicarse con seres similares de la parte del universo que no conocemos. Cuando se pueda establecer un diálogo interplanetario, muchas de nuestras presentes dudas tal vez podrán dilucidarse. En la futura vida del hombre terráqueo, que puede durar todavía millones de años, habrá muchísimos conocimientos, sorpresas y modificaciones que nos aclararán nuestro universo. A lo mejor estaremos nosotros tan equivocados como lo estuvieron nuestros antepasados hace dos mil o cinco mil años. La ciencia moderna ha llegado a estas conclusiones, pero no quiere decir que éstas sean definitivas ni

que se establezcan como dogmas. La ciencia y la vida humana van a avanzar mucho en el futuro. Nuestra interpretación actual puede ser muy diferente de la real. Pero hasta donde hoy sabemos, esto es lo más probable.

La ciencia no llega a certezas. Solo alcanza a posibilidades. El hombre es un ser limitado por su conformación física e intelectual. Pero cada vez está avanzando más en su comprensión de los fenómenos cósmicos y humanos. Este avance no se ha detenido ni va a detenerse nunca, mientras el hombre exista físicamente sobre la tierra, o, posiblemente, sobre otros cuerpos celestes, de continuar los avances de la técnica interplanetaria.

Lo que no parece es que el hombre pueda salir físicamente de su sistema solar. A éste está atado inevitablemente, como ser vivo, por lo menos. Y como el sistema solar tendrá un fin, el hombre actual tendrá también un fin. Su "inmortalidad" depende, ya lo dijimos, de que existan otros seres similares, en planetas similares de otros "sistemas solares", o que se produzcan otros seres similares en futuros universos, similarmente organizados a nuestro universo actual. Teóricamente, por lo tanto, podemos ser inmortales física y espiritualmente, como grupo humano universal.

XXVI

Decía Montaigne que la filosofía era útil porque enseñaba a morir. Para mí, que en este proceso nacimiento-muerte que llamamos vida, estoy más cercano a la última etapa que a la primera, el tema de la muerte se va haciendo cada vez más simple, más natural y aun diría que —no ya como

tema sino como realidad— más deseable. Y no es porque esté desengañado de nada ni de nadie. Tal vez todo lo contrario. Porque creo que he vivido plenamente, intensamente, suficientemente.

XXVII

Creo que nos podremos poner de acuerdo en lo siguiente: toda persona, por uno u otro camino, lo que consciente o inconscientemente está buscando es su propia felicidad.

Las personas son distintas de acuerdo con las circunstancias en que se han formado. Cada persona es producto de sus propias, únicas y peculiares circunstancias de herencia, familia, educación, lugar en donde nació, etc. Nadie escoge conscientemente su propia personalidad. Esta personalidad se va formando casi siempre por factores externos a la misma persona: sus antecedentes hereditarios, los cuales ella no escogió; la cultura en la cual nace, que tampoco ella escogió; la educación que recibe, desde niño hasta la edad adulta, la cual también en mínima parte es escogida por ella.

El modo de ser de una persona, sus maneras de reaccionar, sus maneras de buscar su propia felicidad, no son exactamente escogidos por esa misma persona. Son creadas por su ambiente, por su educación, por su medio, por su herencia, por su familia, por su nacionalidad, por el clima en que haya vivido, por las influencias de las personas con quienes haya estado en contacto. Esto creo que es algo tan evidente que no necesita demostración. Si reconocemos esto, entonces, ¿por qué criticamos el modo de ser de otras personas? Probablemente porque creemos que ese modo de ser puede modificarse.

Y esto es verdad: todos podemos influir en la manera de ser de nuestros relacionados y de las personas que entran en contacto con nosotros: para su bien o para su mal, para su mejora o para su deterioro. Si queremos que una persona cambie su modo de ser no debemos enojarnos con ella, ni juzgarla mal por lo que probablemente ella misma no tiene la culpa.

Si queremos que cambie, hablemos con ella, conversemos con ella, si es que en nosotros existe ese espíritu misionero y tenemos tiempo, o dejémosla y aceptémosla tal como es, si es que no tenemos tiempo o no queremos, o no podemos cambiarla, o no nos interesa cambiarla. Pero por lo menos, aceptémosla, tolerémosla, tratemos de comprenderla. Sepamos que ella no se hizo así por su propia voluntad, sino que una serie de circunstancias de su vida —la mayoría por fuera de su control— contribuyeron a hacerla así. Así como nosotros fuimos hechos también, por tantas circunstancias por fuera de nuestro control, así también fueron hechas las otras personas.

Dejémoslas tranquilas si es que no nos están haciendo mal a nosotros, o a nuestros relacionados, o a la sociedad o al mundo. Si creemos que nos están haciendo un mal a nosotros mismos o a nuestros familiares, o a nuestra comunidad o al mundo, veamos la forma en que pueden cambiarse. Pero no será odiándolas, ni predicándoles cómo van a cambiar. El proceso de cambiar a una persona, es decir, la educación de una persona, es un largo y difícil proceso. Nadie está diciendo que no puede hacerse, o que no pueda por lo menos intentarse. Pero nos va a tomar tiempo, esfuerzo, convicción y valor. Con solo querer no vamos a cambiar a una persona.

Vamos a tener que recordar la frase de un gran educador, que nos aconseja: "No queremos que la

gente defienda sus posiciones, sino que cambie sus posiciones". Si creemos que lo que una persona está haciendo le está causando mal a ella, o a sus asociados, o al mundo, conversemos con ella, convencámosla, no la insultemos ni la antagonicemos, pues así defenderá sus posiciones pero no las cambiará. Si lo que queremos es educarla —es decir, cambiar su manera de ser— tenemos que convencerla de que tal cambio es favorable para su propia felicidad.

XXVIII

Si quieres que tu hijo sea bueno, hazlo feliz. Si quieres que sea mejor, hazlo más feliz. Los hacemos felices para que sean buenos y para que luego su bondad aumente su felicidad.

XXIX

• Cuáles son los determinantes del progreso y del modo de ser de los pueblos?—

Sobre esta difícil pregunta hay algunas cosas que sabemos con seguridad.

Primero: la "raza" no es un factor determinante. Sobre esto de las razas se ha especulado mucho y la noción popular, en casi todos los países, es que la "raza" determina el modo de ser de las personas. Para los estudiosos de la historia, de la etnología y de la antropología esta noción es completamente falsa.

Segundo: la cultura, es decir, las experiencias acumuladas por una sociedad determinada, y que son las que determinan el modo de educar a la

gente, tiene una gran influencia sobre el comportamiento, los valores, la manera de ser y de actuar de las personas. Siendo la cultura modificable, es posible modificar el modo de ser de los pueblos.

Tercero: el clima y el ambiente, sobre todo lo que se refiere a condiciones de vida y a enfermedades, son factores que influyen sobre el modo de ser de las sociedades.

Cuarto: lo que se come, sobre todo en la infancia, tiene influencia sobre el físico de las personas, y el físico de las personas, sobre todo el tamaño y la conformación de su cerebro, tiene influencia sobre su personalidad.

Quinto: la educación, dentro de cierta medida, puede cambiar las actitudes y los modos de ser de las personas y de las sociedades.

Con las cinco nociones anteriores están de acuerdo la mayoría, si no la totalidad, de los sociólogos, psicólogos, antropólogos, etc.

Analicemos estas cinco nociones.

Empecemos por la "raza". En el mundo no hay razas "puras" sino mezclas en las que predominan unos y otros caracteres físicos como el color de la piel, la forma de los rasgos de la cara como los ojos, la nariz, la boca, la consistencia y ondulación de los cabellos, etc. Pero el hecho científico-evidente es que todos los humanos pertenecen a una misma especie biológica, el "Homo sapiens", que ha sufrido modificaciones por las condiciones del ambiente, como los demás animales, y que por la falta de comunicación, en las épocas anteriores y por factores de prejuicios culturales —que cada vez desaparecen más— no se han mezclado lo suficientemente para formar una homogénea y única "raza humana". Los prejuicios contra determinados colores y contra determinados rasgos físicos no son biológicos, sino productos de la mala educación que les damos a nuestros niños. Los pequeños no ten-

drían ningún prejuicio en contra de la forma de la cara, o el color de la piel o la consistencia del cabello de otras personas, si los adultos no se lo enseñaran. El racismo es un síntoma de intolerancia, de temor y defensa de lo que es diferente.

Los niños de distintos grupos étnicos que desde pequeños se mezclan en sus juegos, no hacen diferencia para nada de las variedades físicas de sus pequeños compañeros. Si un niño recién nacido, cuya madre lo haya alimentado adecuadamente, se trae a vivir y a educar, de un ambiente que pudiéramos llamar salvaje, a cualquier otro tipo de "civilización", manifestará las características, los valores y las cualidades normales de su ambiente, siempre que no se le discrimine o se le eduque de una manera diferente por tener caracteres físicos distintos al grupo. Cualidades tales como valor, disciplina, esfuerzo, no son cualidades raciales sino culturales. Un niño blanco criado en un ambiente africano manifestará cuando adulto, si ha sido tratado de la misma manera que los demás, las mismas cualidades de sus compañeros de educación. De la misma manera un niño africano trasladado a un ambiente cultural europeo manifestará las mismas características de sus compañeros de crianza. Los prejuicios raciales son un artificio creado por algunos individuos (Conde de Gobineau) y adoptados por algunas culturas, que pueden y deben desaparecer con el avance científico, ético y cultural de la humanidad.

La cultura. Todo el conjunto de creaciones humanas: religión, lenguaje, instrumentos, costumbres, valores, es lo que constituye una cultura. Una persona, cualquiera que sea su raza, nacida y criada dentro de determinado ambiente cultural, tendrá las características que le imponga esa cultura.

Los seres humanos somos un producto de nuestra propia sociedad. Un ser humano aislado, criado

entre los animales, actuará como los animales. De esto hay varios ejemplos famosos.

Es la cultura, la sociedad, los valores espirituales de esa sociedad, los que "humanizan" al animal humano. No ninguna cualidad intrínseca o característica del homo sapiens. El homo se ha vuelto homo sapiens por su propio esfuerzo cultural, por los avances que algunos individuos han logrado hacer y han dejado como herencia a su grupo, por la tradición y la educación que conserva ciertos valores, que han sido encontrados buenos en determinados momentos históricos de una sociedad. Esto no quiere decir que todos los valores sean eternos. En muchas épocas son necesarios cambios culturales radicales para que una sociedad pueda avanzar. La cultura no es un valor en sí mismo. Su valor depende de la medida en que proporcione a todos los individuos que la conforman el mayor bienestar físico, espiritual y social. El valor de una cultura se mide por el tipo de individuos que forma.

La cultura —y dentro de ella su concepto sobre los valores— es el elemento más importante en el avance, estancamiento o atraso de los pueblos.

Clima y ambiente. Su influencia es innegable, pero no determinante. No hay duda de que ciertos hábitos de las gentes son condicionados por las categorías climáticas. El ambiente tropical y ciertas condiciones de la topografía, del régimen de lluvias, de la temperatura constante o cambiante, de las condiciones del terreno para los cultivos, de las enfermedades existentes, determinan ciertas características similares de las culturas que se forman en ambientes similares.

Pero no es esto solo. La comunicación con otras culturas, el intercambio, los descubrimientos científicos aplicados a determinadas circunstancias, pueden formar culturas muy distintas en ambientes muy similares.

Los ejemplos de este hecho en la historia son muy abundantes. El clima y el ambiente influyen, pero no determinan las características de las personalidades y de las sociedades.

Nutrición. Esta está determinada por los alimentos disponibles, por los medios mecánicos y técnicos que se usan para mejorar las tierras, por los adelantos científicos y por la organización social. La alimentación es esencial en la vida de los pueblos, pero está determinada por muchos de los factores anotados. Es la cultura, en síntesis, la que determina la alimentación. Una sociedad que se organice cultural, científica y económicamente de manera que pueda alimentar bien a todos sus componentes estará en camino de adelanto y progreso. Y viceversa.

La educación. Este también es otro factor cultural. El tipo de educación que se les da a las personas depende de los valores que haya adoptado una cultura. La educación puede servir para el adelanto de los pueblos o para su conservación en un estado de estancamiento o atraso. El tipo de educación es la clave de la transformación, del progreso o del estancamiento y retraso de los pueblos. Cuando la educación está en manos de los privilegiados, que quieren conservar sus privilegios a costa de una organización social que les favorece, aunque sea injusta para muchos, un pueblo no avanzará sino que permanecerá estancado, atrasado y pobre.

La educación no consiste solo en la transmisión de conocimientos en las escuelas, colegios y universidades. La educación es una actividad permanente de intercambio de nociones y conceptos entre los seres humanos. La comunicación de pensamientos e ideas, el valor que se les dé a determinados procederes, la aceptación o rechazo de ciertas nociones, todo esto, desde la infancia hasta la ancianidad, es un proceso educativo.

El tipo de educación lo determinan los valores culturales que una sociedad acoja. Si sus valores son más de tipo mágico o misterioso, educará a la gente para aceptarlos no importa cómo los afecte personalmente. Si sus valores son más de tipo racional, educará a la gente para que piense, para que trabaje y para que innove, teniendo como valor supremo el mismo ser humano, y no sus invenciones o teorías que pudieron haber servido en épocas pasadas. Una educación cuyo valor máximo sea el mismo ser humano, será la educación más adecuada y que naturalmente servirá más para el progreso y para un modo de ser racional de los pueblos.

XXX

No creo que ni mi educación, ni mi sensibilidad, me hayan permitido admirar, como se debe, la belleza. Antioquia está apenas ahora despertando de ese oscurantismo tradicional, que nos hacía tenerle miedo al gozo, al placer, al cuerpo humano, a la belleza. Son por eso admirables las hazañas individuales de los poetas antioqueños, de sobreponerse a un medio hostil y crear belleza.

Admiro a los artistas. Los admiro con aquella admiración que producen las personas a quienes uno no puede alcanzar. La vida sería mucho más hermosa cuando todos los padres de la tierra pudiéramos enseñarles a nuestros hijos cómo apreciar la belleza. Pero si los padres no pueden hacerlo, debería ser un objetivo del Estado, de la educación del Estado. Apreciar y admirar la belleza, gozar con la belleza, y mucho más: poder crear belleza, es una de las grandes cosas con que cuentan algunos seres humanos. Mientras haya más seres humanos que pueden hacer esto, mejor será para el mundo.

He visto en el Asia un lugar en donde todo el mundo está creando belleza: es la isla de Bali, en Indonesia. Una antiquísima cultura hindú —que parece haberse quedado allí congelada, por siglos, con sus habilidades naturales y adquiridas— ha hecho que todos los habitantes estén siempre ocupados pintando, esculpiendo, transformando la naturaleza en objetos y artículos de arte, algunos de los cuales son verdaderas maravillas. También hay bailarinas y bailarines, que con una música que a los occidentales nos parece monótona, crean movimientos y un espectáculo que recrea la vista y hace más placenteras sus largas noches calurosas.

La despiadada ocupación japonesa de la isla, el turismo norteamericano y el ultranacionalismo indonesio, con su énfasis político, han destruido mucho de la antigua belleza y armonía del arte de Bali. Pero todavía conserva un pueblo prácticamente todo dedicado al arte y la cultura. Sin embargo, son muy pobres. Y se ha dicho que precisamente es su gran pobreza lo que los obliga a gastar tanto tiempo esculpiendo figuras de maravillas en un trozo de marfil o aun en un hueso cualquiera, o en la corteza de un coco.

También pintan con toda clase de materiales sobre lienzos primitivos. No podría decirlo científicamente —no sé si se haya tratado alguna vez de medir la felicidad— pero me parece que este pueblo de Bali es más feliz que la mayoría de los otros pueblos de la tierra. Los comparo con los campesinos antioqueños: austeros, simples, melancólicos, tristes. Es verdad que algunas campesinas gozan con la belleza de sus flores en los corredores de sus pequeñas casas. Mi abuela, a veces, parecía estar complacida de la belleza de sus flores. Y cantaba un poco. O gozaba, discretamente, con algunas canciones en la radio. ¡Pero es tan poco el folclor, la creatividad, el gozo de la vida, de los campesinos antioqueños!

dejaron discípulos. Pero la lucha entre el bien y el mal continúa en el mundo, en cada nación, en cada conglomerado social, en cada alma humana. Los campos están claramente definidos: es la humanidad contra la bomba atómica.

La humanidad que ha sido capaz de que sus científicos lleguen hasta el descubrimiento de la energía atómica, pero que no ha podido impedir todavía que sus neurópatas la empleen en la destrucción de otros humanos.

Hace cien años nació Sigmund Freud. Él abrió un nuevo camino: mostró cómo en la infancia, por defectos de la educación de nuestros padres, se incuban frustraciones y antagonismos, impulsos agresivos y fuerzas soterradas que en algunos —afortunados— se subliman; y que en otros —desgraciados— que antes llamábamos malos y locos, se convierten en grandes y pequeños crímenes contra la especie: el genocidio de los judíos en la Alemania nazi. El genocidio contra nosotros mismos: todos los días, contra nuestros compañeros y colegas, contra nuestros discípulos y profesores, contra nuestros hermanos, contra nuestras familias, nuestra patria. Se disfrazan de los más diversos nombres: justicia, autoridad, disciplina... Pero seguimos siendo crueles con nuestros semejantes: con una crueldad más sutil y más hiriente que las piedras tiradas a la adúltera o que las llamas que quemaron a Servet y a Juana de Arco.

Tratar de acabar con esto, tratar de conocernos a nosotros mismos y a los demás, es higiene mental. Ya la ciencia ha empezado a mostrar el camino para que la humanidad pueda, ahora sí, seguir las enseñanzas de Lao-Tzé, de Buda, de Cristo y de Confucio. La gran máxima de Sócrates, "conócete a ti mismo," ha empezado a tener aplicaciones técnicas y prácticas con el análisis psicológico de la personalidad. Las enseñanzas de los grandes maestros

de la humanidad se han hecho practicables. Ya podemos aplicar la regla de oro: "No hagas a los otros lo que no quisieras que te hicieran a ti". Y aun podemos reír un poco de ella, adicionándole su complemento, de acuerdo con el gran humorista irlandés Bernard Shaw: "Tampoco les hagas lo que tú quisieras que te hicieran a ti; a lo mejor no tiene los mismos gustos".

XXXIV

Colombianos y extranjeros estamos de acuerdo en que los antioqueños tenemos ciertas características especiales que nos diferencian de otras subculturas contemporáneas de América Latina. Para explicar esto, muchas teorías han sido emitidas, entre las cuales se encuentran la de su origen judío, la de su aislamiento geográfico, la de la minería del oro, etc.

Muchos historiadores están de acuerdo, sin embargo, en que las características diferenciales de los antioqueños empezaron a manifestarse solamente durante el siglo XIX, puesto que antes —y muy especialmente a finales del siglo XVIII— de acuerdo con los informes del gobernador Silvestre, los antioqueños participábamos de todas las peculiaridades comúnmente atribuidas a los habitantes de los trópicos, es decir, que éramos "perezosos, atrasados, pobres, ociosos y descuidados".

¿Qué cambió, entonces, el carácter de los antioqueños?

Un sociólogo sabe hoy en día que las características de una comunidad solo se cambian cuando hay reformas substanciales en su estructura socioeconómica. Y es el cambio efectuado en dicha estructura, a finales del siglo XVIII lo que realmente

transformó a Antioquia de una provincia “pobre y atrasada”, en una provincia pujante, vigorosa y distinta.

¿Cuál fue dicho cambio en su estructura socio-económica? El sociólogo norteamericano T. Lynn Smith afirma que la estructura agrícola de un país es la que condiciona, esencialmente, el carácter de sus gentes. Y hace referencia en su libro *El desarrollo de Colombia*, al cambio de estructura agraria que sufrió Antioquia del año 1785 en adelante. En dicho año se encontró el oidor Juan Antonio Mon y Velarde con la Antioquia miserable “Más atrasada que la peor provincia africana”, que había descrito el gobernador Silvestre. En tal época, su estructura agraria consistía en que la propiedad de sus tierras estaba concentrada en las manos de cinco familias poderosas y ricas: los Villegas, los Pérez, los Aranzazu, los Arbeláez, los Barrientos, y los Misas. Mon y Velarde creyó que para los intereses del rey de España, con relación a la recolección de impuestos, era mucho más importante que la tierra fuera cultivada y no permaneciera ociosa en manos de los grandes terratenientes de la época.

Fue así como repartió, entre todas las familias desocupadas que pululaban en ese entonces por Santa Fe de Antioquia, Medellín, Rionegro y Marinilla, las tierras que fueron conformando posteriormente a Abejorral, Sonsón, Santa Rosa, Yarumal, etc. “Dio tierras —dice el historiador Ramón Franco— hasta a los lisiados y a los mendigos”.

Y no de cualquiera manera. Sino que repartió los terrenos en propiedades medianas, ni muy grandes ni muy pequeñas, para que cada familia pudiera explotarla económicamente, con la condición de que si a los cuatro años la familia no demostraba su capacidad de trabajo, la tierra revertería al rey de España. Y, además, que dichas tierras no podían ser dejadas en herencia a la iglesia o a instituciones

religiosas. Nombró procuradores agrarios que ayudaron a los nuevos propietarios en la selección de semillas, abonos y técnicas, e hizo que éstos supervisaran el trabajo y comportamiento de los beneficiados. Así nació la familia antioqueña: madrugadora y trabajadora, eficiente y honrada. En los decenios posteriores fueron paulatinamente extendiéndose hacia el sur, hasta lo que es hoy Caldas, Risaralda, Quindío, Norte del Valle y Norte del Tolima, creando lo que el geógrafo norteamericano James Parsons llamó *La colonización antioqueña del occidente colombiano*.

Con la introducción del cultivo del café, estos mesofundios crearon la riqueza excedente antioqueña que se convirtió en comercio con el exterior, en capital disponible, y en la introducción —durante la primera mitad del siglo XX— de las industrias que actualmente caracterizan a Medellín y al Valle de Aburrá. Con la reforma agraria de Mon y Velarde se creó el “espíritu de empresa” de los antioqueños, que se convirtieron posteriormente en los comerciantes e industriales que han invadido a casi todo el país, incluyendo a Bogotá.

Los antioqueños no somos, pues, como somos, por nuestra raza o porque tuvimos minas de oro o porque estuvimos aislados, sino porque en un momento dado de su historia se creó una coyuntura socioeconómica que aprovechó el oidor Mon y Velarde para establecer en los tres años de su gobierno en esta provincia (1785-1788) la iniciación de un desarrollo socioeconómico integral, con el adecuado reparto de las tierras primero, para que todos las cultivaran, pudiendo establecer así las bases de la alimentación suficiente para todos, algo que caracterizó en una época al pueblo antioqueño, y la consiguiente capitalización —con el trabajo de muchos en el campo—.

Fue, por lo tanto, la propiedad agrícola familiar mediana la que produjo el carácter de los antioqueños y la que nos dio las ventajas culturales que hoy nos critican los terratenientes de Cundinamarca y de la Costa.

XXXV

No estoy de acuerdo con la canción de “Moce-dades” que dice: “Confórmate que ya es tarde y deja de soñar”. Por el contrario, ¡qué hiciéramos los viejos si no soñáramos! Sueño con un mundo mejor, con una Colombia mejor.

Sueño con un mundo menos estúpido e injusto que el actual; con una Colombia mejor organizada para satisfacer las prioridades reales de todas sus gentes: el pleno empleo, la vivienda adecuada, el transporte, la educación, la salud, la recreación, y para conseguir todo esto, un mejor reparto de las riquezas, los ingresos y los servicios.

Sueño con una Colombia en la que no haya nadie que se muera de hambre. En la cual no haya ningún niño que muera por deshidratación, ni por ninguna enfermedad infecciosa prevenible. Una Colombia en la cual no exista ningún paralítico por poliomiélitis, ningún niño con tosferina, con sarampión o con difteria. En la que nadie muera de tétanos. En donde la tifoidea, las parasitosis intestinales, la amibiasis, las anquilostomiasis y el paludismo sean apenas un mal recuerdo. En donde existan solamente aquellas enfermedades que la ciencia de la época no haya sido capaz de prevenir. Y en donde para éstas exista atención adecuada y suficiente para todos, no solo para los que puedan pagarla.

Sueño con una Antioquia que retorne al mesofundio de Mon y Velarde, cuando en todas las fa-

milias había trabajo, comida y seguridad. Sueño con un Medellín con su aire y su río nuevamente limpios. Sueño con una Colombia en la que exista salud para cada uno de los individuos que genética, biológica y cronológicamente puedan tenerla. ~~Sueño con una Colombia en donde todos sus niños puedan jugar, reír y cantar, en donde toda su juventud pueda divertirse libremente, practicar sus deportes, pueda estudiar y prepararse y pueda amar.~~ Sueño con una Colombia en donde todos los adultos puedan trabajar y producir bienes y servicios en beneficio de todos.

Sueño con una Colombia en donde todos los viejos podamos soñar. Y en donde haya muchos que, como dijo Bertold Brecht, "luchen siquiera una hora... y ellos son buenos. Y otros que luchen siquiera un año y ellos son mejores. Y otros que luchen muchos años, y ellos son muy buenos. Y que haya también algunos que luchen la vida entera". O sea los que según Brecht "son los imprescindibles".

Éstos serán los únicos, a mi parecer, que podrán morir tranquilos para eso debería ser utilizada la vida: para poder morir tranquilos.

XXXVI

Solo los necios tienen respuestas exactas para todo. Mientras más se estudia, mejor se da uno cuenta de lo poco que sabe. En un libro reciente sobre economía de dos profesores de unas de las más prestigiosas universidades americanas (Wisconsin y Stanford), encontramos la siguiente afirmación: "Deseamos proporcionar al estudiante el sentido de la incertidumbre que siente un economista cuando ofrece un dictamen profesional. En primer

lugar, esperamos que el estudiante comience a comprender la humildad del erudito, por qué éste cree que es casi imposible estar seguro sobre cualquier proposición, y por qué quien se sienta seguro acerca de la forma en que funciona la sociedad, probablemente no sabe de qué está hablando”.

Cuando se enfocan así los problemas sociales, se lo está haciendo con honradez, con verdad y conocimiento. Otra cosa sería tratar de engañar, o ser, simplemente, un redomado ignorante. En ciencias físicas y matemáticas se puede aspirar a aproximaciones más o menos ciertas. En ciencias biológicas —mucho más complejas que las físicas y las químicas— ya la cuestión de la certeza es mucho menos probable. En ciencias sociales, cualquiera que diga que tiene la fórmula para el bienestar humano, es un charlatán.

Una cierta dosis de escepticismo, de no tragar entero, de cuestionamiento de todos los valores, es indispensable para una actitud científica ante los problemas de la sociedad humana. Que no es una actitud derrotista o pesimista sino, por el contrario, una actitud del que sabe que la cosa es muy seria y que hay que estudiarla a fondo, si se han de esperar buenos resultados.

Los educadores modernos afirman que se debe educar para la incertidumbre, para poder vivir con dudas, para resistir a la tentación de los dogmas y de las verdades fijas en cualquier campo. Una educación para el cambio, para resolver problemas en situaciones difíciles y no muy claras, para decidir sin pretender tener todos los elementos de información a la mano, es la que se debe dar a los hombres modernos que van a vivir, quiéranlo o no, en un mundo poblado de dudas, de incertidumbre, de alternativas, de rápidos cambios en valores que parecían inmutables y eternos. El valor de admitir que no se sabe, que se duda, que no se está seguro,

aunque difícil de practicar, es un valor indispensable al mundo de hoy.

XXXVII

Mientras más tratamos de explicarnos racionalmente el universo, más aumenta nuestra perplejidad y nuestro desconcierto. Sabios son los hombres que han inventado los mitos y bienaventurados los que a ellos se acogen. La razón es incapaz de explicarse el mundo de una manera emocionalmente satisfactoria. Por más esfuerzos que haga la razón, ésta no logra traspasar la magnitud del misterio. La física, la astronomía, la biología y la historia, mediante el método científico, llegan hasta cierto punto, y queda todavía un vasto terreno inalcanzable al cual trata de llegar la filosofía, pero al que solo la religión alcanza. Pero, ¿es la religión la única salida del hombre para explicar lo inexplicable?

La humanidad se ha acogido a ella tan desesperadamente a través de los tiempos que parece probable, que mientras el homo sapiens conserve las limitaciones mentales de su especie, va a tener que seguir acogiéndose a ella para preservar su salud mental. ¿Es solo la creencia en una fuerza misteriosa e inescrutable —a la que hemos llamado Dios— la que puede dar reposo a la mente de los hombres? El científico puro que no se preocupa por trascender a averiguar el porqué de las cosas, pudiera contentarse con saber el cómo se producen. Si los hombres nos contentáramos con esto, podríamos tener reposo, sin tener que apelar a las religiones. Pero este no contentarse con explicarse y saber el “cómo” y querer averiguar también el “porqué” de las cosas, atormenta a la humanidad desde su iniciación y la sigue atormentando.

El remedio que se le ha propuesto es el de la humildad, el de contentarse con saber que nunca podrá explicárselo todo, o el de aceptar las sencillas explicaciones que la religión le ofrece. Cuando el científico es humilde y se contenta con los trozos de verdad que descubre, puede ser feliz, si no es tentado por la vanidad de descubrir, por métodos racionales, la totalidad de la verdad. La verdad eterna, la verdad absoluta, la Verdad con mayúscula, no intenta descubrirla sino la religión. La ciencia se preocupa solamente por las pequeñas verdades de la física, de la biología, de la vida diaria, y si se contentaran con estas verdades, sin tratar de explicarse el "porqué" de las cosas, pudiera constituirse en un camino más racional y más lógico que el camino que han trazado las religiones al intentar la explicación del "todo".

Pero, ¿se contentaría el ser humano con solo esto? ¿Si fuéramos humildes y aceptáramos los hechos como son, al universo como es, al mundo como es, seríamos felices? ¿Existirá alguna vez, con el camino científico que la humanidad ha escogido, tal felicidad? Tal vez es otra ilusión. Pero la aspiración a un relativo bienestar físico, mental y social de todos los seres humanos, es algo compatible con los conocimientos y con la ciencia moderna. La religión es una alienación, es un lenitivo, es una droga poderosa y tentadora, que consuela y cura los síntomas de una humanidad sufriente, pero que aleja al hombre de la realidad de las cosas, hasta donde esta realidad pueda conocerse.

La pregunta del poeta ruso Evtushenko, "yo, ¿por qué?", es una pregunta profunda, pero que hace regresar al hombre al primitivismo de las religiones. No hay ninguna explicación satisfactoria al hecho de que cada uno de nosotros exista. Existimos porque sí, porque hasta cada uno de nosotros ha llegado esta fuerza misteriosa de evolución del

universo hasta constituir la especie homo sapiens, de la cual cada uno de nosotros es un individuo.

Pudiéramos intentar una respuesta a la pregunta de por qué existimos. Nuestro intento de manipular la propia naturaleza que nos creó, para conformar una sociedad más a tono con los ideales que nos hemos formado, es la mayor prueba de la grandeza del hombre y, en cierto sentido, es la razón de su existencia. Existimos para conformar la sociedad a la medida de nuestros ideales. Existimos para luchar por una humanidad mejor. Aceptamos que hay muchas cosas que no podemos cambiar, pero sabemos que hay muchísimas otras que sí se pueden cambiar. Sabemos que el universo es neutro, y que en su seno existen fuerzas positivas y negativas, que producen bienes y males concretos al hombre, máxima creación del universo que conocemos.

Hemos estado buscando lo que beneficie al hombre, por diferentes caminos. En un principio, y todavía en gran medida, el hombre ha seguido el camino de la religión. Pero cada vez más el hombre se conduce por el camino de la ciencia. Que no es una nueva religión, sino un método distinto, y al parecer más efectivo, en lo referente a las cosas concretas que están en relación con el ser humano —como el dolor, la miseria, el sufrimiento y la injusticia—, para alcanzar el bienestar del hombre.

Es evidente que para la mayoría de los hombres esta transición de la satisfactoria ilusión de la religión a la realidad de la ciencia, es una dura transición, que a veces no logra establecerse.

La humanidad tiene más de un millón de años de magia y apenas unas pocas centurias de ciencia.

XXXVIII

Si el derecho al bienestar físico lo ha adquirido el ser humano a través de su larga lucha contra los elementos, contra el dolor, contra la enfermedad, contra la miseria y contra la ignorancia, el derecho al bienestar mental lo está apenas conquistando, a través de cuidadosos estudios psicológicos y culturales acerca de la conducta de las personas, sobre las causas por las cuales unas personas reaccionan de una manera y otras de otra, respecto a las causas de la enfermedad mental y de conductas anormales y acerca de las maneras como se pueden hacer cambiar modos de reaccionar, desfavorables a sí mismo y a los demás, por maneras de reaccionar más acordes con el bienestar propio y el bienestar ajeno.

La higiene mental se propone encontrar las reglas que conduzcan a todos los seres humanos a disfrutar de la vida de una manera tal que ese disfrute no cause mortificación a los demás y a encontrar maneras también de que todas las personas acepten y comprendan, sin indebida preocupación, las actuaciones de otras personas que no correspondan a sus mismos gustos o deseos.

Nadie, por supuesto, está obligado a aceptar que una persona le cause daño a sí mismo o a los demás por sus procederres o por su conducta. Es en interés propio y en el de su propio grupo o comunidad como se debe apoyar todo esfuerzo tendiente a que la conducta de las personas no vaya en contra del grupo. Una persona excesivamente crítica de la conducta de los demás no estará contenta ella misma ni dejará vivir tranquilos a los otros. Una persona que esté siempre molestando a los otros y queriendo que toda la gente actúe de acuerdo con su manera de pensar y de ser, persona, será una per-

sona cuya salud mental no es adecuada y que impedirá que el bienestar mental de los otros se realice completamente. La primera regla, por lo tanto, de la higiene mental es la tolerancia con la conducta ajena, siempre que esta conducta no esté claramente causando daño al grupo.

Una persona, teóricamente, puede causarse daño a sí misma, sin que esto nos tenga que afectar profundamente, a menos que el daño de ella nos afecte a nosotros mismos por quererla demasiado, o a menos que ese daño que se está causando sea por pura y elemental ignorancia.

Pero una persona no tiene derecho a causar daño a los demás, aunque ese daño pueda satisfacerla íntimamente, y aunque ese causar daño a los demás sea su peculiar manera de concebir y perseguir su propia felicidad. Esto, por desgracia, sucede frecuentemente en personas cuya salud mental no es adecuada. Los fanáticos de cualquier causa —religiosa, política, social, nacional o internacional— son personas que no se contentan sino cuando todo el mundo a su alrededor piensa, cree, actúa o siente, como ellos creen que se debe pensar, creer, actuar o sentir. Los fanáticos, por lo tanto, no están nunca felices y no hacen, por supuesto, felices a los demás.

Los fanáticos pueden contagiar—su—fanatismo, puesto que ciertas enfermedades mentales, así como ciertas enfermedades físicas, son contagiosas. Tenemos derecho, pues, a defendernos de los fanáticos, no eliminándolos —como no eliminaríamos a alguien porque tenga viruela— sino, cuando sea absolutamente necesario, aislándolos. Pero mejor, inmunizando a las demás personas contra el fanatismo. Desgraciadamente la vacuna contra el fanatismo no viene en tubitos como la vacuna contra la viruela.

La inmunización contra el fanatismo no es tan fácil de aplicar ni es de tan inmediatos y espectacu-

lares resultados como la vacuna contra la viruela. La inmunización contra el fanatismo consiste en una educación amplia desde la infancia, en la cual los niños vayan sabiendo, a su debido tiempo, o mejor, se les deje ir descubriendo, paulatinamente, que sus padres no son infalibles, y que muchas de las creencias, teorías y conceptos de éstos, pueden estar errados y pueden no constituir la última y definitiva palabra.

El fanatismo, es decir la creencia de que uno tiene siempre la razón, y la tendencia a imponer esta creencia por las buenas o por las malas, es una de las causas de las guerra, de las matanzas y de los más grandes sufrimientos de muchos seres humanos.

Pero el fanatismo, afortunadamente, no es una enfermedad incurable. Y, sobre todo, es una enfermedad prevenible. El fanatismo se puede curar con la instrucción y con la educación. Cuando una persona relativamente consciente y razonable sabe que hay muchos otros grupos humanos que creen, como su propio grupo, que los mejores son ellos y que sus creencias y sus costumbres son las mejores, tiene que empezar a dudar de que todos los demás grupos estén equivocados y de que solo su propio grupo tenga la razón.

Cuando una persona ha visto gentes de todas las razas y de todas las nacionalidades y de todas las religiones y de todas las regiones actuar bien, comportarse como seres humanos decentes, no va a creer más que hay razas superiores o inferiores, o religiones verdaderas y otras no, o países que tengan derecho a imponer sus costumbres, sus creencias y sus modos de ser a los otros. Cuando se estudian todas las culturas, las civilizaciones y las sociedades humanas, y se encuentran similares cualidades y defectos en todas ellas y a través de la historia, se estará vacunando contra el fanatismo.

La duda y el escepticismo son los remedios y los antídotos mejores contra el fanatismo. Es evidente que, como en medicina, biología y física, en química y en ciencia en general —incluyendo las ciencias sociales— todo depende de la cantidad y de la dosis. Duda solamente, escepticismo solamente, no creer en nada, tampoco son cualidades de una persona totalmente sana mentalmente. Hay que creer con cierta firmeza en algunos valores comprobados y en ciertas cosas elementales y claras. Las cosas que no necesitan demostración no crean fanáticos. No hay ninguna secta —que yo conozca— que afirme la existencia de un determinado sol y que trate de imponer esta creencia a los demás. No suele haber fanáticos de lo imposible; tampoco de lo seguro. Los fanáticos lo son de lo dudoso; son los que tienen lo dudoso por seguro o por imposible.

Las cosas que se pueden demostrar fácilmente no necesitan fanatismo para que se crean. Que la mayoría de los seres humanos buscan su propio bienestar y su propia felicidad, es algo tan indudable y tan claro que no necesita ni demostraciones elaboradas ni de fanatismo. El sentido común es el gran remedio práctico contra el fanatismo. El sentido común que, como lo dijo un famoso escritor colombiano, es tan poco común, probablemente por defectos en nuestra educación colectiva, que pretende que creamos a la fuerza las cosas increíbles, y que pretende que creamos, sin que exijamos explicación o prueba lógica alguna.

El fanático es un ejemplar humano que no se puede decir, desgraciadamente, que esté actualmente en vía de extinción. Tal vez los fanáticos religiosos sí, por lo menos en los países civilizados del mundo. Pero nos quedan los fanáticos políticos, o los fanáticos nacionales, o los fanáticos económicos, tan peligrosos para la salud física y mental de los

hombres, como los primeros. Una educación libre en la cual no se nos prohíba conocer nada y en la cual podamos saber de toda la humanidad y de todo el mundo, y una higiene mental que conduzca hacia un equilibrio mental, serán nuestras mejores armas en contra de la proliferación de los fanáticos y del fanatismo.

XXXIX

Los grandes científicos, políticos, artistas y santos poseen una característica en común: su gran ambición. La causa de esa gran ambición suele ser un gran vacío interior que tratan de llenar con la ciencia, con la política, con el arte o con la santidad. Esto es lo que se llamaría la psicopatología de los grandes hombres.

¿Por qué no se contentan con las cosas comunes de la vida? ¿Por qué no llenan sus vidas el amor, el sexo, el trabajo común, la moderada comodidad, la seguridad, en una palabra "el justo medio"? ¿Por qué necesita mucho más de lo que el hombre corriente necesita? ¿Qué circunstancia de su heredada personalidad y de su adquirida personalidad, por el ambiente en donde crecieron y se formaron, los hizo grandes ambiciosos? ¿Por qué luchan por alcanzar la cima más alta en el conocimiento, el poder, la belleza o el bien? Porque no están contentos con lo común, con lo mediano, con lo normal. ¿Y por qué no se contentan con ello? Porque tienen una personalidad anormal. Porque tienen una ambición anormal. Porque tienen unas aspiraciones anormales.

¿Quiere esto decir que no queremos grandes científicos, grandes artistas, grandes políticos, grandes santos y grandes héroes?

Veamos. Sin ellos el mundo sería chato, monótono, demasiado tranquilo y pacífico. No habría lucha, no habría combate, no habría guerra. ¿Y qué sería de un mundo sin conflictos? No avanzaría, se estancaría, se fosilizaría, se conservatizaría, es decir, se acabaría. ¿Queremos un mundo así? Depende. ¿Depende de qué? De lo que ofrezca el mundo para el gran centro de la curva de distribución normal estadística, que gráficamente describe la campana de Gauss. Este gran centro, este gran meso, es el importante, o debería ser el importante, para los grandes políticos, los grandes artistas, los grandes científicos o los grandes santos. Pero en general el héroe, el santo, el artista, el político y el científico no tienen por miras el servir a aquella gran masa de la medianía que los admira. Si les interesa que los medianos aprecien la belleza o el arte que ellos crean, no es para que esa población mayoritaria la goce, la disfrute, se complazca con ella, sino para que los admiren, para que les concedan el éxito y la gloria y para que con éstos, vengan el dinero, la fama, la popularidad y el prestigio.

¿Cuáles serían, pues, los hombres admirables, los hombres prototipo, los hombres paradigmas, que deberíamos señalar a nuestros educandos para seguir, o para ambicionar asemejarse a ellos? No deberían ser ni los grandes políticos, ni los grandes artistas, ni los grandes científicos, ni los grandes héroes momentáneos, de oportunidad, de coyuntura, ni los grandes santos. Deberíamos hacer el elogio del hombre común, del hombre mediano, del trabajador común y corriente, de las personas normales, que abundan en todo el mundo y que constituyen la gran mayoría de los humanos, de los seres comunes y corrientes, tales como los que estudian probablemente serán en su gran mayoría. Alentar grandes ambiciones en todos, en la generalidad de las gentes, no produce grandes hombres,

produce, por el contrario, a los mediocres, es decir a los que ambicionan, sin poder, ser grandes hombres, grandes artistas, grandes políticos, grandes científicos. No creo que aquí y ahora muchos aspiren a ser un gran santo. Pero de todas maneras la aspiración no es lo mismo que la realización. Y esta gran brecha entre la aspiración y la realización es lo que provoca las grandes angustias y las grandes tragedias, personales y humanas. Con esto hay que acabar.

Los que se contentan con tener una familia, con amar y ser amados, con tener un trabajo interesante y relativamente bien remunerado, con tener una casa, un hogar, unos hijos, posiblemente unos nietos, un *modesto pasar*, como decíamos antes en Antioquia, éstos, no serán ni los grandes científicos, ni los grandes artistas, ni los grandes políticos, héroes o santos. ¡Pero qué importa! Realmente, estos que constituyen la medianía dorada serán, sin que ellos lo sepan, los grandes sabios. Porque la sabiduría no consiste en adquirir, en esforzarse por sobresalir, sino en todo lo contrario: en permanecer en el justo medio de que hablaba Aristóteles, en el "áurea mediocritas" de que hablaba Virgilio, en el *mesoísmo*.

La palabra mediano, hasta ahora peyorativa, debería convertirse en un elogio del hombre común, del hombre corriente, del hombre de mediana ambición, normal, es decir, del hombre sabio.

Porque la sabiduría implica no tanto conocimientos, sino comprensión, medida, sentido de las proporciones, reconocimiento de la realidad, abandono de las ambiciones desmedidas. Todo esto debería implicar la verdadera filosofía, o sea el amor a una sabiduría que se sienta amiga del promedio, que acepte el centro, que sea *mesoísta*.

Es explicable que la gente no admire sino los extremos, lo excepcional, lo destacado, lo brillante, y

se mortifique por lo ordinario, desprecie lo común, lo normal, lo justo y mediano de la gran mayoría, la virgiliana "medianía dorada". Porque nuestra educación, competitiva y absurda, nuestra educación para lo heroico y para sobresalir por encima de los demás, crea monstruos, crea enfermos, crea anormales psicopatológicos, crea mediocres que sin poder tratan de sobresalir por encima de los otros y lo que es peor, a costa de los otros. Dicha educación produce personas que han estudiado más allá de sus posibilidades, pero no crea, no puede crear, grandes hombres, que son apenas la excepción, no lo común.

Si aceptáramos lo anterior seríamos más sabios y viviríamos más tranquilos. Ya es tiempo de que los demás nos rebelemos, les digamos a los grandes que sabemos vivir mejor que ellos, comportarnos mejor que ellos y disfrutar más que ellos. Nosotros, los que pertenecemos a la dorada medianía, tenemos la mayor ventaja posible en este mundo: somos más felices.

XL

Tengo el privilegio de haber vivido, por periodos de varios meses, en dos países del Asia tropical: Indonesia y Filipinas. Y de haber permanecido por varias semanas en otros, tales como la India, Hong Kong, Nueva Guinea, etc. Es indudable que el estado de subdesarrollo de dichos países es mayor que el nuestro en América Latina. Pero siendo especialista en medicina preventiva y teniendo, por lo tanto, que estar acostumbrado a detectar signos incipientes de futuras epidemias, no deja de alarmarme el notar, en muchos aspectos de nuestro continente latinoamericano, francos signos de lo que me atrevería a llamar asiatización.

Basta, por ejemplo, recorrer un poco el llamado Valle de Aburrá y tener que utilizar algún servicio como el de transporte colectivo, o tratar de adquirir algún certificado oficial, o hacer una llamada por teléfonos públicos, o asistir a una sala de urgencias de un hospital o de un centro de salud, o tener que buscar una mercancía en un lugar central de la ciudad de Medellín, o ir a una plaza de mercado. En todas estas actividades se empiezan a ver los signos de congestión, desorganización, suciedad, miseria colectiva, colectiva indiferencia, hacinamiento, mendicidad, ropas harapientas, desnutrición, falta de dientes, envejecimiento prematuro: todos tan característicos de las grandes aglomeraciones urbanas de los países tropicales del Asia.

Hay claras muestras de que nos estamos asiaticando; de que vamos, a pasos agigantados, hacia una pauperización, desorganización social, corrupción a todos los niveles, característicos de los países pobres de aquella desgraciada región del globo terráqueo.

Mientras tanto, los dirigentes políticos y sociales viven en "otro mundo", literalmente: en casas lujosas de barrios aislados y bien protegidos, como algunos similares de Manila o Yakarta. Tienen buenos servicios de transporte privado, sus teléfonos están conectados con las redes principales que los comunican con todo el mundo, están asistidos por sirvientas, choferes y porteros, todo lo obtienen, por medio de privilegios y ventajas, rápidamente, de las oficinas públicas. Para ellos todo funciona bien, es eficiente y fácil. Pero para la gran masa solo hay incomodidades, estrujones, esperas, largas colas, inseguridad y temor, escasez y privaciones.

Esta es el Asia tropical y hacia allá vamos, en Colombia y en toda latinoamérica, si no se hacen las reformas básicas de nuestra estructura social y económica, que traigan un mejor reparto de todo: de

la tierra, de los servicios, de la educación, de la seguridad, de los ingresos y del empleo. Espero que tengamos todavía oportunidad para poder hacer todos los cambios radicales que les permitan a nuestros países el no precipitarse, irremediablemente, al estado de "imposible retorno" en que se encuentran ahora algunos países de Asia.

XLI

La educación puede ser la gran fecundadora o la gran esterilizante de los hombres y los hombres pueden ser los grandes transformadores de los pueblos o los más formidables obstáculos para su progreso. En Colombia, un país con evidentes necesidades de grandes transformaciones, la educación ha estado tradicionalmente al servicio del conformismo, de la rutina, del statu quo social y mental.

El ser humano de todas las razas y en todos los climas tiene en su infancia una mente naturalmente inquisidora: experimenta el gozo de descubrir el mundo sin prejuicios y objetivamente; es un gran investigador de las cosas que ve, que toca y que siente; es, en fin, como todo niño, un sabio en potencia. La educación que le damos los adultos empieza a deformar esa mente lúcida, objetiva y honrada. Le contagiamos nuestros prejuicios y nuestros temores y de un sabio en potencia lo convertimos en un miembro incondicional del rebaño, sometido al pastor y con temor del lobo; temeroso de pensar por sí mismo, de inventar, de crear. Como dice Whitehead: "En el jardín del Edén, Adán vio los animales antes de ponerles nombres; en el sistema tradicional educativo, a los niños se le enseñan los nombres de los animales antes de que los vean".

Tradicionalmente, toda sociedad le ha dado al niño su propia y restringida concepción del mundo, y no precisamente la más nueva, la más moderna, la más científica, sino la más antigua, la más tradicional, la menos racional y objetiva.

Pocos padres y maestros —muy pocos— tienen un sentido ecuménico, amplio, abierto, un criterio científico que les permita respetar la natural libertad de la mente del niño. Esto es más notorio aún en las culturas y en los países más subdesarrollados que en los bien desarrollados, por lo que se establece uno de los círculos viciosos más difíciles de romper en el subdesarrollo.

Es natural que las culturas y las sociedades traten de defenderse conservando sus tradiciones, sus creencias, sus costumbres sus tabúes y sus prejuicios.

Después de todo, el modo de vida que han seguido les ha permitido sobrevivir y la supervivencia es la primera necesidad de la especie. La sociedad humaniza al hombre, como dice Chauchard, pero lo crea a su imagen y semejanza. Solo unos cuantos valientes son capaces de atreverse contra su mismo medio y tratar de cambiarlo. Dice Hilleboe: "El mundo prefiere olvidar que las ideas e instituciones tan fácilmente aceptadas hoy en día, surgieron en un principio de una mente única con un solo propósito; la valentía de un grupo es común y corriente, pero la valentía dentro de un grupo es algo muy raro".

Dice Erich Fromm: "El desarrollo y emergencia total de la razón depende de que se alcance una libertad e independencia totales. Hasta que esto se haya logrado, el hombre tenderá a aceptar la verdad que exige la mayoría de su grupo, su juicio está determinado por la necesidad de contacto con el rebaño y por miedo de verse aislado de él. Unos pocos individuos pueden soportar este aislamiento, y decir la verdad a pesar del peligro de perder el

contacto. Son los verdaderos héroes de la raza humana, gracias a los cuales no vivimos aún en las cavernas”.

Aunque Halon nos hace recordar que la humanidad inteligente es todavía muy joven y que el futuro durará mucho, mucho tiempo, hay muchas enseñanzas que podemos sacar del estudio de la historia del hombre. “La pareja más vulgar está preñada de toda la humanidad”, dice Jean Rostand.

Colombia será lo que nosotros queramos que ella sea. La posición más fácil es aceptarla tal cual es y resignarnos a vivir como lo han hecho nuestros padres y nuestros abuelos. ¿Pero será esta fácil resignación una tarea digna de las generaciones actuales?

Me estoy dirigiendo a un grupo de estudiantes que llega por primera vez a la Universidad; que trae las creencias, los prejuicios, las costumbres heredadas de centenares de años, a quienes en su niñez se les enseñó a memorizar y a obedecer, a aceptar sin mayor reflexión crítica ni análisis ninguno, lo que les decían sus mayores; acostumbrados a no pensar.

La educación que se trata de dar en la Universidad moderna pretende cambiar estos hábitos de resignación y aceptación pasiva de las circunstancias y de lo que digan los mayores, por hábitos constructivos de pensamiento libre y reflexión independiente. Se trata de crear una actitud de creación y libertad que reemplace los viejos vicios de pasividad y dependencia intelectual. Los pueblos progresan cuando hay un suficiente número de hombres y mujeres que se atrevan a pensar libremente y a crear nuevas formas de vida. Las realidades de cada país son distintas y hay que aprender a mirarlas y a investigarlas con un gran sentido de la objetividad científica y de la crítica constructiva. No es fácil

y requiere un grande esfuerzo y mucho estudio el imaginar y establecer nuevas formas de organización social que hagan posible el aprovechamiento por toda la población de los recursos materiales y espirituales de una sociedad. Y no es que haya que crearlo todo de la nada. Muchas generaciones y muchos pueblos antes de nosotros han inventado y construido formas de organización social adecuada a su medio y a su tiempo. Hay que estudiarlas y analizarlas para aprovechar sus experiencias.

Pero primordialmente debemos estudiar nuestras capacidades de transformación y cambio hacia formas superiores de organización social. Un pueblo que no aprovecha debidamente sus recursos materiales y humanos tiene que sufrir las penurias y escaseces que nosotros estamos sufriendo por estar apegados a formas caducas de organización social que ya no cumplen la función primordial de darle a la gente lo más elemental que necesita como es trabajo, comida y seguridad. Aquí creemos que la función del Estado es solo garantizar el orden y gastamos ingentes cantidades de dinero en mantenerlo, sin buscar cuáles son las causas del desorden y de la inquietud ciudadana.

Con los recursos humanos y materiales que se gastan para mantener un orden impuesto se podrían crear las bases para una organización social más racional y más justa.

Aquí es donde la educación tiene un papel más trascendental en los países subdesarrollados. Y nótese que me estoy refiriendo a la educación, desde la que se da en el seno del hogar hasta la que se estimula en los más altos escalones universitarios. En todas estas etapas, la educación puede ser tradicionalista y retrógrada o de transformación y avanzada. Depende de cuál alternativa se escoja para que la educación sea un obstáculo o un estímulo al desarrollo de un pueblo. La educación que se ha

daño en Colombia, a todos los niveles, ha constituido el gran obstáculo para el desarrollo. Somos tradicionalistas, conformistas y temerosos de todos los cambios, porque así nos han educado. Somos pasivos y no creadores porque así nos han educado. Aunque muchos digan que es cuestión de raza o de ambiente, nosotros sabemos muy bien que pertenecemos en la tierra a una misma especie el "homo sapiens" y que son los factores culturales y educativos los que hacen que ciertos pueblos sean progresistas y creadores y otros atrasados e imitadores. Debemos rebelarnos contra el concepto de que hemos sido atrasados y seremos siempre atrasados.

En esta situación de atraso, la educación colombiana tradicional juega el papel más importante. No nos hemos preocupado por formar líderes sino que hemos formado seguidores. Y después nos quejamos de la falta de hombres preparados y de acción, con iniciativa y creatividad, que se enfrenten resueltamente a los numerosos problemas que tiene Colombia. Debemos formar gente que sea capaz de ingeniarse la manera de salir de situaciones colectivas difíciles y de no entregarse ni amilanarse ante las primeras dificultades. Debemos formar luchadores valientes contra las circunstancias adversas y no cobardes pusilánimes. Gente que sea capaz de enfrentarse a los prejuicios, a la intolerancia, al fanatismo y a la ignorancia y que sea capaz de vencer esos males sociales en beneficio del hombre colombiano. Debemos estar dispuestos a enfrentarnos a una sociedad con fuertes prejuicios, conformista, resignada, indolente y perezosa, dominada por falsos poderes oscuros, a la que deberemos transformar en una sociedad sana y valiente.

Debemos empezar por transformarnos a nosotros mismos, no temiendo a la verdad. En la escala de valores, el valor personal representa una de las más altas jerarquías. Quien tenga valor de expresar lo

que piensa y de enfrentársele a su grupo rutinario y asustado, estará gestando la revolución transformadora que Colombia necesita. La educación colombiana no debe formar muñecos o muñecas blandengues sino hombres y mujeres de valor, de dignidad, de fe en los eternos ideales de la raza humana, de esperanza y de confianza en los supremos valores humanos. No debemos formar gente interesada en un sueldo sino en un ideal. No debemos formar gente interesada en una vida fácil sino en una vida útil. No podemos seguir formando gente mediocre y conformista, sino gente superior, dispuesta a luchar contra las incomprensiones, la estupidez y la injusticia.

Pero educar no es fácil. Se ha dicho que enseñar y gobernar constituyen los trabajos más difíciles de la humanidad. Y Pierre Bovet agrega: "La educación es un problema de biología, de fisiología y de sociología". Para educar debemos recordar reglas esenciales como aquella de que no queremos que la gente defienda sus posiciones, sino que queremos que la gente cambie sus posiciones. Las posiciones de prejuicio y de temor están muy arraigadas. Para educar, es decir, para cambiar hábitos y mentalidades se necesita una extraordinaria paciencia. Dice J. B. de Lee: "Aquel que es digno de ser guía de los hombres, nunca se quejará de la estupidez de sus ayudantes, de la ingratitud de la humanidad o de la incomprensión del público. Todas estas cosas son parte del gran juego de la vida y hacer frente a ellas y no capitular ante ellas en cobardía y derrota, es la prueba final de poder". Y como dice Albert Schweitzer: "Aquel que se propone hacer una obra de bien no tiene que esperar que la gente le despeje las piedras del camino; tiene más bien que tener paciencia si le arrojan unas cuantas más a su paso".

Si queremos educar para el desarrollo integral de la sociedad colombiana, tendremos que luchar

contra muchos obstáculos. Pero espero que la juventud no se arredre ante ellos. Los jóvenes deberían recordar lo que decía Napoleón: "Si no hay enemigo no hay lucha y si no hay lucha no hay gloria". Y volviendo a citar a Hilleboe yo les diría a los jóvenes: "Vivan intensamente la vida, con los genios y los tontos de la aventura humana con que se encuentren".

Por pretender cambiar las condiciones injustas de la organización social colombiana encontramos muchas oposiciones y muchas enemistades. Pero se ha dicho con justicia que la respuesta más dolorosa que se le puede dar a un enemigo es seguir adelante. Por último, no debemos desesperar porque no obtengamos resultados inmediatos o porque no se vea nuestra obra. Quiero citarles otra vez a Albert Schweitzer: "Trazar un surco significa hacer una cosa beneficiosa pero destinada a desaparecer. Cuando las espigas se mecen sobre el campo, ¿quién puede ver los surcos donde fueron sembradas? Y aquel que contempla ese mar dorado y ondulante, ¿qué puede saber del nombre del hombre que trazó los surcos? Pero ese hombre existió bajo un cielo nublado de otoño que amenazaba tormenta; ese hombre trazó los surcos sobre el arado, movido por la esperanza. Así debemos hacer nosotros, en silencio, con humildad, y con la mirada puesta en el Señor trazar un surco, apoyando sobre el arado todo el peso de nuestra vida, para preparar esta tierra que ha de acoger la semilla nueva; y cuando ya no estemos aquí, nuestro surco desaparecerá bajo la semilla que de él ha brotado". Por abrir surcos fecundos se nos injuriará y se nos calumniará. Pero recordemos a Santiago Ramón y Cajal: "De todas las reacciones posibles ante una injuria, la más hábil y económica es el silencio".

Si la juventud colombiana de la actual generación quiere dejar una huella fecunda en la vida de

nuestro país, debe aprender de estos grandes maestros del pasado y del presente. No debe dejarse llevar de la molicie y de la vida fácil sino que debe aprender a luchar y a resistir. Ustedes son los grandes privilegiados de Colombia. El entrar a la Universidad constituye un privilegio que apenas el medio por ciento de los colombianos disfrutan. Sería criminal que ustedes desaprovecharan esta grande oportunidad de servicio. En la Universidad de Antioquia creemos en ustedes y en su capacidad de servirle al futuro de Colombia.

XLII

Yo creo en el hombre y en su capacidad de ser feliz. En su capacidad de disfrutar esta vida aquí en la tierra; en su capacidad de entender las leyes naturales y ponerlas a su servicio; en su capacidad de convivencia, en su capacidad de altruismo, de abstracción, de previsión y de raciocinio; creo en su capacidad de trascender los goces y bienes inmediatos hacia bienes superiores, en su capacidad de análisis, en su capacidad de síntesis, en su capacidad de entender y de hacerse-entender, en su capacidad de sacrificio por ideales superiores. Creo que es capaz de distinguir sus motivos inconscientes y emocionales de sus motivos conscientes y racionales, que es capaz de ser alegre y también de resistir el sufrimiento. Creo, en fin, en su capacidad de construirse una escala de valores a la cual pueda atenerse en sus acciones.

Defiendo, por lo tanto, el valor de la vida humana y creo que su conservación es un bien en sí mismo, en cualquier circunstancia, en cualquier momento de la vida de un hombre, sin que importen su raza, su condición, su nacionalidad, sus creencias o sus acciones presentes o pasadas.

Creo en la perfectibilidad del ser humano, en sus grandes potencialidades para el bien o para el mal y creo que estas potencialidades se desarrollan hacia uno u otro lado dependiendo de las circunstancias en que se encuentre y de la educación a que haya sido sometido. Creo en el poder del hombre de modificar —hasta ciertos límites— sus propias circunstancias y en su capacidad de discernir —en cada caso— el bien para él y para sus prójimos.

Creo en su capacidad de modificarse, en su voluntad de servicio y de bondad. No creo en la culpabilidad individual, pues cuando un hombre efectúa un acto perverso este hombre fue colocado por sus circunstancias, por su educación, por características heredadas y adquiridas no a causa suya sino a su pesar y condicionado por la sociedad en la que le tocó actuar. No creo que con el castigo se consiga nada bueno, salvo quizá el hecho de evitar la venganza y el odio de quienes sí creen en la culpa individual.

XLIII

—Ser honrado en un país en donde abundan los ladrones; ser cristiano en un país en donde abundan los fariseos; decir la verdad en un país en donde la mentira es el arma empleada a los más altos niveles; tener valor en un país en donde los cobardes llegan a las más altas posiciones; ser pobre y tener poder en un país en donde solo los ricos son poderosos; decir lo que se siente y lo que se sabe sin eufemismos y con las limpias palabras del pueblo, para que todo el mundo lo entienda, en un país en donde lo inteligente es lo críptico, lo escondido, lo sutil, lo inescrutable, lo oscuro; no ser “político” en lo que se dice, lo que se hace, lo que

se afirma, lo que se emprende, en un país donde siempre se está pensando en la próxima elección y no en la próxima generación; no tener miedo a “tomarse unos tragos” en las cantinas y en las tiendas, a la vista de todo el mundo, en un país en donde abundan los clubes exclusivos para que los grandes personajes se embriaguen a escondidas; no tenerle miedo al alcohol por aquello de “in vinus veritas”; hacer las cosas cuando se deben hacer, sin esperar la “oportunidad”, en un país en donde abundan los oportunistas; estar con los de abajo, siempre, en un país donde el arribismo es la vía más expedita para alcanzar altas posiciones y prebendas; vestirse a la colombiana en un país en donde lo chic es vestirse a lo británico; tomar aguardiente en un país en donde lo decente es tomar whisky; ser socialista a lo latinoamericano y no de la línea de Moscú o de Mao Tse Tung o de su viuda, en un país en donde abundan los guerrilleros del Chicó; he ahí lo insólito, lo escandaloso, lo inaceptable.

XLIV

El subdesarrollo mental no es solo consecuencia del subdesarrollo económico y social sino que es una de sus principales causas. La educación colombiana tiene por productos mentes subdesarrolladas, de estrecho criterio, fanáticas religiosas, económicas y políticas, que no han contribuido prácticamente con nada a la cultura universal. Al estudiante y al profesor colombianos se les atemoriza si piensan libremente, y se desestimula su creatividad y su independencia. Los maestros y profesores tienen que ser conformistas y someterse al sistema si quieren sobrevivir. Este es un criterio

conservador de la cultura y de la educación. Debemos rescatar a la educación colombiana de este lastre que está impidiendo nuestro desarrollo económico, cultural y social.

El liberalismo colombiano debe proclamar valientemente la libertad de enseñanza y la cátedra libre y liberar a la educación de toda tutela religiosa o política. La educación pública debe ser apolítica y arreligiosa. Los padres pueden educar a sus hijos como a bien tengan, pero el Estado no debe imponer criterios políticos o religiosos en la educación pública. Esto es esencial para el avance científico, cultural y social del país. La ciencia no puede tener partido o religión. La ciencia y la investigación deben ser absolutamente libres, sin más limitación que la ética humana.

Al estudiante debe enseñársele que debe buscar el bien por el bien mismo y no por un pretendido bienestar sobrenatural. Al estudiante debe infundírsele patriotismo y hermandad entre los hombres, no porque esto lo proclame ninguna religión sino porque la humanidad ha llegado en su desarrollo a aceptar esto como un más alto nivel ético. Solo con plena libertad de conciencia puede desarrollar el hombre su creatividad y puede salirse de los límites artificiales que le impone un pasado de fanatismo y de errores. La humanidad tiende a liberarse de toda coyunda doctrinaria y la ciencia y la cultura son los principales instrumentos para esta liberación. Toda la ciencia y la cultura universales deben ponerse a disposición del hombre colombiano, y no solo aquellas partes que un grupo haya decidido arbitrariamente que son las que le convienen o que son las verdaderas. La libre búsqueda de la verdad y no una pretendida "verdad" impuesta desde arriba debería caracterizar a la educación colombiana.

Para el conservatismo la educación debe ser tradicionalista, destinada a conservar las actuales es-

estructuras económicas y sociales y supervigilada, si no dirigida total y totalitariamente, por la Iglesia Católica.

El liberalismo debe adoptar la posición de que la educación debe ser libre. El Estado colombiano no tiene ningún derecho a imponerles a los niños y a los jóvenes colombianos ninguna filosofía histórica, política o religiosa. El fin primordial de la educación debe ser el de formar una personalidad que mire con criterio científico los fenómenos históricos y sociales y que con una perspectiva universal asuma la posición de miembro de un país subdesarrollado con el criterio de que una de sus misiones en la vida es contribuir a hacer salir del subdesarrollo a su país. La educación debe contribuir al avance social y cultural del país, y esta mira debe tenerse presente a todos los niveles: primario, secundario, vocacional, universitario y superior.

Este sería el criterio liberal de educación que, en resumen, podría concretarse así:

Primero: Libre búsqueda de la verdad.

Segundo: Libertad de investigación científica y académica.

Tercero: Estímulo de una ética humanitaria universal.

Cuarto: Patriotismo dirigido hacia el desarrollo cultural.

Quinto: Apertura a todas las corrientes de pensamiento del pasado y del presente culturales de la humanidad.

XLV

Cualquier creación presupone y conlleva una lucha íntima entre el instinto y la ambición de superarlo. Toda creación es dolorosa; significa

grandes renunciamientos y solo se realiza a costa de una vida de pesares y congojas. Suena raro, en esta época del hedonismo y de la fácil consecución de toda clase de placeres, este planteamiento (que tomo de Thomas Mann) que no solo se aplica al arte, sino a la vida. En el ser humano se libra una lucha permanente entre el instinto y la razón, entre el pensamiento y el sentimiento.

Hay una constante: la lucha entre extremos, que es universal. Una constante dolorosa a través de la historia, que ha sido simultáneamente traumática y fecunda. Traumática, porque toda lucha fuerte y dura conlleva sufrimientos individuales y sociales; fecunda, porque toda lucha, todo conflicto, toda oposición, si no resulta en la destrucción de uno de los contrarios, sino en una síntesis, produce progreso, avance, crecimiento, creación, nuevos valores.

El debate, la oposición de los contrarios, el conflicto interno o externo, es una necesidad de toda creación. Es, en esencia, la vida. Un individuo o una sociedad en completa paz no son sino bellas entelequias. La vida, individual y social, es un continuo cambio. La quietud, la completa paz, traen la anquilosis, la fosilización y la muerte.

Esta regla general se aplica no solo al artista, sino a cualquier clase de persona o sociedad, a cualquier clase de actividad.

No debemos tenerles temor a los conflictos, a las luchas, a las contradicciones. Por el contrario, debemos sacarles el partido que la vida y la historia misma nos enseñan a sacarles. El dolor, si no destruye, eleva. Los instintos, toda esta gama de instintos de nuestra herencia animal: el egoísmo, la tendencia a acoger de inmediato lo más fácil y lo más placentero; el natural deseo de satisfacernos con lo primero que nos gusta. Todo ello, aparentemente, nos conduciría fácil y obviamente a la felicidad y a

la calma. Pero también a la esterilidad y a la muerte, que es la paz eterna.

Antes que ello ocurra, todo individuo y toda sociedad deben producir. Y todo producto significa lucha, trabajo y esfuerzo. Es una ley el dicho de que nada es gratis en el universo: todo se paga. El gran artista, el gran político, el gran santo, el gran sabio, no se construye sino a base de luchas y de esfuerzos, de dolores y de sufrimientos. Esta ley de la vida es inderogable. Los que aspiran a algo grande tienen que cumplir tal ley. Sigue siendo cierto, querámoslo o no, el aserto freudiano de que nada importante se obtiene sino cuando se logran sublimar los instintos. Creer o actuar de otra manera no conduce sino a la irrealidad y a la fantasía.

XLVI

En vísperas del tercer milenio, seis mil años después de que el médico egipcio, Imhotep, hubiera sufrido la desgracia de ser reverenciado como dios después de muerto, treinta y un años de vida de un sencillo médico provinciano, en el más subdesarrollado, más pobre y más pequeño Departamento de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia, no tienen la menor importancia para el mundo.

Pero dentro de la vida de un hombre, así éste tenga 800 años por haber nacido en el siglo XIII en Jericó y vivir ya casi en el XXI, treinta y un años, en un sólo lugar, son muchos años. ¿Qué ha producido el Departamento de Medicina Preventiva y Salud Pública desde su fundación en 1956? Pocas cosas. Tal vez únicamente tres:

La primera, la realización de la idea de las "Promotoras Rurales de Salud" en la población de San-

to Domingo, desde 1958. La segunda, la fundación de la Escuela Nacional de Salud Pública, hoy Facultad, en 1964. Y la tercera, su llamado de atención, desde el primer Congreso Colombiano de Salud Pública, en 1962, para que el fenómeno "Violencia" se estudie en forma científica, epidemiológica y racional.

Este último tema es el que más me ha ocupado y preocupado en los últimos tiempos. Pero antes de atreverme a lanzar una teoría general sobre la violencia quisiera reflexionar sobre algunos postulados:

Primero: La violencia es un fenómeno más social que individual.

Segundo: La violencia nace más de la cobardía que del valor.

Tercero: La violencia es un fenómeno más emocional que racional.

Cuarto: La violencia es el fracaso de otras formas de solución a los problemas humanos.

Se me dirá que la violencia es la partera de la historia. Si miro hacia atrás, no puedo negarlo. Pero mi pregunta es la siguiente: ¿Tiene, necesariamente, que seguirlo siendo?

Yo creo que no. Es ya tiempo de que nos detengamos a meditar qué deberemos hacer—para que ese postulado histórico se cambie por otro, más racional, más ético, es decir, más de acuerdo no con lo que es, sino con lo que debe ser.

Dice Aldous Huxley en su libro *El fin y los medios*: "¿Qué clase de mundo es éste en el que los hombres aspiran al bien y en el cual, sin embargo, han hecho tanto mal?"

Pero hay tiempo para cambiar. Apenas durante los últimos 2.500 años hemos comenzado nuestro proceso de humanización. Hemos sido localistas, nacionalistas, religiosos, políticos, pero solo muy recientemente estamos empezando a ser humanos y a

ser humanitarios. La creación de la Liga de las Naciones durante la primera mitad de este siglo; la creación de la Organización de las Naciones Unidas y sus agencias especializadas como la OMS, la Unesco, la OIT, etc. —interesadas en resolver problemas a nivel planetario y no solamente para una determinada nación o delimitados grupos humanos, sino para todos— con triunfos como el que se obtuvo desde 1979 con la erradicación de la viruela en todo el mundo, son ejemplos de esta tendencia hacia la humanización de lo que vagamente hemos llamado humanidad.

Nos falta erradicar el hambre, el desempleo, la guerra, la violencia, las injusticias, las demás enfermedades. Pero el hombre, si se lo propone, puede lograr todo esto durante el próximo milenio.

A los finales del segundo milenio después de Cristo, todavía seguimos salvando vidas de infantes, y esto está bien. ¿Pero lo hacemos para que después, cuando sean adultos, se maten entre sí? Suministramos a los niños vacunación, cuidado médico, alimento, vestido, vivienda y... ¿después? Desocupación, ignorancia, violencia.

Esta situación debe cambiar en el mundo durante el próximo milenio. Tal vez ninguno de los amigos que estamos reunidos esta noche aquí ~~lo~~ veremos. Pero la esperanza, esa gran virtud teologal que nunca deberíamos perder, animará a los que nos sucedan a perseverar en la lucha, en el esfuerzo, en el trabajo por conseguir una vida más humana y más digna para todos los habitantes de la tierra, y no solamente para unos cuantos millones de privilegiados. Con los 100 millones de dólares que un presidente de este siglo ha solicitado para matar centroamericanos, se podría erradicar la poliomielitis o parálisis infantil, para 1990, en todas las Américas. Estas son las alternativas que se les presentan a nuestros contemporáneos. Esperamos que

las resuelvan pensando en el ser humano en general y no en sus intereses particulares.

Es con este llamado al optimismo y a la esperanza como quiero terminar estas ya largas palabras.

No sé cómo agradecer a todos los aquí presentes, a la Universidad, a mis actuales alumnos y a todos mis ex alumnos, la oportunidad que me han dado de compartir con ellos durante los últimos treinta y un años mis cavilaciones, mis dudas, mis momentos de escepticismo, pero también mis más prolongadas etapas de optimismo y esperanza.

Deseo recalcar mi agradecimiento a la Universidad de Antioquia. A ella está íntimamente ligada más de la mitad de mi ya larga vida. Con ella he establecido un pacto por el cual me comprometo a serle fiel para siempre. No importa que una ley absurda me declare muerto civil por el hecho de haber cumplido 65 años. Como le decía recientemente a una amiga, hay un solo medio de transporte en el que acepto que me saquen de la Universidad: el ataúd.

XLVII

Febrero 13, 1984

Hay que tenerle terror a todo fanatismo de derecha, de centro o de izquierda porque, según las circunstancias, la derecha, el centro o la izquierda pueden tener razón o estar equivocados.

Septiembre 18, 1984

¿La paz? "Los que hacen imposibles los cambios pacíficos, hacen inevitables los cambios violentos". Este es el resumen de lo que hasta ahora ha pasado en la historia de Colombia. Y del mundo. Tenemos pocos años para ver si somos capaces de rectificar.

De no, la *debacle*, el fascismo, nueva violencia, peor aún de la que hemos sufrido ya casi por dos siglos. ¡Cómo quisiera que la juventud colombiana se diera cuenta de estas realidades. Pero por desgracia, son los viejos, los adultos, los que no quieren que nada cambie y los que deciden por ella!

Octubre 11, 1984

Toda teología es una especulación. Pero se me ocurre que Dios creó el azar y se sentó a descansar. O mejor, tal vez Dios es infinitamente bueno, sabio, justo, pero no infinitamente poderoso. Porque, definitivamente, este no es el mejor de los mundos posibles. ¿O sería que el mundo se le contaminó a Dios, creador de un gran Universo aséptico, bellísimo (¿pero para los ojos de quién? ¿Solo de Él?) y en este pequeño granito que llamamos tierra, se le complicó con la vida, algo que Él no quiso crear? Pues ésta fue creada, ahora sabemos, por el azar.

Pero ¿quién creó el azar? El azar, por definición, es algo que ocurre sin que exista una "voluntad" que lo haga ocurrir. Estas palabras, que nosotros hemos creado, verdaderamente creado: azar, voluntad, ¿tendrán un sentido unívoco y claro para todos? Tal vez sí. En tal caso ~~la vida humana~~ es una mezcla de azar y voluntad. Acerca de lo primero, nada podemos hacer. Nos queda, pues, solamente, la voluntad para manipular, para aplicarla para manejarla, dentro de los límites que nos imponen las circunstancias, creadas por el azar y por las voluntades de otros. De tantos otros que nos precedieron hace muchos milenios y que han afectado nuestras vidas.

De la misma manera, lo que hagamos nosotros, afectará, indudablemente, a otros y a nosotros mismos, ahora y en el futuro. Es esta interesante cadena la que va conformando la historia.

Noviembre 1º, 1984

Ayer mataron a Indira Gandhi. Definitivamente la violencia es la peste de este final de siglo.

Noviembre 8, 1984

He vuelto a pensar en el tema de la felicidad, que en un tiempo, hace ya muchos años, tanto me preocupó. ¿Qué hace a los hombres felices? Ahora lo sé. Indudablemente el amor. ¿Pero qué es el amor? También lo sé. Es ese sentimiento que hace feliz a un ser humano de tener a su lado a otro ser humano. Así de simple, así de circular: la felicidad es el amor, el amor es lo que nos hace felices.

Pero claro que para estar feliz con otro ser humano hay que estar sano, hay que tener esperanza, hay que sentirse satisfecho con uno mismo, con lo que lo rodea y —obviamente— con el ser que se ama. De ahí que la salud, la salud física, mental y social, sea un prerrequisito para la felicidad. Y para que haya salud —y sea posible el amor— son también prerrequisitos los que yo he llamado las cuatro aes fundamentales: aire, agua, alimentos, albergue. Después sí, viene la otra, el amor. Para no sufrir inútilmente, para no sentirse miserable, cada ser viviente humano necesita las cuatro primeras aes fundamentales. Podrá añadir el amor para ser feliz, o al menos el afecto, para no ser desgraciado.

Noviembre 13, 1985

Apenas me estoy recuperando del tremendo golpe que para Colombia han significado los trágicos acontecimientos del seis y siete de noviembre de este mes y año. La historia de nuestro país se parte en dos. Yo estaba en Minneápolis estudiando Salud Pública cuando se presentó el 9 de abril de 1948. Ahora, terminando ya mi carrera docente, se presenta este otro hecho histórico, tal vez más trágico y aterrador que el anterior, que

en cierto modo sierra el círculo de violencia que ha venido encerrando al país en los últimos cuarenta años, 1946-1986. Cuarenta años de violencia. ¿Qué nos espera de ahora en adelante? No vislumbro una salida positiva.

Diciembre 19, 1985

Termina este año trágico para Colombia dejándonos una honda amargura espiritual. No se logró la paz. Y el único cambio favorable, de alguna significación, fue la aprobación de la Reforma Constitucional que establece la elección popular de alcaldes, pero apenas para 1988.

Ojalá para esa época conservemos esos pocos restos de democracia que todavía tenemos.

Pero por ninguna parte se vislumbra una salida distinta a la continuación de nuestras grandes injusticias sociales y, por lo tanto, de la violencia. Nuestras clases dominantes siguen sordas y ciegas ante las necesidades de la mayoría de los colombianos. Siguen tratando de acabar con los síntomas, por medio de la represión, sin querer admitir que las causas básicas de la violencia son la supervivencia de las grandes injusticias económicas, sociales y políticas. Desocupación, falta de tierras, servicios insuficientes de salud, vida cara; todo esto sigue sin que se haga nada a profundidad para resolver tantos males.

Los que ya vamos estando viejos y hemos tratado de hacer algo, sin lograrlo, no podemos sino sentirnos tristes, frustrados y, lo peor de todo, un poco desesperanzados.

Julio 25, 1986

Al hacer la corrección mecanográfica de mi último libro, encontré algunas duplicaciones, incongruencias, repeticiones y hasta bobadas, creo yo, que no me dejaron muy satisfecho. Pero me siento

incapaz de emprender un proceso de revisión y corrección a fondo. Es tal vez mi más grande defecto: mi incapacidad para sostener un trabajo continuo, ordenado, riguroso en cualquier campo. Mi dilettantismo quedará revelado en esta compilación desordenada y casi que caótica.

Hago esta autocrítica, quizá para que no me caigan muy duro las merecidas críticas que me harán cuando y si se publica.

Noviembre 24, 1986

Acabo de oír el concierto en re mayor para violín y orquesta, Opus 77, de Johannes Brahms, ejecutado por un violinista cuyo nombre no había oído antes y por una orquesta holandesa, en la emisora F. M. de la Cámara de Comercio, en mi carrito rojo, viniendo de la casa a la Facultad.

Realmente la música me reconcilia con el género humano. O mejor con ese sector del género humano que es capaz de producir belleza.

Al entrar a mi oficina me encontré con un grupo de ex estudiantes, algunos de los cuales han continuado con la costumbre de saludarme con la frase que algún día les sugerí: ¿Qué ha pensado usted hoy? Hablamos de la vida y de la muerte. De mi pregunta de los últimos años, que es la siguiente: ¿Es toda vida buena y toda muerte mala? Para mí, la respuesta es no. ¿Pero quién decide? He ahí la gran dificultad. Problema para el tercer milenio.

Marzo 25, 1987

¿Tendrá salida este país? La violencia, el crimen, el desorden, la pobreza. ¿Qué deberíamos hacer? ¿Qué podremos hacer? ¿Será mejor dejar todas estas preocupaciones y dedicarnos a nosotros mismos? Pero todo esto, ¿no nos arrasará a todos, finalmente?

XLVIII

La infamia se inició en la Alemania nazi para Laterrorizar a las poblaciones de los países ocupados. La desaparición forzosa de los detenidos políticos hizo que éstos pasaran a ser, para sus familias y amigos, solo fantasmas en la noche y en la niebla. *N. N.*, las fatídicas iniciales de aquellos cuerpos cuya identidad nadie conoce.

Este horrendo delito, el peor que institución o persona alguna puede cometer, pasó de la Alemania nazi a la Italia fascista; de allí a la España franquista y de ésta a nuestra atormentada América Latina, empezando por el Cono Sur, saltando a América Central y llegando a Colombia, por Barranquilla, con la desaparición por parte de la policía nacional, hace ya seis años, de la bacterióloga antioqueña Omaira Montoya Zuluaga, de quien por tantos años ni su madre, ni su familia, ni sus hermanos, ni sus amigos volvieron a saber nada hasta que se descubrió que había sido torturada y arrojada al mar. Vino la sanción a quienes lo hicieron: ¡Quince días de suspensión en sus cargos!

La angustia constante, indefinida, permanente, ~~inacabada~~, de la familia Montoya Zuluaga, que inició la serie ignominiosa de desapariciones forzosas de detenidos por órganos de la fuerza pública directamente, o por grupos tolerados y a veces instigados por ésta, es lo que nos tiene reunidos aquí.

Las centenares de madres, de padres, de hermanos, de amigos que han tenido que sufrir el viacrucis de no saber en dónde están, de no saber si están vivos o muertos, de solo saber que se han perdido en la noche y en la niebla sus seres queridos, son los que nos reclaman a los colombianos que no hemos sufrido tamaña desgracia —pero que comprendemos, sentimos y hemos sido testigos del gran su-

frimiento que las desapariciones forzosas de detenidos conlleva— nos reclaman, repito que hagamos algo para que esta cadena se detenga, para que no haya un solo desaparecido más en nuestra patria, ni en ningún otro rincón de la tierra.

Sabemos muy bien que este fatídico delito de las desapariciones forzosas de detenidos ha sido impuesto por la llamada política de Seguridad Nacional que el pentágono ha establecido en nuestra América Latina, para impedir que nuestros pueblos se independicen de las coyundas económica y militar que pretenden imponernos por la fuerza y para siempre.

Pero tenemos la esperanza de que la nueva política de paz del gobierno que se inicia y que en uno de sus apartes afirma: “Mantenimiento, por parte del gobierno de una razonable y confiable política de orden público, seguridad y justicia, dentro de un estricto respeto a los derechos humanos y a las garantías ciudadanas” (Virgilio Barco, *Hacia una nueva Colombia*, pág. 118) sea respetada por todas las autoridades civiles y militares de la República.

Estamos aquí para denunciar este horrendo delito, para rechazarlo, para hacer pública la angustia, la desesperanza, el martirio que éste significa para los familiares y amigos de los desaparecidos y para toda conciencia con un mínimo siquiera de conmiseración humana para el sufrimiento de sus congéneres.

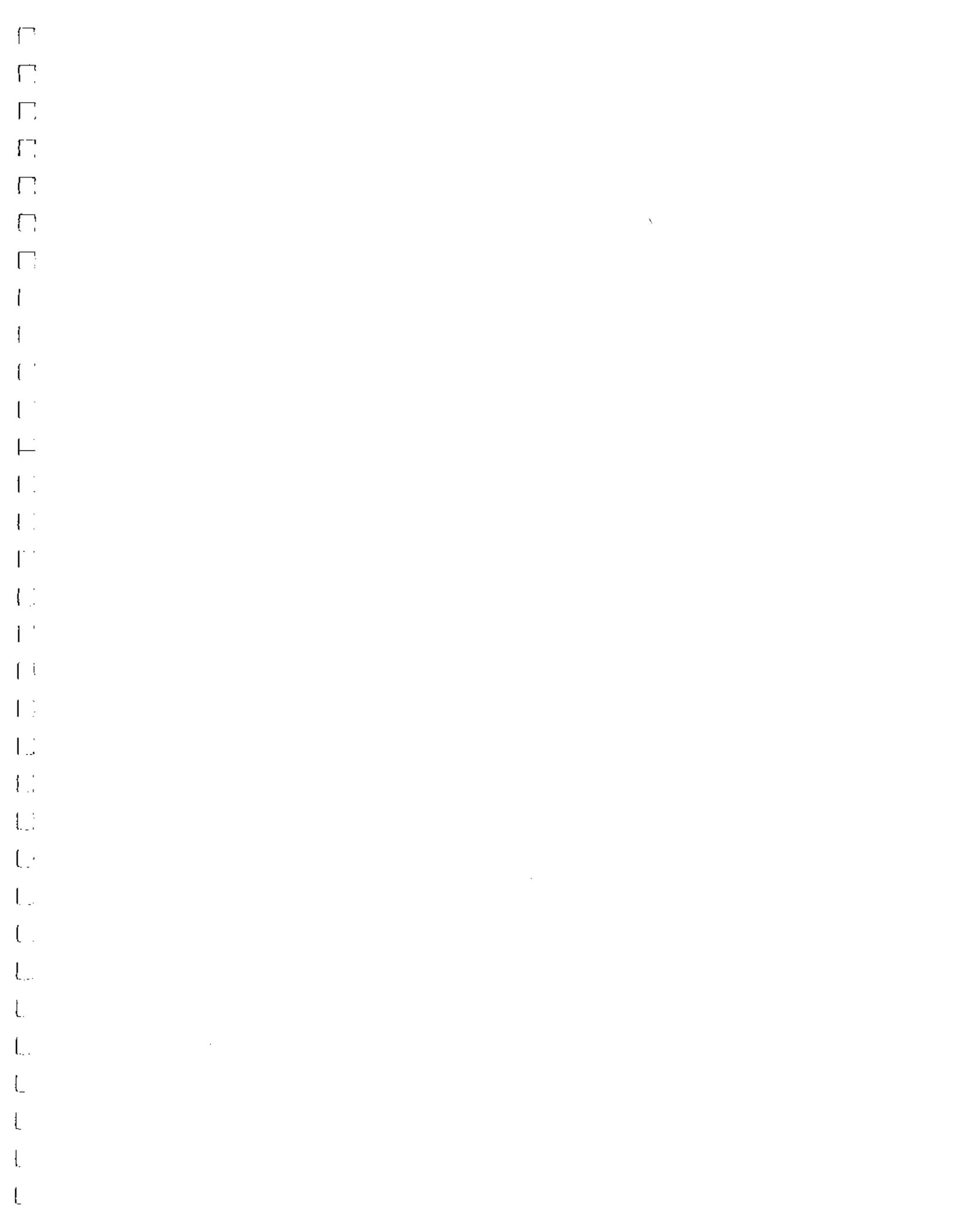
Que no vuelva a ocurrir este delito, ni en Colombia ni en ningún otro lugar del mundo, que podamos decir ya, sin ninguna duda, como lo dijo Sábato en Argentina con el nuevo gobierno ¡Nunca más, nunca más, nunca más!

XLIX

Debemos conservar la calma. No debemos dejarnos aterrorizar o dejar que los criminales crean que pueden seguir cometiendo crímenes a su antojo. Solo el sereno valor de la ciudadanía podrá salvarnos. Paradójicamente, a costa de estos crímenes se ha creado una conciencia social unánime de repudio a estos hechos abominables.

No debemos perder la fe en que al final prevalecerá la justicia. Somos muchos más los ciudadanos de bien que los desalmados criminales. Es en estos momentos cuando hay que tener mayor valor y mayor decisión para descubrir en dónde están los asesinos. Sabemos que la justicia es lenta pero que ineluctablemente llegará. Seguimos confiando en la justicia colombiana y creemos en los jueces de la República. Apoyemos a los jueces. Démosles medios para que sus investigaciones culminen, hasta descubrir a los autores materiales e intelectuales de estos tremendos delitos y no desconfiemos de la capacidad de regeneración de la sociedad colombiana.

Mientras haya libertad de expresión y decisión de justicia, habrá esperanza. Se equivocan los que creen que pueden acallar el clamor de paz y justicia del pueblo colombiano. Cada muerte injusta genera miles de voces de protesta. No habrá balas suficientes para matar a todos los que creemos en Colombia. *Serenidad y valor* es la consigna del momento.



"El mero conocimiento no es sabiduría. La sabiduría sola tampoco basta. Son necesarias la sabiduría y la bondad para enseñar y gobernar a los hombres. Aunque podríamos decir que todo hombre sabio, si verdaderamente lo es, tiene también que ser bueno. Porque la sabiduría y la bondad son dos cosas íntimamente entremezcladas. Lo que deberíamos hacer los que fuimos alguna vez maestros sin antes ser sabios, es pedirles humildemente perdón a nuestros discípulos por el mal que les hicimos".



ISBN 958-655-193-8



9 789586 551939